

PATHE JOURNAL (CRONIKUERIAS)

EL RAYO DE LA MUERTE

La muerte de Von Krohn nos hiere, nos duele en lo más hondo de nuestras fibras. El corazón se hace insuficiente para sobreponerse a la desgracia que nos abrumba. La mente se conturba y anonada si trata de explicarse y aceptar lo sucedido.

Leemos las noticias del drama: volvemos a leerlas. Un espasmo profundo eriza nuestras redes nerviosas. Pensamos en Von Krohn hecho cenizas, desintegrado, reducido a la nada en un segundo! Paralizado en la quietud suprema, él, que no tuvo ninguna! El, que en las alturas usurpó jurisdicción y dominio a nuestros cóndores andinos, a nuestras águilas reales! El —ese muchacho gallardo y donairoso— ejemplar ilustre de una estirpe de arcángeles conquistadores, caídos hecho trizas quemadas sobre la tierra sarcástica, sobre esta tierra vulgar y desnuda, de la cual Von Krohn era apenas viandante transitorio!

El alma se acongoja, se rebela contra la estúpida realidad y cuando debiera mirar hacia los astros para contemplar las excursiones del héroe, clava los ojos en el oscuro polvo del suelo, que sólo nos sirve para marcar una huella efímera a los que, incapaces de conquistar una altura, nos arrastramos como gusanos irredentos sobre la corteza del planeta!

Sí! Clavamos el pensamiento en la dantesca tragedia y tenemos que lanzar al destino impenetrable el "parece mentira!" con que los hombres pretenden consolarse de su invisible pequenez ante las cosas del misterioj

Von Krohn dio su nombre entre nosotros a una época de auténtico progreso nacional. Fue él quien primero hendió los aires patrios buscando horizontes a su actividad creadora y conquistadora. Y a los pocos días de excursionar y ondular entre las nubes y entre las tempestades; al poco tiempo de ir y venir por los cielos abiertos o cerrados, claros u oscuros de nuestra patria, vio y palpó su creación y oyó entonces cómo lo rodeaba y lo exaltaba la voz consagrada de la admiración colectiva.

No era Von Krohn un industrial de la aviación ni mucho menos un negociante de la navegación aérea. Era accionista de la Scadta. Pero, más que todo, era un sportman de asombrosas habilidades y de indeclinables entusiasmos. Más que el servicio postal obligatorio, seducíanle la faz exploradora y la faz recreativa de su ocupación profesional.

Su sencillez era apenas comparable a su valentía, a su hombría desafiadora, que a fuerza de actuar en el peligro lo dominaba como el domador a las fieras rugientes de la jaula. De la tierra era momentáneo transeúnte, con carta de ciudadanía en los espacios interplanetarios. La nube de alto voltaje, engendra-dora de la descarga mortal. La tempestad desgredada y resonante. El trueno de retumbo apocalíptico. El vendabal deshecho. La tolvanera enloquecida. El viento arremolinado

en torbellinos pavorosos —abismos de lo remoto y de lo eterno— fuerzas disgregadas de la dinámica infinita!

Y la aurora encendida sobre las cumbres, en las florestas inmensurables y en las hondonadas dormidas en hondos silencios o arrulladas por vastos rumores vagnerianos...!

Y las puestas del sol tropical, en llameante policromía, incendiando nubes y horizontes y cordilleras.

Y el orgullo arcangélico de afirmar y comprobar que en el espacio no hay distancias!

Era ese el panorama en que nuestro héroe epónimo y sus compañeros agitaban las alas y desdoblaban y ensanchaban su valor, su pericia, su ciencia y su actividad.

Un día levanta Von Krohn el vuelo en Barranquilla; llega a las bocas de Tacaloa; gira hacia el occidente y remonta el curso hidrográfico del Cauca. Toma la altura de Valdivia y vuelve luego sobre la ciudad de Antioquia. Encuentra entonces una torrentera de 150 kilómetros. Y sube, y sube, como en el verso mironiano. Y sube hasta quemarse la frente en las relumbres del sol ponentino. Avanza al sur, Cauca arriba. Son las cuatro de la tarde. Y cuando las campanas de los templos caleños rezan el "Ángelus", el héroe explorador acuatiza en Puerto Mallarino, ya caída la tarde y descolgada la noche sobre el Valle de las garzas rosadas.

Otro día el aviador germánico se levanta en Girardot, una clara mañana de tiempo feliz. Toma rumbo al Sur, vira al Chaparral, busca la ruta de "Las Hermosas"; se encumbra a cinco mil metros y cruza en minutos las vértebras enormes de "Los Andes", para acuatizar luego en el mismo sitio de la proeza anterior. Dos horas de Girardot a Cali, bordeando las nieves eternas del Huila!

Regresa al tercero día de su hazaña. Busca la misma vía. La encuentra cerrada de nubes hostiles. Vuela entonces al Norte; se encumbra sobre Cartago y cruza otra vez el Ande majestuoso, a una altura temeraria que asombró después al aviador y a su mecánico.

En esta hora de demostraciones aéreas y de récords mundiales, en que Estados Unidos, Francia e Inglaterra rivalizan en los espacios, Von Krohn habría podido calzar el coturno de D'Oisy, de Mac Laren y los aviadores yanquis, y estar hoy cruzando los cielos orientales de Singapore a Tokio. Von Krohn era de los de la vuelta al mundo. Su itinerario era el del universo. Su vuelo científico era el mismo de su pensamiento.

Esta tragedia que hoy nos abrumba y acongoja; ese descenso llameante —mil años de angustia en un segundo de infortunio; esas manos de las víctimas? gesticulando en la ventanilla del avión desorbitado; y ese montón de escombros formado por tanta vida y tanta muerte; por tanta juventud y tanta esperanza y tanta alegría y optimismo patrióticos, más parece un castigo a piratas del aire que a benefactores de una humanidad progresista y confiada.

Von Krohn! Todo desinterés y entusiasmo. Un día le rendimos elogios debidos y le batimos nuestras palmas con la mina de nuestro lápiz. Y otro día nos dijo en tono amistoso: "No me elogie a mí; elogie a la Empresa ,y a mis compañeros; nunca destaque mi nombre solo".

Así nos habló un día ese muchacho gentilísimo, de altas alcurnias germánicas y de imponderables virtudes cívicas. Así nos habló ese ejemplar de razas triunfadoras; representativo específico en el concepto emersoniano y héroe puro en las selecciones de Carlyle.

La muerte ha sido, hasta cierto punto, equitativa con Von Krohn. La tragedia pertenece a los héroes y los héroes pertenecen a la tragedia. Sólo ellos la constituyen y la escriben. El heroísmo consiste en sacar del peligro la mayor utilidad para el bien común, para el adelanto del mundo.

Con su vida y con su muerte, el héroe germano se ha impuesto a nuestra gratitud y a nuestra veneración. De Von Krohn podemos decir que se carbonizó en las propias lenguas de fuego de su heroísmo inagotable y de su amor al peligro que es el amor a lo sublime, puesto que engendra el propio sacrificio.

Y en el bronce o en el mármol y en las páginas de nuestra historia, Von Krohn ha ganado gloriosamente el difícil derecho a la Inmortalidad.

Difícil derecho, sí, porque, después de todo, después de la Vida y después de la Muerte, sólo hay una cosa más alta que la Gloria: conquistarla y merecerla!

SANIN CANO

Hemos visto y hemos abrazado, después de dilatada ausencia, al maestro de ayer y de hoy, de entonces y de siempre, al amigo y superior jerárquico de tiempos ya dominados por la penumbra de los años, de tiempos tan lejanos como felices y tan felices como dichosos.

Eranse días de regocijada fraternidad, de alegre convivencia social, en lo espiritual y en lo intelectual. En una quinta de Chapinero era el Cenáculo, la cita de casi todos los días y de casi todas las noches. Sobre nuestra mente de "aspirantes" y de "partiquinos", caían como granos en el surco, las palabras, las opiniones, las exégesis y los conceptos del Maestro. Era Sanín, y lo es hoy, la autoridad de última instancia en la órbita de sus iniciados. Para todos y cada uno, Sanín mantenía abierta la puerta de su casa y dejaba correr para quienes lo buscaban y rodeaban, la fuente inagotable de su sabiduría, de su equilibrado y nutrido temperamento de intelectual máximo. Era en aquellos días de cordial camaradería, de unión sagrada al frente de la vida y del más allá de la vida.

Maestro por su propia virtud y por unánime consenso de sus "afiliados", del público innominado que lo conocía y del lector desconocido que lo admiraba y comprendía y que aún lo admira y lo comprende.

No hay hasta ahora libros creados y forjados en los ar.ªs hornos de la mente de Sanín. ¿Excentricismo del Maestro? ¿Sonriente ironía ante el "vani-tas vanitatum" de los seres y de las cosas? No lo imaginamos. Sólo es posible pensar que el polen cerebral que fecunda las ideas en la flor del espíritu vuela mejor y cumple mejor su acción germinal en la hoja que vuela sobre campos ilimitados que en el libro cautivo de las vitrinas y de las estanterías de quien lo vende y de quien lo compra. La hoja vuela en más lontananzas y es donaire del viento y del espacio. El libro no vuela. Circula. El libro espera al lector y ejerce a trechos funciones notariales; protocolizar, legajar ideas y doctrinas y filosofías. Su actividad de sembrador es lenta y va sometida a itinerarios más cortos y difíciles en lo apostólico y en lo financiero. La hoja vuela como el viento, libre, ágil, tornasolados el cuello y las alas por el sol matutino o por la luz melancólica del atardecer. El libro tiene precio comercial: se cotiza. Es cosa fungible. Es instrumento negociable. Lo volandero es otra cosa como propaganda ideológica y como labor que se basta con arrojar un grano de espíritu en el surco de la inquietud cerebral del Universo.

Sanín llega a la ciudad "solariega", a su segundo alero materno, después de una vida. Un fuerte soplo de juventud lo anima y sustenta por dentro y por fuera. Y en su palabra y en su sonrisa y en su mirada,

se destaca el hombre maduro, de inteligencia sazónada por el estudio y por el tiempo, que es el apoderado y fijador definitivo de todo lo que alienta y se agita debajo de los astros y encima de la tierra crucificada de caminos y de senderos.

Llega ahora el maestro a la Patria grande, de la cual es exponente destacado en los sectores del intelecto y del espíritu, y donde los pueblos edifican las torres almenadas y los muros eternos de la ciudad futura.

Y va hoy Sanín para lejos, con la proa endilgada hacia los mares y las playas australes del continente suramericano. De esta América joven y palpitante, que tiene la forma de un gran corazón encargado de palpar por el mundo nuevo y por el viejo, y de alimentar con su sangre las grandes visceras germinativas del porvenir.

"La Nación" de Buenos Aires es uno de los rotativos más fuertes y prestigiosos del mundo periodístico. Latino-América tiene en "La Nación" y en "La Prensa" bonaerenses sus más destacados⁰ representantes, sus más sólidas columnas intelectuales y su más amplio itinerario de extensión y prolongación.

De ese gran diario ha sido Sanín en Europa, desde hace largos años, representante principal y colaborador del más elevado coturno. En Londres y en Madrid, Sanín ha gobernado las grandes oficinas corresponsales de "La Nación". Y ahora, el Maestro va a la metrópoli argentina, a ocupar puesto categórico y sólido en los sectores de alta batalla del diario panamericano. Y allá será Sanín la mente aguzada de finos lentes panorámicos que domina y detalla el momento de una Europa que apenas reacciona y apenas se mueve como los inválidos del Marne, del Vístula y del Piave: en muletas. Amplio y fértil campo para la pluma de Sanín, sociólogo y crítico sereno de las grandes y pequeñas jornadas del género humano.

Lleve el Maestro a las hermosas riberas del Plata, como ha llevado a todas partes, el recuerdo de la Patria que ahora visita como huésped transitorio, y que lo admira y sigue como a una de sus más fuertes proyecciones intelectuales.

LA GUERRA Y LA PAZ

Mi querido amigo y "colegua" ambulante, Quijano Mantilla, ha sido señalado como individuo de andanzas y malandanzas contra el orden público.

En asuntos guerreros o revolucionarios, el super-andante cronista sólo ha ganado el título de Comandante, que en milicia conservadora equivale a Teniente Coronel, un grado menos que el del Coronel Arciniegas, antiguo militar y hoy Diplomático permanente en París y sus alrededores.

Como personaje de armas tomar, el Comandante piedecuestófilo sólo posee y carga tres: un revólver de cazoleta (1343), un lápiz, el del garrapateo, y un saco-leva negro, estilo Tutankamen, para cuando el cronista de "El Epiro" "funciona" en público.

Esta es la panoplia de guerra del Comandante Quixano y Mantilla.

Yo he sido "Ayudante de campo" del autor de "Sartal de mentiras", a quien admiro como "escribano público", quiero y busco como camarada, y respeto y acato como Jefe y como estrategia insuperable.

"Ayudante de campo", digo, teniendo yo, comj tengo tan pronunciado y desarrollado el "instinto de conservatismo", y perteneciendo ai "Conservatorio Nacional" de 1386.

"Ayudante de campo" del señor Comandante Quijano el bueno. Quiero decir que el Comandante tiene, como buen descendiente de don Alonso (véanse las dos tristes y parecidas figuras) un campo (el de Montiel, sobrenombrado o subnominado "El Ejiro") y un molino (uno de los muchos que en las manchegas planicies excitaban los ímpetus guerreros del supra-dicho y terrible señor Don Alonso).

En ese campo y bajo un cielo muy azul y radiante, y bajo la techumbre metálica de un rancho clavado en fecunda y verdegueante ladera, he convivido con el Jefe terrateniente de cuatro fanegadas, más de un día feliz, más de una hora de eglógica tranquilidad en los ángulos virgilianos de la quijanesca y manti-Uana estancia.

Casuca sencilla, en clima suave y ambiente cristalino a cuya través el alma y la mente dominan en divina elación, todo el panorama celestial y terrestre que encierran los horizontes de "El Epiro". Unos surcos de tierra prolífica, hinchados ya por la sazón de la legumbre; unas rosaledas con rosas encendidas como rubores que dejó la aurora en el verde infinito de los campos, y una madeja de seda de agua o de

agua de seda, que canta en el orto y reza con voz religiosa la oración de la tarde, cuando ya la noche empieza a sembrar de cenizas y de olvido los caminos, los llanos y los montes.. .

Y las almas también, porque la noche es el olvido de las almas y las cenizas de la noche son el dolor de los caminos y la tragedia de las montañas y de las hondonadas...

Y en la casuca y en su derredor el Comandante Quijano y Mantilla, unas veces extrayendo raíces áticas de sus libros en griego y otras, extrayendo del surco raíces "leguminosas" para el cocido de ese Sancho imperativo que todos, hasta los más Quixotes, llevamos en el aparato gastronómico, i "Espúmame esta gallina, Sancho amigo, mientras llega la hora del yantar"). Y aquí, al cerrar este paréntesis carnívoro, recuerdo y escucho con profunda delectación, cómo cacarean y pían las gallinas y las cluecadas del señor dueño de casa, mi Comandante...

Ahí, allá y aquí en "El Epiro" de las tardes fulgurantes y de las noches estrelladas, es donde yo he sido Ayudante de "Campo" del Mariscal Quixano. quiero decir, mi Teniente Coronel.

¿Y este hombre, el más bíblico de todos los soñadores y la más justa de todas las almas del Purgatorio, es el que va por mis tierras caucanas en andanzas y malandanzas turbulentas? Le han tomado por un revoltoso, siendo como es un guerrillero anecdótico, un revolucionario de "valor entendido" ^ un pacifista absolutamente octaviano?

No! El Comandante no atentará contra nuestro querido orden público, ni turbará con un disparo o con un "disparate", esta paz sin cuartel, esta paz a muerte, esta paz de los sepulcros blanqueados que atravesamos y que nos atraviesa!

El Comandante no es propiamente una ametralladora ni un barril de pólvora. Y en achaques guerreros no interviene ni en "la guerra del lápiz" de sus propios comílites.

En Popayán —claro está— nuestro andante cronista habrása conectado con el Coronel Lasso, revolucionario reciente de la nación ecuatoriana. Pero esa entrevista habrá sido una "entreviú" para "El Tiempo", y no una conexión que pudiera ponernos en guardia a los que somos "guardianes" de la paz y sostenedores del Establecimiento constitucional de 1886.

No estallará, pues —"Deo volente"!— la guerra del Comandante Quijano, ni ninguna otra. Nadie ni nada será capaz de "debelar" esta paz "con todos sus horrores". En el país hay muías y vacas liberales y

conservadoras, superiores a toda razón bélica de índole libertaria o reivindicativa. Y el Comandante Quijano y Mantilla —Hermano Tercero y amiguísimo del Cura Párroco de la Capilla— podrá fundir y derretir todos sus arreos alarmantes —revólveres, pistolas, guarruscas, peinillas, cañones, fusiles y escopetas— en los terribles "vivaques" de la paz y en las infernales hogueras de la confraternidad colombiana e hispanoamericana.

Dicho todo esto con permiso de las Normas de Ibagué y en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu de los "Buenos Partidos" de la República. Amén.

AMBOS Y EL SUPERÁVIT

El Ministro de Hacienda Pública bombea al de las Obras Públicas. Y el Ministro de Obras, a su turno, bombea al de la Hacienda Pública. Archila defiende a Villegas. Villegas defiende a Archila. Ambos —el de Manizales y el de Sogamoso— que no andan de acuerdo con "naides" se han puesto de acuerdo en un punto "sumamente muy importante": en que tienen un superávit contante y sonante en las cajas de la Eficiencia Nacional; en que la cosa marcha como por sobre rieles en unos pantanos y en que el eterno "déficit" de nuestra desgracia fiscal ha sido al fin "operado" con éxito. Una apendicitis crónica, con adherencias al peritoneo, eliminada por una intervención quirúrgica de carácter ministerioso. No hay que olvidar que Archila es médico y cirujano y que el de las obras es en el gobierno el ministro dinamo, el encargado de producir luz, calor, fuerza, movimiento y superávit.

Entre el de las obras y de la hacienda hay un "pacto de mutuas garantías". Ambos se defienden y se guardan las espaldas. (Y qué espaldas!) En el parlamento, en el reportaje, en tierra, en agua, en aire, ambos se auxilian y se socorren; ambos se llaman, uno a otro, "mi honorable colega", "mi distinguido compañero". Y como ambos son dueños y señores de una probidad agresiva que el público no les abona en cuenta, la alianza villegoarchilosa, resulta a las postres una alianza ofensiva y defensiva.

Admirable espíritu de confraternidad éste que reina y prospera entre los ministros "empujadores" y descubridores del superávit, entre el Zarathustra manizalita y el "toro salvaje de las pampas" llaneras, entre el Dempsey de nuestras ferrovías y el Firpo de nuestras finanzas.

Pero... por qué? Porque todo no ha de ser sorbete de curuba, ni salpicón de moras, ni brevas rellenas de arequipe caucano. El de las obras públicas, en un reportaje publicado ayer, le dispara al de hacienda, un adjetivo que exige una aclaración, una rectificación o un lance de honor en el campo del superávit.

Dice el de las obras públicas:

"Mis palabras fueron éstas, véalas usted escritas. Haciendo Ja defensa de mi colega el señor ministro de hacienda y crédito público dije que era uno de los principales artesanos de nuestra organización fiscal".

Bueno. . . y qué?, preguntará un lector despreocupado. Pues que el de las obras ha dicho al de la hacienda que es "uno de los principales artesanos de nuestra organización fiscal".

"Artesano", aplicado a cuestiones de "eficiencia constructora", es algo que no debe decirse a un colega de gabinete", salvo que sea un gabinete de madera, o una obra de carpintería. Entre "artesano" y "artista" hay la diferencia que hay entre una pared de adobe y un friso de mármol, tallado a cincel. Hay la diferencia que hay entre albañilería y arquitectura; entre manufactura y "patufactura"; entre superávit y déficit;

entre mujer pública y hombre público, entre Fakir aristocrático y Kéfir democrático, entre un objeto de arte y un artefacto. Venga, pues, lo del superávit, lo del bombo recíproco y lo del autobombo, pero sin eso de "uno de los principales artesanos de nuestra organización fiscal". Artesano principal! Si siquiera hubiera dicho artesano suplente. Verdaderamente somos una democracia, espejo y ejemplo del mundo, demonio y carne.

El de la hacienda y el de las obras, en el empeño de bombearse, sin permiso del asesor Lili, le han servido al Congreso un plato exquisito, un postre de natas con barquillos y bizcochitos ideales. Han denunciado un bien oculto, un dinero sobrante, ocioso, vago, improductivo, que no paga ni el bodegaje en una época en que la dinámica del oro es la que mueve al mundo con enjalma y todo. Ya hay congresistas cambiando ideas sobre la inversión legal que se debe dar a ese superávit nunca visto ni inventado en nuestra vida de república pobre "aunque" honrada.

Admirable espíritu de cooperación éste de ios "empujadores" susodichos! Pero más admirable todavía la benevolencia con que el señor Ospina contempla ciertas "cosas" de sus "co-eficientes".

Del de hacienda y del de sus obras se ha dicho y se dice que son los dos ministros más popularmente impopulares y más impopularmente populares de que puede "desenorgullecerse" el actual orden de cesas y de casos.

Pero hay para los gobiernos algo más grave que una impopularidad cultivada como conejo de laboratorio por los que la "sufren". Y ese "algo" es Jr a las cámaras a hacer reír a los congresistas y a las barras, hablando a "ignorandas" <no a sabiendas> del "superávit desconocido".

Para las mujeres y para los gobiernos hay una cosa más fulminante que el cólera "morbus" y que el cólico de profundis: el ridículo.

Algo más terminante y más insuperavitable que la enfermedad del sueño (del dormir y del soñar), llamada en lenguaje científico "la encefalitis metalúrgica".

Y ahora, señores ministros, honorables colegas, aristocráticos fakires de las finanzas, superbos, superhombres del superávit: lo que se necesita no es superávit, propiamente. Lo que se necesita con urgencia es plata. Plata irrestricta. Plata troncal. Plata en mano y mano en plata.

Más claro: plata por arrobos, por quintales, por toneladas. Nada de taumaturgias superavitosas. Algo más tangible que los reportajes y que los discursos charlamentarios.

Por ejemplo: grandes almacenes de Plata y....
Compañía.

Y compañía, si señores, porque si falta la Compañía sobra la plata.

LA ALEGRÍA DE VIVIR

La elección de Reina, hecha por los estudiantes en la amable persona de doña Helena Ospina, es un suceso que la ciudad —esta triste ciudad!— ha recibido con alborozada alegría.

Bogotá ha empezado a alegrarse, ha empezado a reír y a sonreír después de tres centenios de canceras y cancamurrias, de quietudes de cartuja y de silencios contemplativos. Es una obra de misericordia, una labor de salvamento espiritual la que están realizando las bullangueras y jocundas farándulas de los muchachos colegiales y universitarios. Con ellos se alegra y entusiasmo toda la República, Bogotá y las ciudades, pueblos y aldeas que forman y sustentan la nacionalidad. Porque Bogotá, la urbe maternal, ampara con sus alas y conforta y nutre en su seno prolífico, estudiantes del levante y del ocaso, del meridiano, del austro y del septentrión. Aquí, en Bogotá, palpita, vibra y germina el alma inquieta y regocijada de los estudiantes. Y esa alma, esa entidad del mañana, se proyecta hacia todos los horizontes del porvenir.

Bienhaya ¡a elección de los estudiantes y paso a la Elegida, a la Soberana y a toda su corte y séquito y gobierno!

Los estudiantes acaban de dar hermosa lección, un ejemplo "troncal" de cordialidad, unión y solidaridad nacional en todo el "reinado de la República".

En momentos en que los mayores de edad, dignidad y gobierno disputan agriamente por cosas que fácilmente pueden arreglarse; cuando el telégrafo y la prensa se encienden en llamas antinacionales, fáciles de evitar, y cuando los doctores Carlos S. Restrepo y Libardo López organizan en Medellín una Liga dizque para "defender" a Antioquia y a Colombia de no sabemos qué ofensivas ferroviarias, los estudiantes de "todas partes", en férvida lid de sufragio universal, los **estudiantes "colombianos"**, la loca juventud universitaria, desfaza un entuerto nacional; la inexperiencia da una lección a la experiencia y la locura farandulera de los estudiantes endereza la brida a los fogosos corceles de la cordura y la prudencia.

Hé aquí que las legiones estudiantiles de Santafé encapotada y friolenta, parte el sol de la Alegría y comparten la luna de miel de la concordia. Pierrot va de carnaval por las calles y a los acordes de la Murga Máxima enharina el rostro risueño a Colombina y baila con ella un fox-biue o un supertango, o una "clava" en el asfalto.

Es la gentil y amable persona de Helena Ospina la señalada por los estudiantes para rendir un homenaje a la mujer antioqueña, a la que se destaca como germen y entraña y sustento de la raza; a la que se estiliza con líneas netas y recios perfiles como entidad nutriz y orientadora de la "tribu" fuerte y feliz de la montaña.

Y el homenaje lo enciende Bogotá, la ciudad maternal bajo cuyo alero convivimos sin roces ni asperezas, los de aquí y los de allá y los de más allá; los de aquende y allende la "línea troncal" del Magdalena.

Es una dama de belleza espiritual y física; con gracia y aliño y con unos nervios felices que sólo transmiten y reciben "ondas" de ensueño y de alegría. Es una antioqueña —huésped hoy de Bogotá, en el Palacio de la Carrera— fresca y sencilla, como una rosa nacida y encendida al aire puro y al sol llameante de las cumbres, la consagrada para rendir en ella tributo de veneración y de filial respeto a las mujeres de la montaña.

Hemos, pues, entrado en el reinado de Helena I los estudiantes y los "ya no estudiantes"; los que apenas suben las cumbres de los años y los que ya, bajo el silencio del crepúsculo, turbado sólo por las campanas del "Ángelus", empezamos a descender hacia la Noche.*..

Colocados al margen de la farándula, de la quimérica comparsa soñadora, presentamos nuestras armas pacíficas —un lápiz y una pluma despuntada— a la Reina de los estudiantes, que quiere decir Reina de la Gracia y de la Inteligencia, de la Ilusión y de la Fantasía...

"God save the Queen!" Dios salve a la que en el carro de la Aurora viene a decirnos las férvidas Da-labras del poeta:

"Alegrémonos de haber nacido".

“LA NEURA”

Neurastenia! Hé aqui la palabra. La palabra divina. La palabra de honor. La palabra de actualidad ' permanente".

No pasa. Es la palabra evangélica. La palabra infinita del versículo encendido **en** las páginas bíblicas, i "Pasarán los cielos y la tierra, pero mi palabra no pasará"). Así habló el Sembrador que sembró para los siglos y por los siglos de los siglos. "Mi palabra es pan y nii sangre es vino. Y no sólo de pan vive el hombre, sino de todo lo que fluye de ;m espíritu". Así hablaba el Vidente. Así convencía **y** enseñaba a las gentes el Divino Tragediante por cuya boca habló **una** y mil veces la Sabiduría de la Eternidad.

Palabras! Más palabras! Así exclamaba el príncipe de Dinamarca interrogando al mundo de ta subconsciencia en el Castillo de Elsinor. Delincuente nato, loco pasional, ficha antropométrica de un criminalismo inveterado, han dicho los profesores de ciencias psiquiátricas. Asi lo engendró, lo crió, asi lo levantó y así lo eternizó el genio de la dramaturga universal. Y así perdura como una de las más torturantes realidades del alma humana. Palabras! Palabras! Todas las palabras, hasta las más efímeras, llevan su tragedia. Ellas filtraron su divina inquietud, como un jugo de mandragoras, en el alma atormentada y espasmódica del Principe que perdió para siempre su alegría.

Las palabras, unidas, encadenadas por el hilo del pensamiento, son terribles ejércitos de ideas en marcha. Escritas o pronunciadas en el momento de una batalla ideológica, equivalen a grandes baterías que edifican y derruyen, que arrumban o levantan y que dominan el reino de la vida o el reino de la muerte. Otras veces, regimentadas por la necesidad o la pedantería, sólo alcanzan a ser humo vano en el soplo del viento, mísera greguería de una verborragia para la cual no hay hemostático posible.

La palabra "neurastenia" sirve entre nosotros como un rótulo para clasificar diversas mercancías.

Todo, en nuestra monserga familiar, es neurastenia. La confundimos fácilmente con todas nuestras lacras fisiológicas y anímicas. La incultura social, la grosería incurable, la aspereza y la brusquedad en el trato con nuestros semejantes; la borrachera y el "guayabo" correlativo; la chismografía social en amores o en desamores; en el hogar, en el costurero, en el vestíbulo, en el portón y en el trasporten; en el cine, en la taberna, en la calle, en la carrera y en el corrillo esquinográfico. La truhanería, la patanería patentada; la maledicencia agazapada tras el "se dice" y tras el "me lo contaron"; el chimorreo de aumento, atrincherado en aquello de "no es para sostener"; la injuria gratuita, asesorada por la envidia; la mentira cruda, a medio hervir; la suspicacia no pasterizada y la calumnia distributiva servida, a domicilio como el Kéfir o como el agua "Cristal"; todo lo que implica ácidos trasudores y

tristes deyecciones del humano animal, todo eso tiene un nombre de guerra entre nosotros: neurastenia!

La pobreza; el fracaso de una ambición o de un apetito; la desproporción entre el propósito y la capacidad para cumplirlo; un despecho amoroso o financiero; un cuerno conocido y otro cuerno desconocido; la miseria moral; la inmoral y la física; todo eso, todo este; todo aquello, tiene un común denominador en nuestra jerigonza ciudadana: neurastenia! Oh, neurastenia apocopada para mayor consumo y circulación del rótulo. ¡La Neura!

La neurastenia de causas orgánicas es una desgracia, y como toda fatalidad merece homenaje, de respeto y compasión. Esa es la sombra que profundiza más la noche sin aurora de los "advertidos", de los que en el lecho de Job asisten, hora por hora, instante por instante, a su propia disolución, a su mismísima dispersión en la oscuridad del gusano "desconocido".

Pero la neurastenia "fina", digo mejor, la osicas-tenia, el exquisito mal, formula el analista, no es más que un estado de exaltación que nos deja percibir en su exacta verdad horrible el fondo de las cosas. Un estado de clarividencia, de hiperestesia en que se siente el dolor que nos circunda, a flor de piel, como si se tuviese el alma en carne palpitante, en carne sufriente y doliente. No hay tormento comparable, mas tampoco nada que nos hunda tan sombría y grandiosamente en la mística significación del Universo. Si los dioses sufren, deben sufrir de neurastenia. Por ella he aprendido a amar las nubes, el sol, la pureza y la alegría de los campos, la efímera vida de las flores y los juegos de los niños. Todo lo sencillo. Todo lo que la mano del hombre no impurifica ni ensombrece. Qué honda y extraña piedad me acongoja ante el espectáculo de un mendigo o de una mujer desamparada...

Esta es la neurastenia fina, la neurastenia metafísica, la que sólo pueden usar aquellos a quienes un Hada misteriosa regaló con el don ultraterreno de sentir, de pensar y de sufrir...

BAILAR Y VER BAILAR

El baile! El baile es hoy amo y señor del universo El mundo es un danzódromo. El mundo es hoy ira estadium consagrado a la coreografía. Bailar! He aquí la consigna, el deseo, la ondulante inquietud. Ir y venir al compás del Jazz-band. Girar. Voltejar. Aligerarse, Eterizarse en el vértigo del fox y del su-pe'-tango. El baile anestesia el dolor de vivir. Llevar una mujer. Llevarla! Una ligera conexión en las manos y una presión apenas sensible sobre el talle femenino. Bailar es necesario. Vivir no es necesario.

El baile es lo congenital. Lo orgánico. Lo anterior a nosotros. Es la armonía de la creación moviendo los seres y las cosas. Todo es sobre el planeta un lei-motivo danzante. El mar ondula con un ritmo de valse, lento o frenético, bravio o desfalleciente. Las oias tienen curvaturas y espasmos femeninos. El cuerpo de una bañista es una prolongación de la euritmia perfecta del mar. Ambos se compenentran y se complementan. Son dos instintos. Dos fuerzas irreflexivas. Dos ímpetus terribles. Oigamos al poeta: "Toda mujer, toda mujer quisiera, en una noche encapotada y fiera, estarse a solas abrazando al mar..." "Sobre las olas" se llama un valse antiguo que nos trae fragantes "recuerdos de infancia y juventud".

La madre arrulla al hijo y sus brazos son un columpio que se mueve con ritmo de valse. El viento mueve las frondas y las frondas se mecen como en un valse de resonancias infinitas. La danza es de data inmemorial. Probablemente el señor Adán la bailó con la Señora Eva por no haber de momento más señoras danzantes en el "hall" del paraíso perdido. La danza es de todos ios "componentes" del género humano y de todas las latitudes del mapa-mundo. En el Paiace de París o en la más profunda entraña de las selvas pobladas. El carrizo de Panza vibra y sus ritmos son la alegría y el movimiento de los que a su alero se acogen y en su regazo respiran y trajinan.

La música es la materia prima del baile. No hay baile sin música como no puede haber serenata sin música. La orquesta, la banda, la pianola, la victrola, la murga... hé ahí lo que produce el movimiento, el ritmo, la ondulación y el giro y regiro de la danza. Los expertos en coreografía afirman que el baile es un "sport" saludable, un ejercicio en que aprovechan el alma y el cuerpo. Podríamos decir que es un número de Juegos Olímpicos: carreras de pieandantes. Un fox es una carrera al trote. Lo mismo un ragtaime. Digamos mejor, son pasitrotes sostenidos a paso de parihueleros y con más o menos adornos y fiorituras. Un pasillo "era" una carrera hípica: una bestialidad. Algo para descentrar el corazón de una motocicleta. Y el tango del día y de la noche y de la madrugada, es un paseo sentimental a paso de golfista. El más ágil y resistente puede bailar en una noche veinte kilómetros, según el voltaje interno (amor o whisky) y según lo que enarque el respectivo aparato taximétrico.

Ver bailar es un placer aparte del placer de bailar. Un placer de múltiples y delicadas impresiones. "Hay que ver!" "Hay que ver!" canta el cuplé madrileño. Hay que ver a los que bailan. Hay que ver cómo cada "contertulio" tiene su manera, su estilo, su singularidad. Hay tantos estilos como individuos giran en la danza. Cada uno tiene su "algo" que lo peculiariza.

En cambio..., la mujer posee un admirable don de adaptación rítmica para esto de la "eficiencia" coreográfica. Se amolda, se ciñe a todas las maneras. A cada "parejo" le lleva "el compás" y se lo "sobrelleva" aun a aquellos hombres que, sin nociones de baile, se atreven a eso que llaman "sacar pareja". Una mujer puede "soportar" un mal "parejo", digamos mejor, un "disparejo". Lo aguanta, lo lidia, lo sobrelleva, como lo haría con un ebrio o con un loco. Y en el baile nacional, bailando con el que sabe, va y viene, marca todos los compases, todas las figuras; y hasta las más nimias filigranas. Van con el buen parejo como Pedro por su casa y se hace admirar a cada "paso".

Ver bailar —ya lo hemos dicho— es un placer menos movido pero más sereno que bailar, algo que no cansa, ni fatiga, ni hace respirar fuertemente. Cada hombre es un modo, un estilo —bueno o malo— de baile o de movimiento social y personal. Cada mujer es una adaptación a su parejo. De ahí que su "estilo" se diluya en las diversas "obediencias rítmicas" a que la somete el hombre en cuanto la toma en brazos. En el entusiasmo danzante, el hombre lleva la batuta y la rienda. En lo demás, la mujer lleva, no una batuta, sino un millón de batutas.

El baile es una sana alegría, el más frívolo de los movimientos y el más eficaz tratamiento contra la desgracia de vivir. Es un escampadero en donde las mujeres escampan marido y los maridos escampan mujer. Son muy raros los "esposos" que bailan dos "fox**" seguidos con sus consortes "integrales". Y son también muy raras las mujeres que bailan —no digo dos piezas sino dos "copetes"— con sus "dueños de casa".

Es cosa divertida ver la cara triste que ponen algunos "invitados" cuando van y vienen danzando. ¿Qué les pasará? ¿De qué se acordarán?

Y es cosa buena también ver el reverso del contraste: los invitados a un entierro van siempre charlando con mucha animación. Hablan de política, de literatura, de industrias, de la fuga de Barrera. De todo, menos del muerto, ni de sus virtudes cívicas y teológicas.

El baile es hoy más que en el pasado y en el porvenir, dueño y señor de todos los cuerpos con alma y sin alma. Fuera de su "estadium", el género humano degenera y se desarmoniza. Es un gran padrino, un gran cuarto para empresas de amor puro y de amor químicamente impuro. ¿Hay algo más "sustantivo" que oprimir un cuerpo femenino y llevarlo y traerlo al ritmo de un "Fox-trot" de Jerónimo Velasco? Hé ahí el centro del universo!

Y ver bailar, es decir: ver talles, caderas ondulantes, brazos desnudos, sonrisas de los ojos y miradas de los labios, descotes estupefactantes y nuca marfilinas rasuradas por la navaja feminista de la última "creación" parisiense?

Ver bailar es vivir. Y vivir no es más que pasar, ver pasar y dejar pasar.

HOMBRES FUGACES

El señor Vélez Lora, tan conocido nuestro, ha resuelto seguir las huellas de Francisco Barrera.

Ambos habían sufrido condena de largos años en la Penitenciaría Central (vulgo "pan óptico") y ambos son delincuentes "bien".

Y resolvieron cumplir su condena fuera de esas montañas de ladrillo y de sombras que forman los rastrillos y celdas del Panóptico. Han cambiado el pan óptico por el pan del desterrado, que es el mismo pan del ostracismo. Toda fuga es un destierro. Todo prófugo es un desterrado y todo destierro, un pan menos cada día, o por lo menos, un pan muy amargo.

Barrera se atendió en el Panóptico. La vida ahí es imposible. No hay confort. No hay libertad sino para no tenerla. Y donde no hay libertad ni en el orden, no hay nada. Vivir no es respirar. Ni comer. Ni dormir. Esas son funciones animales. La libertad es el sumum de las aspiraciones humanas. La libertad es al espíritu lo que el aire libre a los órganos respiratorios. La libertad es una función permanente del alma y uel cuerpo, como lo son en el corazón la cístole y la diástole. El que no sepa conservarla, recobrarla o rescatarla, merece su esclavitud o su cautiverio.

Vélez Lora ha sido más héroe, más autor, más dueño de su libertad. La ha obtenido sin programa, sin plan, "sin preparación ninguna", "improvisando" en uno de los lugares más céntricos y trajinados de la urbe. Casi, casi, que en la Calle Real. Una cosa sencillísima: un tumulto, un caso policíaco, la gente se agrupa, el agente que conduce a Vélez se distrae y éste —que no se distrae— "juye", se alcanfora, corre, vuela y —en una palabra— recobra la libertad perdida. El gendarme "sigue al prófugo por entre la gente callejeante", pero "sigue" a "otro", a otro que no era el evadido. Una ligera confusión un "lapsus velis", en el momento psicológico. Oh confusión, oh caos!

Barrera "planeó" su libertad. Tuvo colaboradores, auxiliadores y un público de mayoría femenina que lo aplaudió con frenesí como a un consumado actor de la pantalla cinematográfica o cine-dramática. Una empresa de cines podría reconstruir y "filmar" el folletín Barrera-Galindo en tres actos, y el de Vélez Lora como una "ñapa" estilo "Pathé Journal".

Hubo un día de audiencias y otro de investigaciones procesales en que el público indignado habría lapidado y eliminado a Francisco Barrera, no por el delito cometido y comprobado, sino por la denuncia que hizo contra una mujer de la cual se dijo que era "madre de cuatro niños".

Pero llegó otro día en que Barrera fue el héroe inquietante, el admirable protagonista, el personaje central de una aventura "real", muy parecida a una novela cinemática de esas que en la sábana pública exaltan y asombran a la gente, más que por lo intensas, por lo inverosímiles.

Barrera huyó un día, una tarde, una noche. Burló la acción de dos gendarmes y puso entre él y el público muchas tejas, muchas paredes, muchas calles y mucha imaginación de por medio. De reo rematado pasó a ser un hombre que desde un momento "aprovechado" (o psicológico) se convirtió en héroe destacado por la fantasía y el nerviosismo colectivos. Héroe, sí, decimos, señores y señoras, -porque afrontó el problema de su libertad y lo resolvió jugándose la vida y entregándose al peligro. Y el peligro y el buscarlo y desafiarlo es lo que forja al héroe, lo eleva y lo redime de la vulgaridad degradante del miedo. Entre él y nosotros puso el prófugo mucha in-certidumbre, mucho detective, mucha vereda, mucha sed, mucha hambre, mucho insomnio, que quieren decir mucha ansiedad, mucha tragedia, mucha inquietud; odiar el día, desear la noche; maldecir la luz desde el escondrijo; querer la sombra para seguir la fuga; caminar y caminar y no poder despegar de la tierra los pies sangrantes y no sentir en los hombros la complicidad de las alas!

¿Os acordáis, queridos camaradas, de vuestra angustia, de vuestra ansiedad por la suerte del héroe improvisado? ¿Os acordáis, queridísimas mujeres, buenas y malas, honradas y deshonradas, perdidas o imperdibles, os acordáis de cómo suspirabais, indagábais y rezabais "en favor" del delincuente a quien poco antes habíais arrojado de vuestro corazón? Vino la fuga, la hazaña, la novela, la fantasía, el aire, el silencio, la distancia, la noche, el peligro —todo lo espasmódico y lo dramático— a prestigiar la figura del "protagonista" y en cada una de vosotras rezó una madre, lloró una hermana y suspiró una novia...!

Después de vuestras voces de horror y de repulsa para el delincuente, lo abandonasteis a la sentencia judieitaria y lo entregasteis a la hermética sombra de las celdas numeradas en la casa del infortunio. Allí lo dejasteis como un guiñapo de hombre, como un andrajo de juventud, como el mísero leño de un naufragio en la tragedia del viento, del mar y de la noche!

Y un día "el protagonista", "el autor" de la vida, se fuga y se hace nervio y medula, centro y resorte de una cosa real y vivida que se acerca mucho a una fantasía conandoilesca. Y vosotras, oh mujeres esclavas de lo cinemático y de lo sentimental, ponéis, unas, vuestras canas y vuestras arrugas, y otras vuestra gracia y vuestra belleza y vuestras lindas cabe-citas pelicortas y peligrosas en el pedestal del héroe que hoy podría llamarse "el prófugo desconocido". No tomasteis en cuenta al prisionero rematado que pierde su nombre y toma el de una cifra. Pero sí exaltasteis al hombre que supo cambiar el castigo de la celda por el castigo del destierro, al hombre que en un instante dejó de ser un "pobre vencido" para ser un inquietante personaje de novela. ¿Y qué? Esa es la vida. Esa es el alma humana! Esta alma insaciable que va buscando siempre un "más allá" que la consuele y la ilusione y que se defiende de la realidad refugiándose en lo quimérico y en lo imaginario.

A la hora de la emoción no os importa el hombre de carne y hueso, ese imbécil que se posterga ante vosotras para demandaros una limosna de amor, algo menos que una sonrisa, que una mirada y que un suspiro. Preferís mejor a un hombre que se disuelve en la leyenda y se eteriza en lo desconocido, en la luz o en la sombra, en la cumbre o en el abismo.

Y por este camino, absurdo pero inevitable, trajinan los hombres, vuestras inermes contrapartes.

El hombre ama mejor la mujer ideal que la mujer tangible. Aquélla es el más terrible adversario de esta. Sólo la mujer creada por la mente nos satisface y entusiasma y es la consonancia de nuestros nervios y de nuestros sueños. La otra, la de carne sonrosada o marfilina blanca o morena, esclaviza por siglos a los insaciables y por segundos a los que quieren hacer la vida igual a lo que sueñan...

De ahí que éstos quieran más a las mujeres que se fugan (mujeres "fugaces") que a las otras, a las que no se van, ni se fugan, ni se pierden.

Nadie quiere lo que tiene, nadie tiene lo que quiere. Hé aquí el enemigo. Hé aquí la verdad engendrada por la tragedia de nacer, por la mascarada de vivir y por la derrota inexorable de morir.

LA CUESTIÓN SEÍSMICA EL FRACASO DE LA TEMPORADA

Parece que la temporada sísmica en Bogotá ha fracasado en toda la línea.

Entre ésta y la de 1917 va una diferencia apreciable a la simple vista.

La temporada 917 fue excelente y los técnicos y examinadores la calificaron con 5, que quiere decir sobresaliente, según el profesor Perogrullo.

La de ahora no ha cumplido sus deberes y se le ha reprobado. No estuvo a la altura de la de Mesi-na ni de la de Yokohama. Los temblores han sido "señoreros" y sin desgracias personales que lamentar.

Se ha comprobado una degeneración evidente en nuestra capacidad para los movimientos de la corteza planetaria. Ya no alcanzamos ni siquiera a catástrofes de mediano calibre, y nos reducimos al perímetro de la urbe capital. Esta ocasión nos han ganado en magnitud trágica y destructiva, Gachalá, Carlosama y demás poblaciones conmovidas.

Podemos, pues, decir que hemos tenido dos fracasos en el año que finaliza: el de la temporada sísmica y el de la temporada legislativa.

Volvimos a escuchar y leer la palabra "epicentro", que fue, en pasados días "temblorosos", el vocablo a cuyo derredor giraban los acontecimientos.

Y entre otras ocurrencias, hemos visto una muy digna de subrayarse al margen de lo sei'smográfico: la raza inglesa tiene fama de calmada, de fría, de flemática y de andarse con pies de plomo y sin nervios de ninguna clase ni procedencia. "Mí no asustarse". "Mí no tener miedo". "Mí ser muy sereno". "Mí no correr por temblores". "Mí no gritar San Emigdia".

Y sin embargo. .., un súbdito de la Corona británica, un inglés de pura sangre, huésped del Hotel Cote, se echó a la calle en un solo vuelo, sin oscilación y sin trepidación, en cuanto sintió (y lo sintió mucho) el "movimiento de tierra" del sábado al amanecer.

El míster "aterizó" en el asfaltado, pero al hacerlo, ejecutó una maniobra deficiente que le causó grandes daños en su aparato corporal. Se rompió un brazo al chocar con la epiléptica superficie de la tierra suramericana.

Y de los "místeres" de la raza latina, nerviosa, lírica, alborotera, aspavientófila e hiperestésica, ninguno se tiró por el balcón; ni siquiera por la ventana.

De que se desprende que la flema, la serenidad, la frialdad, la calma, los nervios, la hiperestesia y el temperamento aspavientosos no son patrimonio, ni matrimonio, ni producto exclusivo de ninguna raza.

EL MICROBIO DEL REPORTAJE LA I. P. . CACUANA

Se ha introducido a nuestra vida pública un mosquito de picadura mortal, como la "picadura" de algunos cigarrillos.

El mosquito se llama repórter y el microbio o germen patógeno con que mata, se denomina "reportaje" en el lenguaje científico de la moderna bacteriología.

Este agente viajero de enfermedades fulminantes, es pariente cercano del "Estegomia fasciata". (El linotipista escribió: "El estegomia "fascista") del "bacillus rabicum", aislado por Noguchi, del "treponema pálido" y de los tricocéfalos de tierra templada y de tierra caliente.

Del "estegomia" porque, aunque no amarilla, produce "calentura", que quiere decir "fiebre".

Del "bacillus rabicum", porque produce "rabia", que es casi igual a calentura.

Del "treponema pálido", porque "paraliza" el curso de la vida pública en sus víctimas.

Y de los tricocéfalos, porque produce uncinaria política y administrativa.

El mosquito es muy aficionado a los hombres públicos, que es peor que si fuera amante de las mujeres públicas.

Entra a las antecámaras de los Ministerios. Runrunea al oído de los porteros y cuando éstos abren "la puerta que da al señor Ministro", por encima del portero se cuelga al despacho de "Su Señoría".

El mosquito no pide audiencia y hace muy poca antesala, pero una vez "colao" a la sala del Ministro, se "encarga del Despacho" o de "despachar al Ministro hacia la vida privada y sin auxilios de marcha", si el Ministro no se ha aplicado la vacuna respectiva. El preservativo contra repórter es callar o! pico. En boca cerrada no entra "mosquito", ni Mosquera, ni Serrezuela.

Pero si el Ministro es boquiflojo y lengüiliviano y por ingenuidad o por vanidoso garlerismo, larga la palabra y se la deja coger del "mosquito", sobreviene "ipsofactísimamente" la correspondiente infección purulenta producida por la picadura reporteril.

Ya tenemos varios casos en que el Ministro "no se ha salvado", a pesar de los esfuerzos de la ciencia, y sin embargo, nuestros queridos hombres públicos, administrados y administrables, no cogen "escarmiento" (así dicen las mujeres: "escarmiento", que quiere decir la hembra del "escarmiento"). Se dejan caramlear, interrogar, interpelar y hasta indagar de cualquier mosquito y van aflojando hasta lo que

un día después les produce la horrible amargura de un retorno a la vida privada (que entre paréntesis está tan difícil).

El mosquito ha tenido éxitos recientes en el Ministerio de Instrucción Pública.

Llegó un día al despacho del señor Ministro, lo picó y a los tres días, la Cámara Ardiente, la honorable Cámara de Representantes, se comió crudo al señor Portocarrero y no hubo quien se atreviera a disputarle la presa a la fiera ministrófaga. Se lo comió por unanimidad y con la simple tarascada de mente reglamentaria. Los restos del "occiso" fueron encontrados por unos pescadores sicilianos al sur de Sicilia, en el mismo mar en que acuatizaron los héroes del "Dixmude". Luego de encontrados, el Presidente Ospina los depositó en la Sindicatura de Lazaretos.

Vino después el señor Arroyo Diez. Tenía en sus manos "El Nuevo Tiempo", arma de gobierno en la política conservadora. El mosquito lo interpeló y el señor Arroyo verbalizó aquello de "rinovarse o moriré" y aquello otro de "si el Gobierno no afronta el problema de la Instrucción Pública, lo afrontará el partido conservador". Y el Presidente dijo entonces: "Venga, pues, y baile. Aquí está la pareja. Baile el tango del "Rinovarse". El señor Ospina nombró al señor Arroyo Jefe de la Cartera de I. P...cacuana. Lo nombró con intenciones no muy caritativas. Con las de Caín, que dicen en zarzuela. Y el señor Arroyo tangué un rato, y tangué bien.

Pero una noche, una noche toda llena de murmullos y de músicas de alas, una noche bartolina, el señor Ministro tuvo un choque chocante con el Protocolo y con el Concordato. Y en seguida se autorre-porteó y rezó para afuera todo lo que adentro tenía, y vino la conflagración en mar y cielo y tierra, y la cuestión de la soberanía y del Poder Civil y del Concordato y el problema de las reparaciones. Y el señor Arroyo no fue por más tiempo Ministro de la Instrucción Pública.

Y desde ese día el Ministerio de la I. P. empezó a ser una cosa terrible, trágica, descacharrante, cloroborosódica y estupefaciente.

Algo tan peligroso como el sitio aquel de Chapinero, en la Carretera Central, donde los automóviles se vuelven del revés y traumatizan totalmente a los pasajeros.

A ese sitio le llama la gente con el pomposo título de "El Matadero Público".

Y para allá va el Ministerio de la I. P.; para Matadero Público.

Y hasta el Contralor, que no teme a nada ni a nadie, declinó el honor de llevar consigo el fulminante portafolio de la instrucción y salubridad.

Y luego, el doctor Corpas se excusó también de ministrarse y dijo en voz alta: "no le jalo"; "mejor me oriento hacia Choachí". Y alzó el vuelo. Y aterrizó en el cercano Oriente.

Total: que no hay quien le haga postura al Ministerio de las becas, ni quien se afane ya por saber "qué hubo al fin de la crisis de la Cartera susodicha", si es que eso no es ya el melancólico recuerdo de una Cartera.

No hay hombres para el más fundamental de los Ministerios. Por lo menos no hay hombres públicos irreporteables.

Es lamentable que entre nosotros no tenga todavía el feminismo derecho de intervenir en la cosa pública.

Si lo tuviera, podríamos nombrar (o podría el señor Ospina) llevar a la I. P. una mujer que afrontara el problema de nuestra Instrucción y de nuestra Salubridad.

Una mujer que no se dejara reportea"- y que manejara lo mismo el carriel que la cartera.

Pero, ¿dónde está la mujer, que llegado el caso, no se deje reportear?

Sería interesante, desde el punto de vista de la locuacidad, el intercambio de ideas entre una Ministra y una Subsecretaría.

Acabarían el día del juicio a la madrugada, por aquello de que...

Cuando dos mujeres conversan, no conversan: hablan a un mismo tiempo.

TÓRTOLA DEL ALMA!

Procedente del mundo ha pisado las tablas de la ciudad Tórtola Valencia.

Tórtola es una mujer de mundo, que lo recorre hace ya más de una quincena vencida.

Andarina ilustre. Danzarina insigne. "Danza todas las danzas que a tejido el Oriente: las que prenden hogueras en la sangre liviana, y a las plantas deshojan de la déspota humana, o la flor de la vida, o la flor de la mente".

Tórtola es una estrella mundial de la coreografía complicada. Y como "buena estrella" es mujer de confianza. Y como mujer de "cierta edad", se bate muy bien en el difícil arte del reportaje.

Cuando a Tórtola le zumba cerca del oído el mosquito reportífero, ella lo domina, lo hipnotiza, lo sienta y toma la palabra. No se deja interrogar. No se deja asaltar con preguntas indiscretas. Lo contrario de nuestros danzarines políticos, de nuestros bailarines de la vida pública, que meten mil y una pata en cuanto un repórter les dispara la menor interrogación. .

Tórtola ha dicho ya en la prensa muchas cosas interesantes.

Que tiene dinero. Bueno. Que no tiene hijos. Malo. Los hijos son necesarios para que gasten si dinero paterno o materno.

Que va a hacer un hospital en Sevilla. Bueno y malo. Bueno _porque es caridad. Malo, porque eso sugiere que la 'salud de Tórtola no es buena.

Que después de viajar por Colombia se irá a terminar su vuelta al mundo: al Japón y a la China, a epatar las musmés y samurayes y a los bandidos chinos y a las chinas bandidas que van a saber cómo bailan, cómo danzan, cómo giran, cómo se mueven las Tórtolas de la coreografía occidental.

Que Tórtola es muy rara y que tiene sus cosas. .. Naturalmente! Y ¡ah de la bailarina que no las tenga! Toda mujer debe tener sus cosas, es decir, sus rarezas, sus excentricidades.

Y de Tórtola reza la fama que en Lima "tuvo una cosa" con un hijo del Presidente Leguía.

Una cosa macabra y cementeriosa, por los lados del Campo Santo. La danza de los cipreses azotados por el ábrego de la noche. La danza de las sombras de los sauces embrujados por la luz de la luna y pollos fúnebres nepentes de los silencios de ultratumba. . . !

Allí hubo algo que crispa los nervios, algo que pone en la medula temblores espasmódicos de orden medianímico. Pero en todo caso, algo digno de una artista que "hace arte" con lo humano y con lo sobre-humano; con lo sabido y con lo incógnito; con lo visto y con lo desconocido; con el "más allá" y con el "más acá", con el misterio de la vida y con el misterio de la muerte.

Que no es cierto que Tórtola se haya desvestido en el escenario de un teatro de la Habana. Que esa es una fantasía del diarismo volandero, del reporterismo visionario. Que no hubo tal. Que ese "número" no entró en su turné de las Antillas.

Tórtola hace una rectificación que le quita mucho interés y que enfriará a muchos de sus admiradores y también (por qué no?) a muchas de sus probables admiradoras.

Tórtola piensa quizás que se encuentra en un país no incluido en los catálogos de la nueva civilización.

No hay tal. La moda parisiense es aquí la que domina, la que manda la parada en todo: en lo indumentarial y en lo coreográfico.

El tango, el foxtrote, el chotis, la danza apache, el valse sumamente lento, el "rai" y el "olrai", la cumbia y el "guatecano" torbellinoso, la "polka descabellada", el séptimo pasillo de Fulgencio García y la novena sinfonia de Beethoven; la segunda rapsodia de Liszt y el Foxtrote número ochenta y cuatro del maestro Uranga.

Aquí se baila de y en todo. En la alfombra, en las tablas, en la yerba menuda del campo, en el asfaltado y en los puros ladrillos. En la cabeza, en la cuerda y en el errón.

No se ponga nerviosa la simpática Tórtola, ni se inquiete por eso que dizque lo han inventado. Lo grave fuera que "aquello" de que se desvistió en la Habana no es verdad.

En la Habana se desvisten hasta los peces del mar y los perros calungos. En la Habana hace mucho calor. Y desvestirse en los climas ardientes es la cosa más explicable del mundo. Es un acto trivial del más simple carácter defensivo. Es como abrigarse en clima frío; en Tausa o en la Calera, pongamos por clima.

Y no decimos Bogotá, porque nuestra urbe se está entibiando por minutos, a juzgar por el número de "desvestimentas" que "gravitan" por doquiera: en el baile, en el teatro, en la calle y en la carrera.

No crea Tórtola que aquí las mujeres del bello sexo nos vestimos para ir al Teatro o a la soirée, o al garden party o al "fai o cloc te", o al fai o cloc chocolate. No tal. Nosotros vamos con la "última". Y la última es que no se necesita vestirse para presentarse en público. Con desvestirse no más se rinde tributo al protocolo.

El descote como los marcos: por el suelo. La falda, como los víveres: por las nubes. Las blusas, con mangas de chaleco, es decir: sin mangas. Y los brazos al aire libre y al aire comprimido y al aire puro, como para darlos a torcer. Y el pelo arriba de la nuca y la nuca muy por abajo del pelo.

No se afane usted, dulcísima Tórtola Valencia...

Aquí no nos coge de nuevo el arte de desnudarse al vestirse y de vestirse al desnudarse. Somos suscriptores de la moda parisiense y no vamos tan a la cola de las grandes elegancias del mundo.

Puede usted, querida Tórtola, desvestirse tranquilamente. Aquí sabemos cerrar los ojos a tiempo para evitar malsanas y torcidas concupiscencias. Una desvestida de usted sería tan interesante como una "espantada" de "El Gallo" o como una bronquitis del Comendatore Titta Ruffo, que en paz descanse.

En casa de alto bordo, con hijos e hijas mayores de edad, dice al padre una de las hijas:

—Papá: queremos ir a Teatro esta noche, pero dizque la opereta tiene escenas muy fuertes.

—Entonces que no vayan los hombres, contesta el papá, con voz de mando.

El "desvestimiento" le está dando la vuelta al mundo. Es la moda elegante. El chic parisiense. Y aquí somos tan elegantes y actuales como el que más lo sea.

"En tal virtud", puede usted, Tórtola ilustre, desvestirse tranquilamente con permiso de la Junta de Censura y de la autoridad. .. moral correspondiente.

Puede usted desvestirse. Sí, pero en su camerino y mientras se cambia de indumento.

En el escenario, no lo haga. Puede usted resultar muy atrás de la moda y de sus últimas creaciones.

Eso es una obra de misericordia.

Ni siquiera un pecado.

"Vestir al desnudo"! Eso no es una inmoralidad. Créamelo, Tórtola. Es la verdad desnuda!

LA EMOCIÓN TAURINA

"CANASTILLO" MATERIA REPORTEABLE. HABLA EL JEFE DE LA MISIÓN TÁURICA ESPAÑOLA

"Canastillo" es el toro "máximo" de los que mandan la parada y dominan el "piojo" en los diversos sectores de Mondoñedo.

A primera, segunda y tercera vista, reúne todas las cualidades de un toro de bandera, de un campeón de la raza peninsular, que se encarga de mejorar la colombiana, dejándonos, al través de su "hombría de bien", todas las cualidades y energías de la raza castellana.

"Canastillo" es, más bien, proporcionado de cuerpo; su lámina, digo más claro, su figura, es perfecta. Y en ella entran sus cuernos, que lo son del tipo de lidia extrafino y químicamente puro.

Negro como la noche en que Julieta vio por última vez a su Romea. Nervioso e inquieto como un Ministro en días de crisis ministerial; la cola —una larga cola, digna de un cacique político— le arrastra y le da al suelo —bravo como el que más lo sea y noble como sus antepasados de la dinastía "Santacoloma".

"Canastillo" es todo un ejemplar, en hermosura, coraje y hasta en una sugestiva inquietud que lo domina.

"Canastillo" es todo un ejemplar, en hermosura, en segundo, ni fija la imaginación un momento en nada de lo que le rodea. Piensa en muchas cosas al tiempo. Parece que fuera un Ministro con delirio ferroviario, cablegráfico, carretero, económico y oleoductífero.

Es que "Canastillo" se ha hecho cargo de una función muy fuerte y difícil: la de crear, "mejorando lo presente".

Y crear es lo más cuetarriba del mundo. "Después de Dios, sólo Shakespeare ha creado", dijo Paul de San Víctor, en elogio del creador de Hamlet y de Otelo.

"Canastillo", en ciertos detalles de su vida, constituye un espectáculo digno de admirarse por aficionados y no aficionados.

Su sentido y su índole codiciosa son tan de ley, que "Canastillo" tira cornadas hasta a las moscas que le pasan rumbando. Embiste a su mismísima sombra en cuanto el sol la proyecta sobre la yerba o sobre el polvo. En sus tímpanos auditivos tiene mucho de humano y mucho también de lo mismo en toda su sangre y en todas "sus ideas". Y va el comprobante:

"Canastillo" sale a los corrales y con su belleza y bravura impone a todo mundo silencio sepulcral. Tiradle un sombrero o una montera, y le dará una cornada en el aire o en el suelo. Pero de pronto suena la voz del mayoral Manoliyo Martín, que lo crió y lo enseñó a leer y a escribir en los cortijos de Santacoloma, y que aquí lo acompaña y lo

consiente, y "Canastillo" cambia de ánimo y se torna una "buena persona" y un miembro de la Cruz Roja.

¿Qué añoranzas del cortijo nativo, de la clásica tierra de sus mayores, le despierta la voz de su mayoral a "Canastillo"? Qué sabemos!, pero es lo cierto que Manoliyo ororrumpo: "Canastillo", Tillo. . Tillooo! Tillooo, Tillo... Y el hermoso animal se va hacia Manoliyo y éste lo acaricia, lo "pampea", lo tutea y le dice hasta cosas pesadas.

La sugestión es del oído únicamente. Es la voz del mayoral la que pone en el toro mansedumbres y ternezas humanas. Si Manoliyo sale al corral y no pronuncia "la señal de campo", la divina palabra ("Canastillooo"), el astado empitona al mayoral y lo saca de juego.

"Manoliyo" me ha presentado una tarde a "Canastillo" en un corral de Mondoñedo. Me ha tomado del brazo y me ha dicho: "Venga usted, nomá". Y yo "he ido" y me "he dejado" presentar a "Canastillo".

Con un miedo rayano en temeridad, con la flojera de piernas que acostumbro en todos mis actos públicos y privados, con una terronera enciclopédica, me he acercado a "Canastillo", llevado de la mano por el mayoral Manoliyo.

—Le presento al "señó Ti-Tá", gran aficionado, modula Manoliyo. Y yo vacilo, sudo bombillos de 50 bujías, siento la lengua del tamaño de una almohada matrimonial y siento en todo mi cuerpo, sobre todo en las corvas, un temblor... japonés, un movimiento sísmico de pies a cabeza y un gran susto en toda la costa y en todo el interior de mi territorio psicológico.

—No tema nada —desliza "Canastillo"—: no hay cuidao; somos de los mismos y estamos entre caballeros.

—Gracias, mi General, gracias! Su Señoría, gracias, doctor!, exclamo yo, queriendo agradecer con un tratamiento honorífico a mi benevolísimo interlocutor.

—No soy General, ni Ministro, ni doctor, fraseolojea "Canastillo". No soy sino un servidor, un simple aficionado a la fiesta española, sabe usted?

—Perdone, pues, General. No he querido ofenderlo en ninguna forma. <Y vuelvo con lo de "General").

—No hay de qué, balbuce el Rey de Mondoñedo

—Y diga usted, señor de Santacoloma: ¿cuál es su programa político y administrativo?

—Mi programa es este: "Probidad y eficiencia". Probidad en el manejo de las vacadas puestas bajo mi "hegemonía" y eficiencia en lo demás. Usted comprende que si no parece la eficiencia y resultado deficiente, me exigen la renuncia y tengo que volver a la vida privada.

—¿Qué forma de gobierno va usted a implantar en el cortijo?

—Pues, oiga usted: Haré un gobierno moderno, estilo Primo de Rivera. A mis compañeros Veraguas y Miuras les daré participación en el gobierno como miembros del Directorio Militar.

—¿Se siente usted bien en la Presidencia del Directorio?

—No mucho. Estos puestos son de lidia difícil. Ya dizque hay intrigas y chismes contra mí, sobre todo entre los "Miuras" que, según lo sabe usted, son "malas roses". Los Veraguas son un poco más leales y menos intrigantes. Este puesto se presta a muchas amargaras, a muchas envidias por encima y por debajo.

—Y las novillas llaneras que han quedado bajo su honorable contraloría, qué opinión le merecen?

—Pues... hombre... aún no he tenido tiempo de ejercer mis funciones constitucionales estipuladas en el contrato respectivo. Pero en cuanto lo haga, le daré a usted mi opinión franca y clara.

—¿Qué otra fórmula de gobierno tiene usted para sus próximas actuaciones?

—"Rinovarse o moriré". Usted comprende que si no aparece el "rinovarse", surge el "moriré" irremediablemente.

—¿En qué forma vinieron usted y sus colegas al país?

—Nosotros formamos una misión táurica que abogará porque no continúe la degeneración de la raza. Yo soy el Presidente de la Misión. El primer vice es un Miura y el segundo Vice, un Veraguas.

—¿Piensa usted regresar a España?

—Depende. Yo dejé abandonados mi familia y mis negocios. Si logro traerlos, me radicaré aquí, definitivamente. Aquí me siento entre hermanos hispanoamericanos.

—Gracias! y... asistirá usted a la corrida inaugural de la temporada?

—No puedo. Soy extranjero y aún no he comparecido a la policía a cumplir con el mandato legal sobre inscripción de extranjeros.

—¿Y el señor de Santamaría?

—Magnífico. Un gran corazón, un gran señor y un gran aficionado. A mí me trata con mucha gentileza. Tanto es así, que yo ya no quiero ser "un Santacoloma" sino un "Santamaría".

Un muchacho del cortijo hizo sonar un clarín que expandió sus acentos por los collados y las llanuras. Las alamedas de eucaliptus, tocadas ya por la sombra espectral de la noche, empezaban a tiritar bajo el soplo de un viento espasmódico.

Y el cronista —"ante lo avanzado de la hora"— puso pies en polvorosa hacia Mosquera, en un carro del antiguo régimen, que rodaba como por sobre rieles, o, para andar más despacio, comfl por sobre bueyes.

ELOCUENCIA DESBORDADA UNA TARDE EN "MONDOÑEDO"

A la gentileza y bondad de don Ignacio de Santamaría. Duque de Mondoñedo, debo el agrado de haber conocido "personalmente" los diez y seis toros de lidia españoles que son nuestros ilustres huéspedes hace ya tres meses.

El señor Santamaría me los presentó uno por uno, en las corralejas de su cortijo.

El cortijo es todo un cortijo a la española. Grandes sumas de pesetas ha erogado el señor Santamaría en las reformas de adaptación que ha verificado en su hacienda taurina.

La organización dada al cortijo es un gran esfuerzo de tiempo, de técnica y de dinero que ojalá, con los años, retribuya con buenas utilidades la obra de don Ignacio en favor de la fiesta y de la raza de cornúpetos de faena circense.

Todo en "Mondoñedo", hasta el detalle más nimio, corresponde a una necesidad y consulta un sano deseo de mejorar entre nosotros lo que confluya a dar lucimiento y categoría a la vibrante y emocionada película de los toros.

Bueno, y ahora entremos en materia: los morlacos de "la Madre Patria" pastan y trajinan en los dominios de "Mondoñedo". Esos "señores" se traen "mayorales propios", y éstos los atienden, los cuidan y les hacen grata su permanencia en nuestra tierra "española".

El señor Santamaría me toma del brazo y me va presentando a los recién desencajonados:

"El señor Mengano, admirador de usted y de sus compañeros".
"Canastillo de Veraguas, para servirle", dice el rey de los cornúpetos, el que no será lidiado en el anillo de San Diego, y quedará para Ci cruce de la sangre.

Emocionado y conmovido ante tanta belleza y tanta cornamenta, y en un arranque de elocuencia taurilocuente, me cuadro a cincuenta metros de los pitones y sobre un muro de dos metros de alto, y en vista de los toros embisto de la manera subsiguiente:

"Angelicales y ecuánimes Miuras: en vuestros cuernos traéis la tragedia, la misma de todos vuestros antepasados y con la cual habéis hecho un cartel que os ha elevado al rango de "personajes novelescos" y escalofriantes. No es leyenda la vuestra, ni es fantasía. Es historia, antigua y moderna, vivida y sufrida, a sangre fría y a sangre tibia, por los diestros a quienes habéis extraído los intestinos para asolearlos en la arena de las plazas colmadas.

"No vayáis a cometer ningún asesinato en 'cuadrilla' ni vayáis a inferir cogida alguna a vuestros paisanos. Todos somos de los mismos y —además— aquí no resistimos las emociones fuertes. Somos un

público que apenas empieza a adecuarse en la escuela de la sangre y de la muerte. Manejaos con bravura pero con nobleza y no querráis darnos una hecatombe de sombra o de sol que nos lleve a todos a la enfermería.

"Os saludo con efusión y entusiasmo, oh, matoides lombrosinos!, y os ruego nuevamente que no nos vayáis a poner al borde del colapso colectivo y a dos dedos del síncope "abintestato". (Ovación, oreja, y vuelta al ruedo).

"Benévolos y eficientes Santacolomas:

"Vuestro cartel es ilustre en los anales de la nerviosa y vibrante fiesta de los claveles y de las mantillas, de los soles ardientes y de los cielos azules como las túnicas de los dioses. Sois conocidos como insignes paladines de la raza y de vosotros lo esperamos todo a maravilla.

"En nombre de la Cámara de Representantes, muchos de cuyos "ejemplares" se hallan ahora "suelos", os saludo y os presento el homenaje de mi adhesión política y de mi anticipada admiración". (Aplausos, música y caramelos milanos).

Queridísimos y confortables Veraguas: Habéis presenciado mis esfuerzos para fundar la libertad en donde reinaba antes la tiranía. Trescientos años lleva vuestro cortijo castellano de producir cornúpetos tan hermosos y bravos y nobles como vuestras excelencias y vuestras señorías. Sois "Duques" por vuestro padre y Vacas por vuestra madre, cuyos pies beso, y vuestra historia toda es de coraje, de elegancia, de hermosura y de exquisita nobleza en vuestra lucha con el hombre. En el transcurso retrospectivo de los años sois una dinastía más brava y boyante que muchas de cuyos máximos "ejemplares" tumbó la guerra el regio turbante y también la imperial corona endiamantada.

"En nombre de todos los cornúpetos del país, de los antiguos y extintos "Tilataes", "Mátimas" y "Escóbales", disueltos como tribus semitas en el lapso de la decadencia, os saludo con todo el ceremonial diplomático de que soy capaz y os confío —como a expertos— el problema de nuestra reforma educacionista y de nuestro "rinovarse o moriré".

"Pero hay más, señor Presidente: el inciso 240 del párrafo 478 del ordinal 500 del Capítulo metropolitano de nuestra Constitución nacional..."

Aquí iba, cuando el señor Santamaría, con toda cultura y cortesía, me tiró del capote de paseo y me recordó que había necesidad de regresar a la ciudad y de dejar que mis "oidores españoles" fueran a tomar el faivocloc, raigrass y cebada". Sea breve, me dio a entender don Ignacio, o le largo un Miura para que le clausure la elocuencia...

Un viento frío, calcinante de hielo, empezaba a correr sobre las planicies y sobre los collados del cortijo. Erase un viento espasmódico de aquellos que ponen largas crispaturas en las frondas anochecidas

de los árboles.

A corta distancia, en un potrero aledaño, los cencerros de los mansos diluían en el silencio de la hora una música soñadora y evangélica, algo lento y profundo, muy parecido a la armonía que un campanario de aldea dilata en las seis oraciones del Ángelus. ..

El dueño del cortijo ordenó partir al automóvil que rodaba sobre el camino ya medio borrado por la noche. La luna recortaba ya su disco romántico bajo un cielo de pureza inverosímil, y una nube multicolora, de estilo tutankamen, simulaba en el Poniente el traje alegre y vivaz de una mujer desconocida..."

Y... estremecido partí a galope, por en medio de la pampa solitaria, cuyo vasto horizonte ennegrecía la noche...

LA BESOTERAPIA PÚBLICA

Un ciudadano de apellido Morales escribe en la "Página del Público" un airado comentario contra los recién casados que se toman la libertad de besarse en público, muy próxima ya a "la libertad de los libres".

El señor Morales nos resulta un acusador particular de la más sustantiva actividad de Su Excelencia El Amor, que anima y enciende —antes y después del respectivo himeneo— a los respectivos cónyuges sobrevivientes.

Nosotros desconfiamos de que el Acusador Morales pueda citar más de dos casos en relación con este grave asunto "intercontinupcial". Entre nosotros y entre "nosotras" el beso en público no es una regia general; es una excepción dilatoria de inepta demanda, condenada por el acusador antedicho.

El beso —dijo Rostand— es el punto rojo con que se marca la "i" de la pasión; la copa en que se liban las almas en los labios. Y etcétera, etcétera, etcétera.

En abstracto, el beso admite muchas y diversas clasificaciones. Entre muchos otros, se conocen los siguientes:

El beso con que el tinterillo Iscariote consumó la entrega del Justo a los esbirros del Pretorio y a las manos sucias de Poncio el Gobernador de la Baja Galilea, socio en comandita de Lucio Pisino, de Mauricio Sáurico, de Valerio Palestino, de Anas, de Caifas y de algunos otros bolcheviques de la Olimpiada CXXI de Tiberio, Emperador de Roma y Monarca invencible del Universo.

Fue éste un beso quizá el más trascendental de la historia del género humano. Comisión módica: treinta dineros, o denarios, en billetes del Banco de la República. .. romana.

Desde remotos tiempos el beso ha sido gran auxiliar de los autores de teatro, de comedia, de opereta, de zarzuela y de muchos otros géneros, chicos y grandes, lavables y aplanchables. Sófocles y Esquilo, Shakespeare y Moliere, Calderón y Lope, Bena-vente y Bernstein, todos, más o menos, han utilizado el beso como elemento emotivo de sus concepciones.

El beso, en el mundo de las almas y de los cuerpos, es como entre nosotros la Empresa de la Energía Eléctrica: una institución. Y es también una aspiración permanente de todo lo que alienta debajo del cielo y de los astros: desde la esfera del microscopio hasta los dominios del telescopio; desde el palomo azul que "pide una paloma" y "pico" de tejas para arriba hasta el hipopótamo que ama a la hipopótama con un amor absolutamente hipopotámico.

El beso, entre los seres y entre las cosas, es parte integrante y esencialísima de la armonía maravillosa que rige y acompasa la mecánica psicofísica del universo.

El sol, todos los días, desde las cumbres en que nace, besa a la tierra con beso de luz, tibio y fecundo, y al morir, al naufragar en su propia sangre, vuelve a besarla y le sobra beso para besar la cabellera de la noche que ya se destrenza por valles y colinas.

(Entre paréntesis: el sol es el único actor trágico que muere de veras en la escena. Pero no hace gracia ninguna con morir, porque tiene asegurada la resurrección para el día siguiente. En esto se parece a ciertos ministros que renuncian tranquilamente porque saben que los volverán a nombrar irrevocablemente.

En cambio, la luna —no la de miel, de que habla el señor Morales— se muere quince y más noches con sus días y resucita muy flaca, muy pálida y muy triste, quizá por aquello de las trasnochadas y no obstante ser una "astra" pobre aunque honrada).

"Y la besó en la boca" dice el Alhigieri, al hablar de Paolo y de su contraparte Francesca.

"En la boca". No podía el Dante decir de otra manera. Si dice o escribe "en los labios", habría aparecido como una Danta literaria, digna del círculo más vicioso del Infierno.

El beso en público tiene poco pedido. Sólo lo explota el cinematógrafo con una frecuencia que cansa y que ya no hace gracia ni causa provocación la más ligera.

Todo tiene su sitio, su minuto y su pudor. El beso en público no es un delito, ni un pecado, ni un acto primo, ni siquiera un entreacto. Es, sencillamente, una falta de cultura, un detalle de mala crianza y de ningún decoro. El pudor es el amor propio de la carne y la discreción es el amor propio del espíritu.

En los noviazgos, —visitas, paseos, bailes, novenarios, veraneos, travesías de mar, varadas en el ex-río Magdalena— el beso tiene el halago de lo furtivo, de lo rápido, de lo expuesto y de lo contencioso administrativo. Sobre todo en las visitas —jueves y domingos— cuando los contrincantes burlan el servicio de "alumbrado y vigilancia" que presta la Suegra en nombre de la República y por autoridad de la ley".

Dar un beso de amor es un arte fácil. Recibirlo, es un arte difícil. Y más arte que todos, darlo en público y que la gente no se entere.

En las únicas partes en que un beso en público no alborota el cotarro de ambos sexos, es en los túneles ferroviarios y en los salones de los cines, que son túneles de veinte minutos de extensión.

El mar besa la playa; la madre besa al hijo que arrulla en sus brazos; el viento besa las ramas y las pulsa y les arranca músicas solemnes. El marido besa a la mujer... de su prójimo; el novio besa a la novia; yo, beso la mano a mis pacientes lectoras y el señor Morales se calienta con tanta erupción del "Vesubio", con tanto besuqueo. El señor Morales no podría vivir en la Besarabia.

"El mundo es un pañuelo", dijo el comediógrafo.

Y ahora, cabe decirle al señor Morales, Contralor General de Besos públicos:

El mundo no es más que un beso público y privado.
Y no se sulfure más el Acusador, porque pueden decirle que eso
es envidia de la mala.

CALLOLOGIA MODERNA

En noches pasadas, a la salida de un cine, un pieandante ha lanzado un ay! lastimero y hondo, subrayado por un ajo verdaderamente apocalíptico. Y a renglón seguido le descargó a un su conciudadano un mojicón (vulgo, trompadón) que puso al "destinatario" cuan largo es, en el asfalto urbano.

El agredido por el otro agredido fue recogido del suelo con papel secante y en un estado vecino a la Agencia de transportes mortuorios de Gaviria.

— ¿Qué pasó aquí? —interrogo a un espectador del tumulto.

—Nada. Que un parroquiano le pisó un callo al agresor y éste tomó revancha por su cuenta, por su grandísima cuenta y en uso del sacrosanto derecho de venganza que engendra y crea un pisón de callo, sin contar, desde luego, el derecho de pisadura que forma parte de los Derechos del Hombre y del Ciudadano.

El agredido agresor recibió en el callo mayor un pisón de esos que dan síncope, vaguido, vértigo y fiebre puerperal de 40 grados a la sombra y de ochenta al sol mayor que nos "caracteriza".

Un callo en un dedo es muchísimo peor que un dedo en un callo de número 42.

La enfermedad de los callos es de temperamento, de diátesis en el curso de una o más generaciones de antepasados predispuestos a contraer el mal. Los callos se heredan, como el artrismo, el linfatismo, el cáncer. Sólo que unos "herederos" nacen más predispuestos que otros a caer en uno de tantos abismos patológicos. (Patología en este caso debe venir de pata, que es el lugar donde mejor se produce esa planta viciosa del organismo que se llama callo).

Los callos son la herencia más triste e incómoda que un padre le puede dejar a sus hijos.

Sobre el haz de la tierra no hay dolor igual al del pisón -de callos.

Hay dos clases de pisonos: el pisón en firme, y el "resbalao", el "corrido a la banda", que reza sólo con los dedos menores ("meñiques") de los "pieses" de los respectivos damnificados. Este —el resbalao— es el pisón en que uno suda bombillos y se siente próximo al colapso cerebral y a la encefalitis "metalúrgica".

Estos pisonos, por lo regular, se los "debemos" a nuestros mejores amigos, que son, casi siempre, aquellos con quienes más trajinamos calle arriba o calle abajo.

Un pisón de callo en huelga, de callo irritado, es una cosa que nunca olvida el ofendido.

El que pisa un callo, pide excusas a su víctima y ésta le dice: "No tenga cuidado". Pero por dentro (por dentro del callo) le está maldiciendo hasta la quinta generación de ascendientes y de descendientes.

"Cortarse los callos" es una empresa que exige preparación lenta y concienzuda, como la de confesarse. Hay que pensarlo y pensarlo y en seguida, resolverlo. Reverbero, agua caliente, platón, Sócrates, aristóteles, toalla, cuchilla de autoestropo, asentador, tranquilidad, pulso, cuidado (cuidado con irse a cortar), esmero, corrección y obra que no satisfaga, devuélvase al interesado. En seguida, si no hubo go-lletazo y hemorragia, yodo y esparadrapo.

Otra ganga: oír la lista de remedios que da la gente contra el mal de los callos. Qué buena es la gente! Qué caritativa y qué sanalotodo! Que limón, que lima (de metal), que tomate (tomate este remedio), que extracción y mil tratamientos más.

Los "encallecidos" venerables son de todos conocidos, tanto por el "andar" como por el sufrimiento y la cristiana resignación que trascienden al público.

Hay enfermos incipientes, de primero y segundo año y de "gran porvenir". Muy aprovechados y con muy buen ojo clínico, quiero decir, de pollo, entre dedo y dedo, que significa "dédalo".

Entre las mujeres hay "casos" innúmeros. Son las que más sufren, por lo mismo que son menos sufrientes y menos fuertes. La mujer fuerte es escasa. Sobre todo, la mujer fuerte del Evangelio. La mujer es débil y es flaca. Y mejor que así sea. Porque —dijo el mismo Evangelio— ay de las gordas! Quién las movilizará de un tranvía a otro tranvía! Quién las levantará si caen!

Yo he visto a una mujer, a una mujer "bien", quitarse el zapato en la calle —excéntrica se entiende y tarde de la noche— y seguir pisando con la media habana en la media noche.

El "ajo", lanzado en alta voz y a grandes distancias, en ondas radioactivas, se inventó precisamente para cuando un semejante nos "mete" semejante pisón, a mansalva, sobre seguro y con alevosía. Se le antepone la interjección, el ay! estentóreo y el "mensaje" se oye a distancias lontananas, a miles de rniirá-metros.

El tarado de callos con largos años de servicio, se "defiende" muy bien en los bailes, en los mítines y en todos los sitios en donde la "patología" colectiva lo pone en peligro de uno o de cuatro pisotones con treinta días de incapacidad locomotiva, que quiere decir, en lenguaje científico, "ataxia lomotraste".

Defender un callo en un baile o en un "metinge" es más difícil que defender un cubilete entre un gentío arremolinado o entre los "piches" de viernes santo en una iglesia o en una procesión.

¿Qué es un callo? En un pie, un callo es una inferioridad manifiesta, una "deficiencia" protuberante", valga el concepto paradójico. De los callos puede decirse lo contrario del dinero y de la salud: "no se sabe lo que valen hasta que no se pierden".

Nadie sabe lo que duele un callo hasta que se lo pisan. Un callo en la frente es un lobanillo, o también puede ser el germen de una idea grandiosa.

Un callo en la nuca es un divieso, o un grano o un chichaguy. Y el que lo tenga, va al grano, va al chichaguy o Val-divieso.

Un pisón de callo irritado es la ofensa personal más grave fue un cristiano anticristiano puede "asestarle" a uno de sus conciudadanos.

El pisón de callo debiera ser un acto punible, incorporado ya en la legislación penal de todos los pueblos civilizados. Tantos días de incapacidad, tantos vértigos, tantos escalofríos, corresponden a tantos meses de trabajos forzados.

En un almacén de telas una señora le ha pisado un callo a un amigo mío, venerable de grado 42 en la Sociedad de Callos Mutuos. El pisón fue de número 34 y de marca **Pathé Freres**.

"Lo siento en el alma, señor!", le dijo la dama al ofendido, digamos, mejor, al "occiso".

"Y yo lo siento en el dedo. Y lo siento muchísimo", alcanzó a responder el desgraciado, antes de exhalar el último ajo, por dentro, se entiende.

En Cali acaba de ocurrir un caso de callografía callejera.

"Correo del Cauca" lo detalla y yo lo transcribo aquí, desde el jarrete hasta la yema del dedo gordo. Dice así el diario caleño:

"Nos refiere el joven Carlos Torres, chofer, que el sábado fue víctima de un abuso por parte del señor Comisario de la Policía Judicial, a quien involuntariamente le lastimó un callo, en la oficina del Acueducto. Torres a pesar de su repetida petición de excusas, soportaba las agresiones de palabras del ofendido hasta que, exasperado, le preguntó si quería que se le arrodillara. Entonces fue enviado a la cárcel, donde permaneció hasta las primeras horas de la noche y donde hubiera permanecido hasta hoy a no ser por las gestiones de personas interesadas en la libertad del citado Torres.

¡Qué callos los del señor Inspector!"

Tenemos, pues, que en Cali hay prisión por el feo delito de pisarle los callos al prójimo. Dichosa tierra.

Y eso que fue un Comisario de Policía Judicial el agredido!

Qué tal si el dueño del callo no es un Comisario del Cauca sino un Comisario del Cáucaso, un Comisario de la Rusia soviética!

A ver, caballeros! Quién le pisa un callo a Mussolini, a Mustafá Quebién o al General Juan Vicente Gómez!

Menos mal que el pobre chau-u-fe-úr caleño sólo tropezó con un Comisario de la Policía Judicial.

Qué tal si le pisa la benevolencia al, Gobernador del Valle!

O la tolerancia a su Secretario de Instrucción Pública!

UN INSTRUMENTO CONTROLADO

Ya empiezan las brujas callejeras a chismografiar en derredor de la Contraloría.

Que el Congreso la reformará. Que la suprimirá o que le quitará o dispondrá lo necesario para inutilizarla. Más claro: para brincársela.

Que el Gobierno es uno de los más acogotados por la Contraloría.

Y que por lo mismo no mira bien los mandatos legales que lo decapitan cada cinco minutos.

Que el Contralor renunciará en cuanto le toquen el más pequeño inciso, ordinal o parágrafo de los que respaldan y sustentan las prerrogativas y fueros de su jurisdicción coercitiva y reivindicativa.

Que es sensible la hipótesis de la dicha renuncia, toda vez que el Contralor, fuera de las cuentas que glosa o fenece, no tiene cuentas con nadie. Ni con el Rosario.

El actual Contralor, es el juicio final, el "cróталus hórridus" de todos los que se alcanzan, por cálculo o por desidia, en el manejo de dineros nacionales.

Más todavía: los que saben o entienden de estos achaques contralóricos. opinan que la Contraloría, en la forma en que hoy funciona, hace innecesario el Poder Ejecutivo.

¿Qué es un Contralor? Un empleado que se la pasa todo el día contra-Leandro "al Ejecutivo", a los empleados de manejo y a muchos particulares de los que negocian con el Gobierno Nacional.

¿Qué es una Contraloría? Esto lo saben hasta los porteros: es. la oficina donde trabaja el Contralor.

¿Qué es una Contralora? La contraparte del Contralor, la que lo controla en todos sus actos públicos y privados.

También puede ser la hembra o la mujer de un noble inglés. Digamos, la señora de Lord Salisbury, o la "cóncuba" sobreviviente o sobremuriente de uno de tantos Lores como pululan fuera y dentro de la poderosa ínsula británica.

De la Contraloría y de sus afluentes y derredores se cuentan cosas muy agradables al paladar, como para aperitivo y digestivo. Cada anécdota es un bombón delicioso, de lo mejor que produce la fábrica.

Un portero de la Contraloría nos ha referido, entre otros, este cuento, rigurosamente "histórico" como el actual Gobierno, y absolutamente filarmónico.

E! Ministerio de Instrucción y Salubridad Públicas, a petición del Director de la Banda del Conservatismo, digo, del Conservatorio, compró hace pocos días un clarinete de primer orden en la escala musical del ruido organizado y sometido a la pauta inexorable del pentagrama.

El clarinete fue pedido directamente, y su dueño era un músico civil —no militar— retirado a la vida privada de recursos. En una reorganización que le "sobrevino" quedó cesante, dispuesto a producir cualquier sonido".

"Nuestro héroe" se midió el clarinete, se miró al espejo y encontró que le quedaba un poco largo del extremo superior, es decir, de la región de "Sincerín" que es la región de "la caña".

Además, el instrumento se trajo más llaves que una ferretería, y el profesor, acostumbrado a pocas llaves, no supo qué hacer con las que le sobraban. ST resolvió "colocárselo" o "enflautárselo" al Gobierno, para servicio de la banda máxima.

El clarinete fue comprado por sesenta duros, inclusive el 10 por ciento para los pobres y el agua y la luz por cuenta del nuevo inquilino, o sea el mismo Gobierno 'Nacional manizalita. (No es Antioquia el que está fatigando la historia en estos psicológicos momentos. Es Caldas. Es Manizales con Félixísimo, con Aquilino, con "Don Carlos" el Ministro de la Postguerra, con Juan de Dios, con Pompilio, con Daniel, con Silvio y con otros muchos patricios y matricios de la urbe caldense).

Llegado el contrato a la firma del Contralor, éste puso rictus de asombro ante el "valor" temerario del clarinete. De un clarinete presumido que fue a fijarse un valor suicida: sesenta durazos!

El Contralor entra en erupción. Arroja lava y ceniza y agua "hirviendo" sobre el contrato. Lo devuelve al Ministro de Salubridad con esta declaración:

"El clarinete de que se trata no sólo es caro; es absolutamente "insalubre" y por lo tanto nocivo para la salud del erario público y del Conservatismo Nacional de música clásica.

El Ministro de la I. P. (caucana) se entera de lo actuado y sobre el humo (léase "ipso facto") dispene que se aclaren las cosas.

"Y en tal virtud", el Director de la banda matriz, comparece a presencia del Contralor. Hace una luminosa exposición sobre la raza, la cría y los remotos más orígenes del resonante clarinete.

Es —dice el Maestro Martínez— un clarinete de alta calidad. Fue fabricado en la casa que surte al Rey de Inglaterra y al Rey de España, grandes aficionados a los deportes clarinetísticos y filarmónicos. Este clarinete es superior al del Profesor Pérez. El de Pérez toca como siete y toca solo también, llegado el caso. Este toca acompañado como "tocan" los enamorados en el Cine, y produce más notas que un Contralor General de la República en general. En síntesis: es un clarinete absolutamente pistonudo y hasta ahora no ha dado una sola nota falsa.

El Contralor, a pesar de la exposición anterior, resuelve verificar, escudriñar, investigar, reevaluar, comparar, ver, oír, gustar y tocar.

Ordena que el vendedor comparezca al escenario. Se necesita una comprobación objetiva, pestalozziana, protuberante, contralúrica y contra Fόμεque.

Y el dueño comparece. Y ante el Contralor, el Auditor y ante una Contralorita de ojos negros y talle "juncal" que actúa al pie de un

escritorio; ante muchos "subditos" del Contralor, el editor responsable del lírico instrumento da una audición formidable que confunde al Contralor y demás detractores gratuitos del susodicho clarinete.

El músico sopla en dirección norte y lanza miles y miles de notas; oficiales, oficiosas, de Cancillería notas enérgicas, semifusas, confusas y difusas, corcheas y semicorcheadas.

En seguida respira, y dos minutos después vuelve a la farándula. Sopla un "fox-trot" delicioso que invita verbalmente al movimiento coreográfico. Pero no se baila por motivo de luto: ha fallecido hace unos dos años la tía política de la cuñada de un sobrino de la suegra de uno de los Conserjes de la Contraloría. Y si se baila —dice un empleado— el portero se "contraloría". Y con mucha razón.

El contralor toca el clarinete. Mejor dicho: lo palpa. Y parece que lo encuentra corriente. A pesar de esto, le exige fianza hipotecaria para garantizar los futuros servicios que el sindicato tendrá que prestar a la Nación.

El Administrador, Contralor de las piedras de Muzo, entra al escenario. Y el Contralor le suplica: "Haga usted el favor de ayudarme a registrar el clarinete adjunto".

El General Muzageta "registra" el clarinete y no le encuentra ninguna esmeralda en los bolsillos.

El doctor Medina también "registra" al sospechoso y sólo le encuentra dos notas agresivas en la cartera y un alcance de 60 duros en contra del dueño y vendedor del clarinete.

El cual dueño presenta dos comprobantes de que el clarinete le costó, al pie de la vaca, 80 pesos pesados, sin contar gastos de transporte en el río Magdalena, en donde el instrumento fue "cubicado" por la Compañía Antioqueña de Vapores.

Ante esta última probanza, el Contralor firma las cuentas y autoriza el pago de los sesenta patacones.

Sesenta duros no son un precio escandaloso en tratándose de un instrumento gobernado por un profesional de la música de viento y marea.

En los tinglados carnavalescos de nuestra política cenagosa y palúdica, pululan músicos ficticios que creen epatar al respetable auditorio, tocando un flautín y un trombón en los intermedios. Y se olvidan de que el público sabe quién les sopla, por dónde y désela dónde.

Quieran los Dioses y las Diosas inmortales que no caiga en la Contraloría "el tiple" aquel que todavía no ha acabado de templar el Ministro de las Bocas, de los cables y de los ferrocarriles...

Ese es un tiple de mucho porvenir y de vastísimas capacidades.

Sería un acto patriótico cruzar ese tiple con una tiple cantante para mejorar la raza que anda hace años con marcada tendencia a la degeneración administrativa, fundamental y catástrofe.

Y ahora: si la tiple no parece, entonces... ahí viene, con plumas y todo, Tórtola Valencia, que dizque es, cuando se destapa, la tapa del Cóngolo y la de los sesos.

AVIADORES

Los políticos son los bípedos implumes más parecidos a los aviadores.

Se parecen en muchas cosas: en que vuelan, en que suben, en que se ponen por las nubes, en que bajan y en que si no maniobran bien, se estrellan.

Los aeroplanos y los zepelines se estrellan contra árboles, techumbres y barrancos.

Los políticos se estrellaban, hasta hace poco, contra sus adversarios y enemigos.

Pero eso ya no se usa. Ahora se estrellan contra sus amigos y copartidarios. Esta es la última creación, estilo Tutankamen.

El aviador sube, sube, planea, evoluciona y hace ruido —o lo mete— en las altas regiones siderales, o sea en la jurisdicción de las águilas, de los buitres y de los gallinazos.

El político sube también, planea sus planes, evoluciona de lo lindo y mete mucho ruido en las altas esferas oficiales, o sea en la región de las águilas, de los buitres y de los gallinazos de la "cosa pública".

Al aviador se le apaga el mecho. Al político también. *

El aviador tiene muchos peligros en el aire. El político nó, porque se conserva mejor en el aire. De ahí que no guste de "aterrizar" para que "los otros" tomen el ascenso.

El aviador tiene muchos Contralores: el viento, el huracán, las nubes, el rayo, las tempestades.

El político tiene también muchos Contralores: el doctor Medina, si es Ministro o funcionario ordenador o pagador. Una crisis ministerial, una interpelación parlamentaria, una acusación, etcétera.

Un aviador se puede romper la figura contra un simple terrón del aeródromo.

Un político puede chocar contra un Nuncio o contra un repórter, a la vuelta de una Cámara o de una clausura de estudios.

Un "dirigible" puede elevarse y tomar "camino" en los aires con 52 tripulantes y no volver al sitio de partida y caer en el mar y hundirse para siempre y no dejar más rastro sobre las olas que el cuerpo inánime del Comandante.

Un hidroaviador usa flotadores. Un político flota él mismo.

Un "dirigente" puede también elevarse y durar mucho tiempo arriba y no caer, ni bajar, ni aterrizar, ni acuatizar hasta que un "cambio" de viento o de Gobierno lo ponga al nivel del carretón y del raigraz.

El aviador puede exponerse a un "mal aire" si no se abriga.

El político, nó. El político siempre va "bien abrigado" con el "dulce abrigo" del Presupuesto.

El aviador puede atrapar una nube en un ojo, si no lo cierra en el momento aeropsicológico.

El político, a la inversa, puede "ponerle el ojo" a la nube que le anuncia el chaparrón y abrir el paraguas, ponerse el "encauchado" o preparar el pararrayo.

Al aviador se le para el motor en lo más alto de la jornada y tiene que planear.

Al político también se le apaga el aparato y tiene que descender de cabeza y dando botes como todo un coleóptero de la familia de los matapijos.

Y finalmente: el aviador, por lo general, va contra el viento y lo domina.

El político, también "por lo General", o "por lo Doctor", va con el viento en popa y a la fuerza del viento que le sopla se confía.

El aviador se "codea" con el gallinazo cuando éste ejerce en las alturas la imponderable función de las alas propias en los dominios del sol y de la tarde.

Y el político —sobre todo, cierto tipo de político— sólo se codea con el chulo cuando éste se entrega a los placeres de la carne de res en los patios o techumbres del Matadero Público.

EL RÍO MAGDALENA SU ELIMINACIÓN O SU ACUATIZACION

Parece una cuchufleta, pero es la verdad: el país ha empezado a acabarse por las vías arteriales.

El río Magdalena, si es que hay ríos sin agua, no mejora. Por el contrario, cada día empeora de su dolencia soportada con cristiana designación,

A pesar de los últimos aguaceros, el río continúa muy mal. Esto lo dice o informa un corresponsal de la Prensa, con domicilio en Girardot.

De modo, pues, que nuestra respetabilísima "arteria fluvial" parece condenada a muerte si la Divina Providencia no manda levantar todas las compuertas de "allá arriba" y no ordena largar la llave a codos los acueductos de allende y aquende las nubes.

El Magdalena se muere. Su agonía será lenta pero irremediable. Los facultativos dirigentes lo han desahuciado en forma terminante.

El Presidente Ospina, creador, fundador y director de la Eficiencia nacional, emitió tace poco y en documento público, su opinión pesimista sobre el estado soberano actual del Magdalena.

De esa opinión sacamos en limpio lo siguiente: hay que esperar el invierno para que componga la situación.

Y el Ministro de Obras Públicas, el Zaratuza del impulso administrativo en el actual régimen, pregunta a un su ¿ubaiterno de la Canalización si las dragas del Gobierno sirven o no sirven en esta emergencia. Si no sirven, entonces el Ministro suprimirá por inútil la rueda de la limpia y canalización.

El Magdalena no es propiamente un río muy viejo.

En sus mocedades y hasta en su "edad media" fue un río de alto bordo, caudaloso y de mucho fondo.

Parrandeaba un poco y más de una vez se salió de madre y abandono el cauce del hogar doméstico.

Subía mucho, se anchaba, se desbordaba y ahogaba en su turbio superávit pueblos y montes, potreros y plantíos.

Y sin embargo, el río padre ha degenerado en forma alarmante y lastimosa.

Dos meses lleva ya en cama el ilustre río, muerto de sed y tirado "sobre su luengo tálamo de arenas" Le hacen falta ingenieros, dragas, dragajes y dragones.

Pero eso es un problema superior a nosotros los de la casa y a nuestras humildísimas capacidades.

Se necesita, pues, una misión de expertos en ingeniería hidráulica, un Kemmerer que sepa de agua y de arena y también de sol. De sol mayor, que es ;1 tono en que canta "nuestra principal arteria fluvial".

Los conocedores ribereños del río afirman que la actual crisis del Magdalena ha sido una cosa nunca vista ni prevista.

Y los mismos expertos criollos afirmaron hace un año que la creciente de ese tiempo tampoco tenía precedentes en la historial acuátil y política del muy respetado Magdalena.

Lo que prueba que el río es un poco extremista en sus "procedimientos de política interna".

Suspendida la navegación por sustracción de materia navegable.

Perdida en inmensos arenales, reverberantes y agresivos, la Compañía Vela-Soler, que lleva ya un mes de infortunio en el cauce de la "susodicha arteria".

Más de treinta vapores clavados a lo largo del larguísimo arenal del Sahara.

Varados los correos. Varados los viajeros. Varadas las viajeras. Los equipajes. Las equipajas. Los blancos. Los negros. Todo, aun los hijos, la mujer, la madre. Varado todo el tráfico. Y varado todo el país. Hé aquí la "avariosis" nacional en sus más "calientes" manifestaciones.

Se ha varado el mismísimo "Deslizador" o los mismísimos Deslizadores que corren a flor de agua.

Y mañana, si la Eficiencia Divina no lo evita, se varará Von Krohn, el insigne Rey del Aire, que sólo baja a la tierra para dejar aquí una carta, allá un recomendado y acullá un valor declarado, tan declarado como el del impertérrito aviador.

Se varará Von Krohn si no anda listo al "arenizar" en una de las desiertas playas del revuelto Magdalena.

Y se vararán los telegramas, los urgentes, los extraordinarios y hasta los inalámbricos, si no se van muy por las nubes y por más arriba de las tempestades.

Un radiófono sin hilos, embrujado por la distancia y aprestigiado por las misteriosas fuerzas de lo desconocido, nos informa desde muy lejos, más o menos, lo siguiente:

La situación lamentable del río ha alarmado mucho a los habitantes de sus playas y de sus bajos fondos.

La declaración del Ministro de Obras, de suprimir por inútil el ramo de Limpia y Canalización, ha caído aquí como una bomba de succión que acabará con el exiguo producto "líquido" que queda en las cuencas del río.

Anoche hubo en playas de Barranca Bermeja, una numerosa junta de Kaimanes, sin distinción de colores políticos.

Asistieron Kaimanes de todos los Departamentos ribereños: boyacenses, santandereanos, bolivarenses, magdalenenses y antioqueños. Presidió un anfibio antioqueño, aclamado por unanimidad.

Este nombró Vicepresidente a un antioqueño; segundo Vice, a otro antioqueño y Secretario, a un boyacense nacido y criado en Sopetrán. Los santandereanos reclamaron contra el regionalismo y entonces se resolvió nombrar Contralor y Taquígrafos manizalitas.

Abierta la discusión y después de varios discursos, la Junta aprobó, por unanimidad, la siguiente proposición:

Pásese este asunto al señor Ministro de Obras Publicas para que reconsidere su propósito de suprimir la empresa de Limpia y Canalización".

—El Ministro —dijo un Honorable— nos sacara de afanes. Jíse es capaz de poner un cable.

—¿A lo largo del río?

—Nó. Un cable a Londres, pidiendo un no nuevo, bien hondo y bien encajonado.

—O se trae el Putumayo, o el Meta o el Orinoco.

—O un veinte por ciento del Amazonas.

—Sería mejor una seca completa y hacer del cauce una carretera para camiones y autobuses.

—¿Y para dónde diablos habríamos de emigrar?

—Que nos pasen al Guaviare, al Casiquiare, al Bajo Cauca.

—Nó. Esos son ríos salvajes.

—Que nos destinen a ríos civilizados: al Sena, al Támesis, al Rhin, al Tíber, al Danubio, al San Francisco.

—En todo caso —arguye un Kaimán boliviano— que se suprima la limpia pero no la canalización.

—Nó! —clama otro parlamentario— lo mejor es suprimir el río. Y el momento es oportuno. El agua que corre es un hilillo fácil de absorber con dos cataplasmas de papel secante.

—Y nosotros y nuestros descendientes y nuestros colaterales? pregunta un Kaimakán de 38 grados a la sombra.

—Nosotros? —rezonga otro— nosotros, nos iremos al Carare.

—Que lo haga constar así en el libro de actas el doi tor Restrepo Briceño.

Es fiel copia.

El Radiofonista.

LA OPERETA TRÁGICA UN NAUFRAGIO EN SECO

Hoy hace 24 días con sus noches que los arenales infinitos del ex-río Magdalena recibieron en su seno a la nunca bien lamentada Compañía de Operetas Vela-Soler.

El accidente ocurrió en Calamar, unas leguas arriba del puerto fluvial de Barranquilla.

Las víctimas fueron sesenta entre tenores, barítonos, tiples cantantes y ligeras, bajos absolutos, características, tenorinos, masas corales, tramoyistas, niños y niñas, todos de natividad italiana, y también española.

También se menciona en este cataclismo opere-tisco a un poeta manizaiita, a quien ha pedido una buena Compañía, a pesar de aquello de que sólo se pierde el que anda en malas compañías.

Este acontecimiento lírico fluvial, ocurrido en el cauce de nuestra venerable arteria nacional, es de mayores proporciones que la tragedia aeromarina del "Dixmude".

Los "náufragos" del gran dirigible fueron 50 y de ellos se afirma que perecieron a manos de un rayo, cuando viajaban con buen aire sobre el eterno y divino rumor del mar Mediterráneo. Fueron, pues fulminados por la radioactividad de las alturas, y de su trágica aventura sólo quedó, como huella del drama desconocido, el cuerpo de Duplessis, flotando en el ir y venir dj; las olas y recogido iuégo por unos oscuros pescadores de Sicilia.

Los de la opereta Vela-Soler alcanzaron a sesenta, y todos fueron devorados por el jején y los zancudos, por el calor y por la agresividad insalubre del clima, por el hambre y por la sed, por el insomnio y por el desamparo.

El poeta empresario Suárez, pocos momentos antes de expirar entre las Musas del Sofoco y de la Desesperación, pronunció en lengua manizalita estas siete palabras: "Aquí sí claudicó toda mi eficiencia antioqueña".

Y así fue. El poeta alcanzó a llegar a Puerto Berrío con unos cuantos cónyuges y sobrevivientes de la infortunada caravana, y las Musas del trópico ardoroso no le soplaron la idea de entrar a Medellín a trabajar allí y a esperar la única canalización del Magdalena: cuatro o cinco aguaceros por los lados de "arriba".

Y la Compañía y el empresario siguieron arenal arriba, y **aún todavía, pas encoré** no han divisado el puerto feliz de La Dorada.

Largo y profundo infortunio el de esa caravana de artistas, entregada a "la eternidad de un verano hiperbólico en el cauce irremontable de un río moribundo!" Sesenta querubes en un vapor que navega sobre un camino del Sahara! Sin agua, sin hielo, sin brisa, sin teatro, sin taquilla, sin público. La despensa agotada. Varados por días y semanas a leguas y leguas de los pueblucos ribereños. La nómina, muerta. El sueldo, en suspenso. Y para colmo de rabia y de despecho, los hidroaviones germánicos subiendo y bajando por encima del ex-río como pájaros gigantescos de un paraíso inalcanzable. (Inalcanzable — claro está—para los náufragos de la arena sin río).

Y pensar que en cada artista —hombre o mujer de la Compañía— han sufrido, agonizado, y perecido muchos y muy gentiles personajes! Y que esos personajes de la armoniosa farándula escénica habrán renegado y maldecido de un país de estos y de un viaje de esos!

Sudorosas y quebrantadas, en una "deshabillé tu-tunkaménica", ambularán por cubierta, camarotes y salones, todas las alegres y exquisitas mujeres "que se traen" entre pecho y espalda Adriana Soler, Pie-rrette, Fiori Dorita Lloret y Carmen Reynado.

La Princesa del Czardas, comida de los zancudos.

La Duquesa del Tabarín perfectamente inconocible, monstruosa, buscando "mentolatum" para frotarse las picaduras de los zancudos.

La Casta Susana con un kimono que le prestó la Gheisha, echando pestes de su castidad y echándose agua de colonia en las pantorrillas picadas del jején.

"La Corsetera de Montmartre", en piyama y pantuflas, echándose aire caliente con un abanico, y con ganas de bañarse pero no hay agua! "La Corsetera de Montmartre", que en un "rpto" de calor tira el corset al arenal del frente.

"La Princesa del Dólar", tirada en un catre, enferma, con un ataque palúdico y arrepentida de no haber tomado un hidroavión. Para algo deben servir los dólares.

Y "La Viuda alegre"? Perfectamente triste, pero siempre en su cuerda: carameleando con el Conde de Luxemburgo, conocedor de otros países salvajes: el Congo, la Mongolia, Estados Unidos...

"La Rosa de Stambul" marchita ya con 24 días de fuego lento, noche y día, pero con tendecia a deshojarse en manos de "S. E. Mustafá Kemal".

Y "La Mascota" y la "Más Cotita" y "La reina del fonógrafo", y la "Eva Moderna" y la "Princesa Balkánica" (un poco búlgara) y ma-de-

moiselle Nituchc, reunidas sobre cubierta como buscando un poco de aire de las selvas circundantes.

Y las Midinetes acordándose de la Rué de la Paix y de la Place Vendôme.

Y las Chicas del Chantan, sin alientos ya para bailar el fox de los besos. Y la Gheisha acodada en una baranda del buque, atisbando en el bosque fronterizo la salida del Gato Montes.

Y el hidroavión que pasa y le da al buque **entablerao** un pase **por tó lo arto**, diciendo: 'Adiós, juventud!'

Y la Corsetera sin corsé, que grita al aviador desde la proa: —"Llévame contigo".

Verdaderamente este éxodo inimaginado de la troupe Vela Soler se ha vuelto una tragedia inconmensurable.

Tragedia sin rescate, porque los que están en la orilla, aquende y allende el arenal, ni siquiera pueden arrimar una mísera canoa a la excelentísima compañía en liquidación. El liquidador es el calor.

Veinticuatro días en el Magdalena y todavía no han salido del berengenal!

Hé aquí la más trágica y la más espantosa de las operetas contemporáneas!

Naufragar en seco! Una realidad que parece una paradoja!

Y de tiples cantantes y ligeras, y de tenores y de barítonos y de bajos profundos y absolutos, sólo queda un artista observante de la ley seca: el "bajo" Magdalena que ya, de lo puro "Bajo" está degenerando en barítono.

ENTRE PREMIERES Y CANDIDATOS

DOS GERENTES MANO A MANO VASQUEZ LE ECHA LA CHIVA A DON FÉLIX

Desde que don Félix Salazar resolvió volver a la vaina de la vida pública, nos da un acontecimiento cada vez que mueve un dedo, guiña un ojo o articula un monosílabo.

Hablo de don Félix Salazar Jota, el hombre del día más sustantivo, intensivo, directivo, gerentivo y definitivo que tenemos hoy en la línea de fuego.

"Don Félix" —así solo— es más que Félix Salazar e Hijos, que Félix Salazar Jota e Hijos, y que Félix Salazar y Compañía.

"Don Félix" —así solo— sin Salazar, sin Jota, sin Compañía y sin "e Hijos", borró del tablero al volver de Manizales— al tauróforo Noel y al mismísimo Titta Ruffo.

Y es que en don Félix se suman y se multiplicar» muchos valores y entidades, muchas capacidades y muchos dinamismos.

Comerciante: dos almacenes aquí y 200 en Caldas.

Hacendado: varias haciendas en Cundinamarca y Caldas, y una en el Tolima, que se carga un nombre digno de su dueño: "El Triunfo".

Hacendista: un Ministerio de Haciendas en el Quinquenio, y otro Ministerio de lo mismo en el actual Gobierno.

Financista y banquero: un Banco Central en el dicho Quinquenio, y un Banco de la República en "la presente Administración", y sin el Código Penal en la mano.

Legislador: una curul en el Senado y cuantas quiera y cuando lo quiera en la Cámara de los Comunes.

"Hombre llamado a grandes destinos": una candidatura presidencial en la "ontanza", un próximo período con talla y todo y gran cariño e "influencia" por los lados de la Eficiencia Ejecutiva.

¿Qué más? Nada. El Banco de la República con cien mil metros de encaje metálico, cuatro sótanos de medio circulante y diez toneladas de numerario.

Facultades discrecionales para bajar el interés de la lupia al 7 por 100, y para subir o bajar el cambio sobre el Exterior.

Cien millones en la Ley sobre "préstamos", piloteada y sacada por don Félix en el Congreso de 1922. ("No conviene acuartillar el crédito. Debemos hacer algo grande", dijo don Félix».

Cuarenta millones en las bóvedas de Cartagena o en las del Republik Bank, como dicen en Alemania.

Y por sobre todo esto, competencia, diligencia, inteligencia, voluntad en marcha, optimismo, amor al trabajo, amor al prójimo y amor a la República.

Optimismo! Eso sí que sí. Don Félix ofrece a pies juntillos en nuestra actual buena situación, en nuestra próxima mejor situación y en nuestra futura inmejorable situación.

No olvidemos aquella frase de don Félix en los días terribles de la última destorcida: "No hay pobreza: lo que hay es crisis".

Y ahora regresa don Félix de su jira por Caldas y El Valle, y hace a un repórter la siguiente declaración sobre chanfaina, medio circulante, encaje metálico, numerario y lupia miserable.

Un hombre que paga una o dos atenciones con una Legación de primera clase, es un hombre extraordinario, un hombre estupefaciente, monumental y piramidol.

Mañana mismo "inauguraré" yo una serie muy seria de atenciones ferroviarias al Geíente del Reis-bank.

Rogaré al señor Pineda López me "preste" un rato el Ferrocarril del Nordeste, para llevar a don Félix hasta Usaquéen.

Luego —otro día— diré a don Francisco Olarte Ca-macho: "Présteme usted su Ferrocarril de Oriente, para "atender" a don Félix hasta Yomasa".

Y para completar la serie, le daré un paseo en el "tren" de empleados del Banco de la República, si el anfitrión me lo facilita.

Con estas atenciones, don Félix tendrá que ofrecerme —no una Legación de primera, que eso es fuerte para empezar una carrera diplomática— pero sí un modesto "cupo" en el ramo consular. Digamos por ejemplo: Cónsul en Salmuera.

Esto es mogollo. Yo soy modesto de aspiraciones. Modesto cabal. Hace veinte años que estoy completamente retirado a la vida privada, y todavía no he exhalado la primera quejumbre.

Cuando gobernaba él doctor Concha, un aspirante e impelente solicitó un Consulado ad honorem en Francia. Pero no pudo el Gobierno complacer al peticionario. Y esto, por una razón: porque todos los Consulados en Francia estaban remunerados.

El aspirante, una vez noneado, se quejaba del Gobierno y decía: "No he podido conseguir ni siquiera un Consulado "inodoro".

Ya lo sabe don Félix: por tres atenciones en ferrocarril, sólo le cobro un "inodoro", quiero decir, un Consulado ad honorem. Dónde? Ya está dicho: en Salmuera. Y yo sí acepto en forma irrevocable: palabra de "honorem".

Mi propósito es retirarme del todo a la vida pública, porque la vida privada se está poniendo difícililla.

Y porque, aunque tarde, quiero consularme de haber vivido tan des "Consulado".

EL FIVE O'CLOCK TEA

En esta nuestra amada tierra somos hombres libres, verdad, porque, entre otras cosas, el Gobierno no nos confina ni nos expatria; porque podemos hacer y decir lo que nos venga en ganas.

Pero la libertad civil del ciudadano, protegida por el Estado, no nos atenúa ni en un adarme, las mil esclavitudes individuales que padecemos y soportamos mansamente.

La libertad individual no existe en la ciudad, por lo menos para los que son parte integrante del movimiento social.

La ciudad, es la esclavitud. El campo es la libertad. La ciudad está plagada de mentiras convencionales, de fórmulas protocolarias y de exigencias grandes y pequeñas. El campo es el aire libre y el aire puro, la respiración fácil y plena. El sol de las veredas y de las praderas es más tónico y de más eficaz terapéutica que el sol de las calles y de las plazas en donde pulula y trajina la muchedumbre. Y el cielo? Ah! El cielo que cubre y ampara la quietud germinativa de los campos es el cielo "químicamente puro" que infunde sugerencias de optimismo y de esperanza y que deja claridades infinitas en las pupilas que lo contemplan.

La ciudad es la jaula, la celda, el calabozo, el brete, un brete que la sociedad (sociedad anónima) 1» impone al individuo y que el individuo acepta como acepta un político un ministerio o una Legación: "irrevocablemente".

El campo es lo feliz: el estricote, la deshabillé, la cachucha, la pantufla, el bordón y la fruta a la mano en el cercado ajeno; el baño sin tina ni regadera, a sol y viento y sin tarifas ni reglamentos.

La ciudad está llena de aprensiones y dogales, de pragmáticas y fórmulas morales e inmorales, intelectuales, espirituales y materiales.

La moda! Hé aquí una de las más crudas tiranías de la ciudad o del ambiente ciudadano. Usar lo que todo el mundo usa, en color y en estilo y el que no lo use queda entregado al escarnio y a la mofa de sus conciudadanos y de sus conciudadanas. Todo porque no se uniforma con el mayor número y porque no viste paño **Tutankamen**, corbata **Tutankamen** o andar **Tutankamen**.

La corbata! ¿Habéis sentido? La corbata es una horca caudina. Y cuando no corre entre un cuello americano aplanchado, es una desgracia, una condenación, un cataclismo japonés.

El cuello duro! Hé aquí la guillotina en una forma absolutamente despescuezante o pescuecipelicrespa.

Cuando yo veo a Vives Guerra soportando con "cristiana resignación" detrás de unas gafas, un cuello duro asegurado por una corbata de lazo atravesado, con luengas punzas, le pregunto, con la mente: "Oh Julio, cronista heroico, cuando te amarras al cuello esa yarda y media de corbata plastrónica no sientes **un nudo** en la garganta?"

Otra tiranía en el reino de lo femenino: la del corset. Esta esclavitud se ha atenuado últimamente. Ya no se usa corset sino una faja que da al cuerpo femenino curvas nuevas, no conocidas y lineamientos cuyo concepto o comentario dejó el modisto a la interpretación del lector o del espectador.

La elegantísima tiranía del calzado femenino con tacones altos y con serios peligros para los riñones y para la región del Génesis".

Y viene ahora la tiranía madre, la tiranía inmise-ricorde por excelencia: la del té.

El té es una tiranía de talla universal, un Dictador terrible, un campeón invencible en esto de someter a su dominio a más de un tercio de la humanidad.

Un hombre se va a casar. Hasta aquí todo muy bien. Muy bien que se case. Eso —casarse— lo manda Dios. Lo que no se sabe si manda Dios es aquello de... mesitas para el té, manteles para., el té, servilletas para el té, cucharitas para el té, juegos de electroplata triple para el té, vajilla china para el té, juego de té para entre semana, galletas para el té, tostadas para el té, bizcocho calentano para el té.

Y sigue la retahila en la vida social, en el café, en la tertulia y en la contertulia. Y oído a la caja y vista a los figurantes y a las figurantas:

La hora del té, más solemne que la de la muerte, que la del correo, que la de nona y que la hora de la conciencia y del pensar profundo.

Fulano etcétera y su señora etcétera saludan, etc., y lo invitan a tomar el etcétera mañana a las **five** de la tarde etcétera, etcétera.

En una sociedad verdaderamente **fain**, nadie escribe "el té de las cinco", sino... ya lo sabemos: el **faioclocti**.

El té danzante es hoy el que manda la parada y el que domina el panorama social, político, literario y de variedades.

En Cartagena acaban de hacer un cambio sustancial en el vocabulario tertuliano. En lugar de Té Danzante se ha dispuesto que haya "Helados Danzantes". Cosa muy lógica en ciudades de tierra ardiente.

Tenemos, pues "Helado Danzante" y mañana tendremos —Deo volente— muchas otras cosas danzantes. El mundo es hoy un coreográfico, un danzódromo y un "foxtrotódromo".

Un individuo que toma té pedido "directamente", es un personaje, un procónsul de la regia bebida.

No existe aún entre nosotros el faiocloc chocolate, ni el faiocloc café con leche, ni el faiocloc aguadepanela.

Ni nos ha llegado el chocolate danzante, ni el café en leche danzante, ni el aguadepanela danzante, con queso foxtrotante y almojábana pasillante.

Pero ya lo tendremos a la orden de caballería o a la orden de pago.

Lo importante es que haya un valiente, un invitado audaz, un conservador retardatario que tenga el valor declarado de tirar la primera piedra, o la primera pastilla.

En las mesas del té, en las mesas con numerosos invitados, se observa un fenómeno meteorológico y estupefaciente.

La señora de la casa, es decir, la esposa del "anfiteatro" (vulgo, "anfitrión") se dirige a cada uno de sus co-invitados, y pregunta:

—¿Usted qué toma, Arturo?

—Yo, té, mi señora.

—¿Y usted, Roberto?

—Té...

—¿Y usted, Eduardo?

—Té, mi señora.

Seguidamente, la señora da con un valiente a quien interroga:

—¿Qué toma usted, Ariestólido?

Y el "interpelado" responde: —Yo tomo chocolate!

Y por ahí, por esa "trocha", se van más de cuatro que piden chocolate, café en leche y hasta la humildísima y democrática agua de panela, tan eupéptica y tan reconfortante (1).

Esta observación la encuentro en mi amigo Julito Holguín, gran proveedor de todas las beatas y solteronas chocolatómanas y chocolatófilas de la urbe mayor santafereña.

Yo podría hacer a don Julio algunas observaciones al respecto, pero no lo hago porque a mí me pasa lo que a la vieja del cuento: me choca mucho discutir con personas que me contradigan.

Y lo dicho: con un caliente que en cada Té bailao o danzante pida, a la hora precisa, chocolate danzante, se va a ver el Té en grandes apuros para sostener su hegemonía de acuerdo con las normas de Ibagué.

En una reunión no danzante de los Padres de la Patria (de los verdaderos, no de los de ahora) en la Quinta de Ramos, habitada por Nariño, el Precursor ofreció a Bolívar y compañeros mártires un exquisito refrigerio a base de chocolate tolimense.

A los primeros sorbos, el Libertador, señalando el pocilio con el índice de su diestra ("de los Incas vengadora"), elogié:

—"Hic est digitus Dei".. .

—Dixit! repuso el Precursor.

El chocolate —Teobroma— es bebida de Dioses, de Libertadores y de Precursores.

Y el Té, sin azúcar y sin leche, puede ser perfectamente un sudorífico.

(1) Julio Holguín. "Psicología social". Página 2450. Tomo...Chocolate. Obras completas.

EL MUNDO DE LOS SUEÑOS AMAR

Amar. Querer! Estos dos verbos, en su misterioso infinitivo, significan una misma cosa y tienen acepciones similares, pero es más vasto y más hondo el raigambre etimológico del último.

Amar es de más corta y sencilla definición. Los doctos del lenguaje lo definen: "tener amor a personas o cosas. Estimar. Apremiar". Así, en cuatro letras queda definida la palabra. Amar es, tal vez, de más alto coturno literario. Entraña, nos parece, un poco de misticismo romántico, una como elación del espíritu hacia un ideal que a fuerza de hacerse lejano, se eteriza...

En el lenguaje verbalizado, en el diálogo corriente de las horas y de los días, el vocablo amar resulta deficiente para manifestar un estado de alma. Más parece un ritmo hacia lo impersonal, hacia las cosas y hacia las ideas que una concreción de nuestro "yo" íntimo hacia un ser humano. Amo la música, amo los paisajes. Amo los deportes. Así decimos en el vocabulario común y corriente. Y esos conceptos hacen parte del amor hacia las cosas, hacia »el arte y hacia la naturaleza, pero no del amor hacia los seres, que es el que marca la sístole y la diástole en el corazón del universo.

"Yo la amo a usted". Esto resultaría de un amaneramiento lamentable dicho en el diván de las confidencias o en la ventana de las tardes ilusionadas. "Yo te amo". Tampoco dice nada, a pesar del "tú" que lo adulzura un poco. "Amar" es más abstracto que "yuerer". Más parabólico y diluido. "Te perdono porque has amado mucho", dijo Jesús a la pecadora de Judea. Amar es para escribirlo. No es para decirlo. Pero con todo, guarda sus prerrogativas. Por más que querer sea más afirmativo y más humano, no estaría bien decir: "La bien querida" en lugar de "la bien amada". Costumbres y caprichos del lenguaje han querido que haya diferencia —y bien sustancial— entre decir "querida" y decir "amada".

QUERER

Hé aquí la palabra. Cariño. Amor. Aquí la voluntad y el deseo se hacen resortes centrales de todo acontecimiento. Aquí el corazón pretende, intenta, procura, resuelve y determina. Pide, requiere, interroga, y se hace más fuerte que la muerte.

¡Querer! es decir: ¡querer! Luchar y vencer. V en la esfera de los afectos puros, querer es amor. Y amor lo es todo: perdón, sacrificio, idealismo, síntesis de los cinco sentidos en el objetivo de nuestro corazón: deseo de aprisionar y saborear el infinito en la malla de un sentimiento o en la copa de una ilusión.

"Te quiero". Esto es más terminante que el "te amo". "La quiere". "Lo quiere". Afirmaciones de la voluntad, netas y rotundas. Imperativos de fibras y de nervios, de cédulas y glóbulos. "No lo quiere". "No la quiero". Negaciones frías, hijas de la nada, voces que llegan del vacío. Se puede querer por muchos motivos, por muchas causas de orden físico o moral. Pero la razón sintética del querer es una razón simple: porque sí... Porque el querer, que es el amor, anda, por todas partes y hacia todos los puntos del horizonte dispara sus venablos mortales.

¡Querer! es decir: vivir la vida en su más intenso sentido. Querer a una mujer. Es decir: llevarla en nosotros y hacer de ella el ritmo vital de nuestra sangre, la razón de nuestro viaje al través de la vida; sentir, lejos de pila, el desaliño y la insipidez de cuanto nos rodea, y junto a, ella, un bienestar inefable, una alegría risueña de haber nacido, una paz infinita que baía del espíritu a la carne y que sólo es comparable a la paz que cae sobre el campo dormido cuando ondulan en el aire las seis campanadas del Ángelus...

MUJERES LEJANAS

No sé qué encantamiento de ensoñación y de leyenda tienen las mujeres lejanas. La ausencia, el tiempo, las distancias, la sugestión de los caminos, el azul de las montañas, la media tinta de los anocheceres, el fleco de la luna que traspasa la fronda, la llegada del correo, las vibraciones del telégrafo, todo hace de ellas —las ausentes— seres sobrenaturales, difuminados en la penumbra de un Edén perdido. La ausencia las eteriza y las torna en númenes de un ensueño inalcanzable. La mente las retiene con todos sus perfiles y detalles y una niebla vaporosa la del recuerdo— las envuelve y aprestigia. Ausentes y lejanas, son fuente irrestañable de poesía desconsolada. Hay algo de imposible que las aureola de una divina melancolía y que las asimila a "patrias perdidas" por las cuales se llora y se suspira en el destierro ...

LA SÍNTESIS

La mujer será siempre para el hombre el espectáculo más interesante sobre el haz de la tierra. Un filósofo ha dicho que la contemplación de un cielo estrellado y el sentimiento del deber en el fondo de la conciencia,¹ son las dos cosas que más claro sentido nos infunden de la Divinidad. Pero del fondo de la Razón Pura, exaltada por el aforismo kantiano, podríamos extraer también una afirmación: el espectáculo de una noche traslúcida, que muestra en sus cabellos el diamante de Venus verúlea; la declinación de una tarde que se diluye en la ardiente policromía del crepúsculo, y que sobre la oquedad de un cerro, o sobre el verdor de una alameda, ensancha su relumbre de oro y sangre; el paisaje que gozamos a plena retina, regocijado por el agua, oliente a flores, abstraído en la paz de los árboles, abierto al trino del ave o al balido del recental, serán siempre espectáculos incompletos si a la hora de contemplarlos no responde junto a nosotros una voz de mujer que subraye el ritmo de nuestros pensamientos y haga más honda y más diáfana la fuente de nuestras emociones.

La naturaleza hiere la tónica panteísta de nuestro diapasón sentimental. Nuestro espíritu se difunde en el todo universal que nos abrumba. La emoción ante ella se diluye. Con la mujer, nuestra psíquis

se concentra, se recoge, se intensifica. Porque la mujer engendra el misterio del amor, más fuerte que el misterio de la muerte, y porque en sus ojos y en la comisura de sus labios lleva para nosotros la ventura o el infortunio, el insomnio y la sed, la esperanza o la desesperanza. Hé aquí cómo la sonrisa de una mujer puede en nuestro viaje del desierto hacernos cruzar hacia la vida; hé aquí cómo una de sus palabras puede encaminarnos al paraíso o desterrarnos al olvido... ¿Hay, pues, sobre el limo terrestre, algo más trascendental que una criatura femenina? La mujer es el amor, y fuera de sus brazos y lejos de sus ojos no hay salvación.

EL MISTERIO DEL AGUA

Esta mañana, Ella y yo, hemos ido a la orilla del estanque. El agua, de una diaphanidad extraordinaria, profundizaba y retenía en sus entrañas el azul del cielo, el blanco de las nubes y el verde oscuro de los árboles. De cuándo en cuándo, el vuelo de una golondrina turbaba, como un oscuro pensamiento, el cristal bruñido de la superficie. El sol abría en las cumbres lejanas sus abanicos de oro y dejaba caer sobre la tierra su bendición de calor y de luz. Ella, desde la orilla, se inclina a observar la profundidad aparente del agua. Y el espejo del estanque, avaro de su belleza, la refleja en la linfa purísima y retiene un momento en el fondo el ébano de su cabellera destrenzada, la luz paradisíaca de sus ojos y la gracia y el aliño de su sonrisa. El reflejo de toda ella cayó como un tesoro en el agua afortunada. La blusa color de rosa era como un pétalo en el "más allá" del estanque y sus manos se movían en la diáfana entraña como jazmines de un jardín encantado.

Así la vi, deslumbrante y divina, en el fondo del agua, como una visión ultraterrena. Ella fue en ese momento lo ilusorio y lo frágil, la imagen radiante del ensueño, la mujer hecha de cielo, de nubes y de agua...

Horas después, tornamos a nuestro punto de partida. Su brazo encadenaba con el mío. Su acento me endulzaba el oído como el de un risueño caído de las estrellas. Sentí en mí el correr de su sangre, el contacto de su carne, el calor de sus ojos, el ritmo de su corazón. Había vuelto a la vida. Regresaba del ensueño. Y estaba con la mujer de carne y hueso...

Caminar y caminar. El sol quemaba como una brasa y el cielo parecía una copa llena de zafiros. Ella iba conmigo, pero yo, mentalmente, la buscaba, inmaterial y divina, en el fondo del agua ilusoria, entre el azul del cielo, el blanco de las nubes y el verde oscuro de los árboles...

EN PAÑOS MENORES

Esto de la paz firmada en papel sellado por los maticanes interaliados no está resultando un magnífico acontecimiento.

Recuerdo mucho que cuando los alemanes se entregaron y pusieron fin a los fuegos, los comerciantes se aterraron y suspendieron pedidos. Pensaron que con la sola suspensión de hostilidades, la mercancía iba a bajar, y se exponían a las mil y una pérdidas. Y esta suposición, doblada de un miedo cerval, les hizo perder muchísimas utilidades. La paz, mejor dicho, la cesación de la guerra, resultó una descrestada monumental. Porque esto que en Europa han dado en llamar la post-guerra, no es, ni con mucho, lo que soñábamos en los días sangrientos de la barbaridad europea. Esto ya parece uno como juicio final, en el cual tirios y troyanos vamos a resultar unos solemnísimos descamisados.

En estos días han estado los comerciantes haciendo inventarios, como quien dice: liquidando pérdidas. Por todas partes vemos el tablero de ordenanza con la palabra obligada: "Inventarios. No hay ventas". Y uno que sabe las utilidades de estos conciudadanos, tiene que exclamar interiormente: "Beneficio de inventario". Porque en este vuelco que ha dado el mundo suprimiendo los "precios módicos", el comerciante ha sido uno de los principalísimos favorecidos. El comerciante es un hombre que a toda hora está ganando. Lo que compra ahora a la tarde se le ha doblado de precio. Es un juego segurísimo. El agricultor se expone a los vaivenes del tiempo. El ganadero desafía la peste y el verano. El comerciante no. Desde el otro lado de su mostrador contempla impasible el curso de los acontecimientos.

Ya no hay dinero con qué comprar una yarda de género blanco. Todos los géneros han subido 15 codos sobre las más altas tarifas. Lo que quiere decir que el género femenino también ha subido. El que quiera casarse, ya tendrá para rato con esto del precio de las cosas. La degeneración del género humano, que anda tan desteñido y tan deshilachado, le ha dado un precio inverosímil a los géneros de los almacenes.

Y en artículos para hombre, la farándula marcha divinamente. José María Vargas, Carlos y Luis Castillo, Cueto y Ca., son hoy los hombres de la situación (almacenes de un centavo a peso). Allí encuentra el parroquiano "realización" permanente, baratillo inconmensurable. Un flux, noventa dólares. Un sombrero, 10, 12 y 18 duraznos. Una corbata, seis patacones. Un sobretodo, 100 lupias en oro acuñado. Un calzado, veinte "cuetones" donde Cueto. Una camisa con un cuello, ocho duros, sumamente duros.

Dentro de poco los propietarios de corbata no podremos "indumentariarnos" ni comprando "ropa vieja" a los elegantes del Jockey Club, porque el medio circulante no alcanzará ni para fluxes de "segundo cuerpo", ni para guantes de segunda o de tercera mano.

A más del precio, se expone uno —hasta con el más perfecto elegante,— a vivir la anécdota de Eduardo Ortega:

Y va de anécdota: una vez, en Barranquilla, se le acercó a Eduardo un descamisado y le habló en estos términos:

—Don Eduardo: ¿Usted no tiene un vestido viejo, inservible, que me lo regale? Es que ando ya con el cuero al aire.

—Sí tengo uno, pero lo tengo puesto, respondió Eduardo, con un tono que hizo reír francamente al desconsolado "peticionario".

Dentro de poco, ni ropa vieja, mis queridos hermanos en Jesucristo.

Correrá uno el peligro de que el más correcto dan-dy —Julio Holguín o Eduardo Gutiérrez, por ejemplo,— ante la solicitud de un vestido "viejo", en compra formal, le diga las palabras de Ortega:

"Sí tengo uno, pero lo tengo puesto".

Es tal el precio de los paños, que antes de un semestre tendremos que quedarnos "en paños menores", por incapacidad absoluta para vivir en "paños mayores".

UNA OPERACIÓN Y UN DE...SASTRE

Platín, el conocidísimo maestro Platín, ha empezado mal este año, que por más señas se titula bisiesto.

Le han practicado una operación de "caja" con éxito completo para el "operador". La operación ha sido la que en aritmética elemental se denomina sustracción o resta, practicada con toda la limpieza del caso, pues en caja no quedó más "existencia" que la de la víctima, el dueño de la "cosa robada", el mismísimo Platín, que se desencajó al darse cuenta de lo sustraído.

Pero, ante todo: quién es Platín? Platín es nuestro gran sastre, un mozo que con su propio esfuerzo y a punta de tijeras, ha llegado a ser entre nosotros un hombre rico, un capitalista, un comerciante en grande, un ciudadano útil, en una palabra. Antaño fue un obrero. Supo coger el hilo, supo dar bien sus puntadas, y hoy es industrial de alto bordo, conocido en todo el país, y con clientela hasta en las más remotas aldeas de la República. La popularidad de Platín es definitiva dentro y fuera de la capital. El público es su gran amigo, y Platín es seguro servidor del público. Le vende todo lo que corta y todo lo que cose.

Y sigamos: a Platín le sobran unos reales en días pasadas y resolvió invertirlos en bonos colombianos para cobrar una renta del 10 por 100 anual. El bono colombiano es hoy el mejor papel de crédito público. Diez por ciento anual, pago religioso de intereses y 12 ó 15 por 100 de precio en el mercado. Una ganga.

Veinticinco mil dólares. Esta era la suma que en bonos colombianos le han sustraído de su caja de valores al maestro Platín. Por ahí andan los números de los bonos en hojas volantes. Y por ahí anda Platín dándole caza a sus papeles.

Veinticinco mil dólares en valores al portador o en cualesquiera otros efectos, son una fortuna, un acontecimiento. Con eso tiene el más inconforme para estar tranquilo. Y si se los roban a uno, valen más. Vaya si valen más! Quién metió la mano en la caja de Monsieur Platín?

Como se ve, esto ha sido un desastre. Platín se descuidó. No tomó buenas medidas para resguardar sus ganancias, y he aquí que un caco

de alto vuelo intenta dejarlo en paños menores. Porque en paños menores se queda cualquiera a quien un ave de rapiña le quite 25.000 pesos de encima. Veinticinco mil duros, son 500 vestidos a 50 durazos cada uno. Un almacén de ropa hecha.

El ladrón no podrá consumir bien su operación si aún no ha vendido los bonos. Ya la Policía y los "corredores" y los patios tienen aviso de lo sucedido. De manera que quedará en dificultades para reducir a moneda corriente el producto de su fechoría. Ni siquiera podrá cobrar intereses.

Para evitarse perjuicios y demoras debía el caco proponer a Platín una transacción: "Yo le devuelvo sus bonos y usted me abona el 25 por 100", por ejemplo. Y yo creo que Platín aceptaría la propuesta. Naturalmente. Setenta y cinco por ciento de ganancia, guardándole al ladrón el secreto profesional.

Estas diferencias entre propietarios y ratas se pueden arreglar con facilidad. Yo arreglé una diferencia hace poco. Eran las 8 de la noche. Entré a mi cuarto y en ese instante salía de allí un caco que me iba a dejar con el encapillado. Se me llevaba tres vestidos, dos pantalones, un sobretodo y *Los sombreros*. Entonces yo le propuse a mi "interlocutor" un negocio:

—Para que usted no pierda su trabajo —le dije,— hagamos una cosa: llévese la mitad de la ropa y me deja la otra mitad. Gana usted y gano yo. Y el caco, muy honrado, convino en dejarme toda la anqueta, a cambio de su libertad. Yo le pagué tres duros por su comisión. Total: que me gané el valor de lo que me iba a sustraer si no llego a tiempo.

Esto de tener plata, entre otros, tiene el inconveniente de que se la puedan robar a uno. En cambio, la pobreza tiene una gran ventaja: está uno asegurado contra fichas antropométricas. Si Platín fuera un pobre, no tendría hoy el guayabo de sus veinticinco mil patacones.

Todo en este mundo tiene su más y su menos. La pobreza tiene muchos inconvenientes, pero tiene también ventajas como ésta: puede uno dejar la caja abierta, sin riesgo de pérdidas.

¿Qué se le puede **quitar** a un pobre? Cuando mucho el **saludo**. ...

EPILOGO

Ya regresó al lugar de su destino Su Alteza Real el Príncipe don Jaime de Borbón.

Yo no sé si don Jaime tendrá "destino". El destino de los Príncipes es reinar. Y a don Jaime le pasa lo contrario de lo que a Jesucristo: Jesucristo reina. Don Jaime no reina porque Alfonso no da paloma.

Durante varias semanas don Jaime fue entre nosotros el hombre del día y de la noche.

Porque este don Jaime —como buen Príncipe— dizque es nocheriego y gusta de acostarse tarde, o, mejor dicho, de "madrugar a acostarse".

Aquí no habíamos fumado "Príncipes" de la Madre Patria.

Sólo habíamos fumado y seguimos fumando "Príncipes" de "La Patria", revueltos con Reinas y Regalía Chica.

De ahí que la propagación del "Jaimismo" en la capital hubiera sido de tan colosales dimensiones.

Estábamos vírgenes y mártires en esto de darle la mano y tratar bis a bis a un vastago de las remotas dinastías europeas.

Y nos cayó, como llovido del cielo, un descendiente de Luis XIV y de Carlos IV.

Como quien dice: Fulano Rodríguez que viene de Villavicencio a comprar batán.

Y todos a una, dijimos: "Aquí que no pecamos. Vamos a darnos humos bien olientes fumándonos un príncipe de pura sangre".

Y don Jaime, a pesar de haber declarado que quería estar a la **deshabillé**, empezó a recibir invitaciones por docenas.

Naturalmente. Requetenaturalmente. Don Jaime, más que un Príncipe, era entre nosotros, una "novedad".

Y aquí nos pirramos por las novedades. Hasta por las "novedades" del estómago y de los riñones.

Tenemos aquí Príncipes de las Letras y Príncipes de la Iglesia.

Tenemos también familias de Reyes, de Duques, de Condes y de Barones.

Sin nombrar personas, oído a la caja: doctor Abel Rey Suárez, doctor Duque Uribe, General David Conde y doctor Felipe Barón, de la redacción del Nuvo-tamp.

Pero necesitábamos un Príncipe de "deveras" y ese Príncipe —el primero que asoma su Real figura por estos vericuetos de la uncinariasis— fue don Jaime de Borbón.

Y don Jaime empezó a jirar de Sur a Norte, de Oriente a Occidente, de Herodes a Pilatos, víctima de un sinnúmero de honrosas y amables invitaciones.

Aquí somos sumamente hospitalarios. Y más que hospitalarios, somos de mucha confianza.

Parece que había cortesanos que a Su Alteza el de Borbón ya le empezaban a decir como le dice don Jorge Holguín a su sobrino el Gerente del Banco Hipotecario: "Jaime".

No se quejará el Príncipe del sinnúmero de números desarrollados en su honor.

Ante la imposibilidad del protocolo oficial, el Jefe del Estado lo invitó a su mesa de manera particular, cosa muy bien hecha y conveniente.

Y de aquí para abajo, las invitaciones llegaron a la alcoba del Príncipe como palomas mensajeras de nuestro cariño y de nuestra cordialidad.

Paseo a Zipaquirá, a mostrarle a don Jaime lo que hubiera volado al infinito si la mina (leí cuento hubiera estallado. Porque en Zipaquirá ya son cuatro las minas: mina de sal, de carbón, mina de caramelos y mina de dinamita.

Paseo al Chorro del Tequendama, en cuya orilla un improvisador se dio el lujo de llamar "guasón" a Su Alteza el Salto, sólo por sacarle un consonante a Borbón. Cuando de lo que menos tiene el Salto es de "guasón". El Salto es algo perfectamente serio. Un Salto Mortal. Y si no, que el improvisador se tire por ahí, a ver cómo le queda la musa.

Recibos de todas clases, con estampilla y sin estampilla, en papel simple y en papel sellado, soirées, copas de champaña, bailes, funciones acrobáticas, funciones de cine, funciones dramáticas, veladas líricas, etcétera.

El five o clock te funcionó a toda máquina, cuando lo mejor hubiera sido el **five o' clock** agua de panela, por aquello de que don Jaime venía con ganas de comer y conocer panela... Eso les pasa a los que son "café con leche": que les provoca la panela.

La jai encontró campo apropiado para el desarrollo y actividad de su jai-mismo.

—Señorita: ¿es usted de la jai?

—Nó, señor: yo soy de la Jaime.

Lo único que no le dimos a don Jaime fue un "piquete" en La Cuna o en Rondinela.

Pero ya los zancudos del río Magdalena le darán más de uno, si el Príncipe no se arma en su toldillo.

Aunque, viendo bien las cosas, el toldillo no es más que una trampa de coger zancudos.

Tampoco fue invitado el Príncipe a ningún entierro de primera ni de segunda, ni a ninguna conferencia sobre la degeneración de la raza de los Borbones.

Se fue Su Alteza, muy "agradecida", naturalmente, por tantos atenciones y tantos agasajos.

Ya pensará don Jaime que aquí estuvo como en su casa y que esto sigue siendo por suerte una prolongación de los dominios de sus antepasados, uno como solar hispánico en donde pueden reinar por la cultura y por la simpatía hasta los Príncipes de trono ilusorio.

Somos una República, es cierto, la más libre y tranquila del mundo, por ventura. Comemos "democracia" porque en nuestra mesa no hay otro plato y porque eso fue lo que nos sirvieron con salsa de cruento heroísmo los calaveras de los libertadores. Pero podríamos ser también, llegado el caso, materia plasmable para una Monarquía, y entre nuestros conciudadanos y conciudadanas podría proliferar fácilmente la planta del cortesatismo. Calzamos, es verdad, el tirolés y el jipa de la República, pero podríamos ayudarle a llevar a cualquiera de nuestros semejantes la corona endiamantada de las disastías.

Las coronas nos gustan, no hay duda.

Aquí tuvimos un César... Coronado que reinó por su saber y por su fino espiritualismo. Y nos queda un Eduardo Coronado, como quien dice: Eduardo VII

Por una corona damos lo que no tenemos, a pesar de que las coronas como monedas y como símbolos, en Austria y en Rusia y en Alemania, andan por el suelo.

Coronamos al poeta Pombo; coronamos a la Virgen de Chiquinquirá, en Congreso pleno; cualquier estudiantino corona fácilmente su carrera; los únicos que no coronan su carrera son los calvos, por falta de pelo y por lo mismo de la "corona": fumamos cigarrillos "La Corona" y, con chocolate y queso, o con té y longaniza, comemos galletas de "La Corona".

Hay quien, en materia de coronas, transigiría hasta por una corona de espinas.

Don Jaime de Borbón es un Príncipe sin corona, a no ser que la calvicie se la haya puesto en "to lo arto", como dicen los toreros. Y sin

embargo, acaba de tener en esta Santafé de Solís y de Sámano, un reinado, o un virreinato de dos semanas.

Y al llegar a este acápite, pienso que yo también soy inclinado a la Monarquía y que soy subdito de una Corona.

En mi calidad de proletario de la pluma, uso calzado de "La Corona", que es el más moderado de precio. Es decir: me pongo "La Corona" en los pies ya que no me la puedo poner en la cabeza.

JESÚS EL NAZARENO

Estamos en medio de la gran semana de la pasión y muerte. Dentro de pocas horas, Jesús, el Maestro de todas las sabidurías, recibirá en la frente el beso del discípulo falso y será entregado a los esbirros del Pretorio.

En el Monte de Gethsemaní, bajo las frondas silenciosas de los olivares, será el más triste de los hombres y el más abnegado de los redentores.

Jesús hablaba a las piedras y a las aguas, y al acento de sus palabras las piedras y las aguas convertíanse en pan y en vino para los hambreados y para los sedientos.

Tomad y bebed: esta es mi sangre. Tomad y comed: este es mi cuerpo.

Ese cuerpo, que minutos antes de la muerte era ya —según la inspiración poética— "una blancura ensangrentada".

Otro día, la mujer pecaminosa de Mágdala, bohemía encantadora y compañera de malandantes y "calaveras", llega al pie de la cruz, pone ungüentos perfumados de mirra y sicómoros en los pies del Crucificado, los cub/e con la abundosa y destrenzada cabellera, siembra sus lágrimas en la tierra del Gólgo-ta y Jesús la perdona mucho porque había amado mucho.

Jesús cenó con sus discípulos el jueves santo. Les dio de su pan y de su vino. Les lavó de los pies el polvo de los caminos de Judea, y los besó en señal de amor y de humildad. En el extremo de la mesa, Judas, el falso apóstol, miraba al Redentor cSn ojos sospechosos, con mirada sombría. Premeditaba ya el plan siniestro de la venta, y en su tenebrosa imaginación vibraba ya el tintineo de las treinta monedas.

Jesús, el Redentor, llenaba con sus hechos todo el panorama del pasado y del porvenir. Hombre de la Ley Mosaica y sedicioso contra el Emperador Tiberio César, le llamaban los funcionarios judiciales de la Roma proconsular y cesarista.

"Y en razón de ello, decido que sufrirá dicha pena sobre la Cruz, como culpable de haber congregado a muchas gentes, ricas y pobres, provocando incesantes disturbios en toda la Galilea, titulándose Hijo de Dios y Rey de Israel, amenazando con la ruina de Jeru-salén y del Templo sagrado, negándose a pagar el tributo al César, y osando entrar, entre palmas y en triunfo, como un Príncipe, en la ciudad y en el Templo del Imperio".

Así firmó y argüó Poncio Pilatos la sentencia contra el Justo, en el Palacio de Lardú. para después hundir las manos en la aljofaina legendaria.

Y así cumplió el Centurión Quinto Cornelio el mandato de Poncio, Representante del Imperio. Y así se cumplió la sentencia, desde las calles de Jerusalén y pasando por la puerta Antonina hasta el Monte de las Calaveras.

Jesús, ya entrada la noche, se fue al Jardín de las Olivas, en compañía de sus discípulos. Velad y orad, les dijo, para que no entréis en tentación, porque si el espíritu está listo, la carne es flaca. Sobre el monte trágico se cernía un gran silencio, en el cual las estrellas dejaban caer un resplandor agonizante. En el huerto no se oía ni el vuelo de una hoja. El corazón del Redentor palpitaba como un reloj de eternidad que había de marcar más tarde la hora más trascendental para el género humano irredento.

Jesús oró con las manos levantadas al cielo. Un rayo de luz ultraterrena le puso en el rostro una fulguración maravillosa. Sudor de sangre empezó a correrle por la frente y a humedecerle los cabellos sobre las sienes fatigadas.

El silencio nocturno, al igual del drama, se va intensificando en torno del Hijo del Hombre. Minuto a minuto va llegando la hora trágica. Jesús continúa en oración. "Señor, si es posible, aparta de mí este cáliz". Desanda los éxodos de Judea y de Galilea, contempla su obra y piensa que para eternizarla en la conciencia de los hombres necesita entrar en los límites cruentos del martirio. Fecundará su ideal con la propia sangre de sus venas, y probará hiél y vinagre por amor a los hombres y en aras de su obra infinita.

No es en la cumbre del Gólgota, ni en la cimera del Tabor, ni sobre las ondas encrespadas de Tibería—des en donde Jesús se destaca de manera más bella y noble ante la conciencia de los hombres y ante el decurso de los siglos. Es allí, en el huerto dramático, bajo las ramas de los olivos taciturnos, en el silencio de la noche, a la luz esperanzada de las estrellas, en donde Jesús culmina en valor, en grandeza y en generoso renunciamiento. Siendo Dios, renuncia a su poder y a sus prerrogativas y se somete a ser hombre y acepta —pudiéndolo detener— el curso fatal de los acontecimientos.

Y como hombre empieza a sentir en su redor Jas sombras del olvido y el más inconsolable de los abandonos. Los discípulos se han dormido. Jesús los despierta, y al despertar, huyen despavoridos y dejan parte de sus vestiduras bajo los árboles del huerto. Jesús se ha quedado solo. Le han abandonado. Sólo las estrellas lo acompañan al través de las frondas dormidas. Sólo el silencio es su amigo y camarada. El silencio que es la patria de los grandes espíritus. El silencio que es el sol a cuyo calor maduran los frutos del alma! Jesús oró en silencio, y el silencio y la oración son las dos alas más fuertes con que un alma puede volar a lo infinito y a lo eterno y reintegrarse a su divino Genitor. Jesús siente en aquel momento la tristeza de ser hombre, pero como hombre, permanece allí, firme y grande, dándose todo el sacrificio.

Judas, que ya había convenido su hazaña y recibido su dinero, se desliza en el huerto en compañía de los enemigos. En los labios marchitos lleva el beso malvado, que «es como un áspid mortal sobre la mejilla del Maestro. Judas besa a Jesús y lo entrega a los príncipes de

los sacerdotes, a los jueces del Sanedrín, cuya sentencia habrá de confirmar o revocar el Gobernador de Judea.

Desde esa noche trágica existe **el beso de Judas**, que sigue y seguirá haciendo víctimas en este doliente y accidentado camino de la vida.

EL CUBILETE Y OTRAS YERBAS

La guerra, dicho sea en justicia, hizo cosas muy buenas. No hay mal que por bien no venga ni cuerpo que lo resista. Entre otras menudencias, la guerra simplificó la indumentaria masculina.. Y no digamos que la femenina, porque esa no hay quien la reduzca. Es como ciertas culebras: no tiene "contra". ¿Qué harían las mujeres si se acabaran las modas de un momento a otro? Sencillamente se quedarían en traje de dormir. La moda es la razón de la vida en las mujeres. ¿Para qué se vino al mundo? Para estar a la moda. Esto de la moda es un halago en las regiones de lo femenino. Y para nosotros los hombres, un acontecimiento cotidiano. Una mujer bien vestida es un espectáculo tan interesante como una conjunción heliocéntrica, pongo por caso o por conjunción.

La guerra ensanchó el uso del sombrero flojo, tirolés, que decimos los eruditos y restringió el del sombrero duro y el del cubilete. El sombrero duro ya no se usa sino aquí y en Tunja. Y el cubilete ha sufrido una desuetud mapamundial. Lo que ahora rige es el tirolés y el cuello flojo. Ese es el aire y eso es lo cómodo. La civilización antes que todo» debe ser comodidad, soltura, libertad.

El cubilete es el aparato más incómodo y dificultoso que han inventado los sombrereros. No tanto por su conformación geológica, ni por sus grados de latitud o de longitud, sino porque ese "mueble" requiere una psicología especial que no es la del uso corriente, la de entre semana, digamos. El cubilete es correlativo de un estado anímico trascendental. Es algo serio y brillante que debe cubrir pensamientos e ideas de calidad, siempre que el que lo porte sea capaz de pensar o de tener ideas. Porque si así no ocurre, el cubilete viene a ser simplemente techumbre de una habitación desocupada

Incómodo- he descrito que es el cubilete. Y me ratifico en lo dicho y puedo jurarlo ante un juez. Es un sombrero que lo alarga a uno en algo así como 15 centímetros. Y ese alargamiento se presta a muchos percances. Sube uno a un tranvía. La cortina está un poco baja y... taque! la levanta uno con el cubilete. Y después de esto, naturalmente, la abolladura es colosal.

En las iglesias, por ejemplo, cuando están plenas de fieles, el manejo del "cubilo" es difícilísimo. Defender un cubilete de los piches de una multitud, es más trabajoso que defender un niño de una multitud de piches. El "portador" no sabe cómo llevarlo, ni cómo sacarlo indemne de entre el oleaje humano. Hay que llevarlo en alto. Y eso cansa a los pocos minutos. Algunos lo "erigen" en la punta del bastón y así lo libran de todo mal y peligro. Pero lo que es a nivel de la muchedumbre no es posible la "conservación" de un cubilete. Hay que levantarlo, hay que darle "alas" para que se eleve sobre la turba bolcheviki.

Y es que en la única parte donde uno puede llevar el cubilo con menos incomodidad es en la cabeza. Cuando se sale, por ejemplo, de

entre el gentío apiñado en la catedral, el "portador" descansa porque se pone el sombrero, y ya no tiene que llevarlo a la defensiva de una mano a otra.

En otro sitio en donde el cubilo no molesta, es entre su caja, en el armario, es decir, "enjaulao". Así es muy distinto de cuando anda "suelto".

En viaje por tierra, el cubilete es una rémora piramidal. Por lo regular viaja entre un cajón fabricado a medida. Los arrieros lo colocan de "sobernal", encima de una o dos maletas que van sobre la carga. Y allí, en esa altura, es el gran desorganizador, el que desequilibra las maletas, el que ladea la carga, el que mata las muías. Uno tiene que ir diciendo cada rato: "cuidado con el cubilete". Es decir, patrón y arriero van pendientes del tal sombrero. Su conducción es más dispendiosa que la de un contrabajo. 5f cuando viaja entre caja de hojalata y se da contra los baúles, al trote de las muías o del macho, la música es maravillosa, música celestial, una sinfonía cada dos kilómetros.

A la hora de un aguacero, si el cliente no lleva paraguas y va de cubilete, ahí quedó. Pare usted, mi viejo, métase a un portón y aguarde a que caiga la última gota. Uno puede mojarse con tirolés o con sombrero duro. Pero un cubilete chorriando la gota es algo de zarzuela, un detalle de revista, cómica, un cuplé coreable, con música pegajosa: "Oh, cubilo inmortal!"

El cubilete despelucado, rizado a contrapelo, es un adminículo inadmisibles o inadmisibles.

En el teatro, es un problema más grave que el de Fiume, y que el problema de las huelgas. No sabe uno cómo engarzarlo entre los alambres de la luneta.

Con cubilete tiene uno que estar de visita, o de matrimonio, o de entierro, o de baile, o de banquete, o de sermón, o de discurso kilométrico. Y todos estos "productos" suponen situación "anormal", solución de continuidad en el hilo de nuestros días.

Con cubilete no puede uno comerse una rebanada de pina en el Parque de San Diego, ni entrar a una tienda de golosinas y pedir dos merengues o dos caramelos.

Con sombrero flojo puede uno hacer lo que le dé la gana, fuera de la etiqueta susodicha.

El sombrero flojo es hoy el amo del mundo. Sólo en este rincón de los Andes queda un saldo de cubiletes y sombreros duros. El cubilete de Clémenceau acaba de ser derrotado. El de Wilson ha sufrido serias contusiones en el Senado americano. Y el de Lloyd George se tambalea bajo el ventarrón del socialismo británico. Hay una enorme reacción en favor del "fieltro", que es un término medio. Lo malo es que muchos quieran pasarse a la cachucha de Lenine.

Entre nosotros quedan unos cuantos cúbilos de difícil extirpación. Son muy conocidos. No hay necesidad de nombrarlos. Por ahí van y vienen en esas calles y plazas de la metrópoli. Es un saldo que, poco a

poco, se irá eliminando, con el poder de Dios, que es tan grande y que no necesita de sombrero.

Últimamente, en el Hospital de Panamá, se ha hecho un experimento científico, una comprobación quirúrgica: los cubiletes crónicos son de fácil extracción. Un cubilete se extrae como un tumor, como una piedra úrica, o como un superávit apendicular. Es operación de baja cirugía, que se practica con anestesia local. Y no hay peligro ninguno de infección. Algunos opinan que el cubilete, como el cáncer, se reproduce al poco tiempo de operado, pero esto, hasta ahora, es una hipótesis. No hay caso afirmativo.

Mi amigo, el doctor Jenaro Guerrero, alias "Mirabeau", "adoleció" durante muchos años de un cubilete aristotélico y peripatético, con citas de Tito Li-vio y de Macaulay, que le producía intensas y frecuentes neuralgias en la región del pensamiento, es decir, en aquella parte del cuerpo que muchos usan para peinarse, y que el doctor Guerrero usa para digerir y asimilar a Maquiavelo.

Desesperado el doctor Guerrero con su dolencia, fuese a Panamá, coló al Hospital, y un cirujano yanqui le extrajo el cubilete en menos de cinco minutos. "Mirabeau" regresó de sombrero duro, perfectamente transformado y aliviado de sus neuralgias encefálicas. En las olas del mar de Balboa quedó flotando, como un alcastraz muerto, el cubilete endémico del filósofo nacionalista. Y "Mirabeau" va por la calle, de sombrero duro, confundido con el resto de sus cin-ciudadanos. En algunas noches usa un tirolés negro, el mismo que le servía para conspirar antaño contra el Gobierno de los treintayuneros. Y aquí surgen dos interrogantes: "Mirabeau" era su cubilete o su cubilete era 'Mirabeau?'"

En agosto pasado, en los días del centenario de Boyacá, el General Morales Berti, nuestro gran Gerente del telégrafo, necesitaba una caja para "transportar" su cubilete a Tunja. No encontraba por ninguna parte. Topó conmigo, y yo le indiqué el camino: válgase de Jorge Vélez o del doctor Brito, que son especialistas. Se dirigió al ex-Ministro doctor Vélez, y éste, al momento, le cedió la caja mortuoria de su cubilete. El General pudo de esta manera "movilizar" hasta Tunja su cubilete "centenario", sin riesgo de abolladuras y sin llevarlo puesto, que era lo más grave.

En el Parlamento inglés, un día se paró a hablar un Diputado. Se quitó el cubilete y lo puso sobre el asiento de la curul que el orador tenía su espalda. En mitad de la oración un colega lo interpeló. El orador perdió la calma (vulgo, estribos), y le endilgó una andanada. Al terminar, se olvidó del sitio en que había puesto el cubilete. Se sentó bruscamente, y el cubilete resultó apachurrado por unanimidad. Un acordeón, ni más ni menos.

Entonces, el agredido, por toda respuesta, dijo a su furioso colega:

"Lástima que usted, al sentarse, no hubiera tenido la cabeza dentro del cubilete".

Y con todo y anécdotas, el cubilete está sufriendo hoy una derrota incontenible a lo largo y a lo ancho del mapamundi.

Cosa de que debemos alegrarnos los que pensamos que en la cabeza sólo deben llevarse el pelo, la caspa y las entendederas.

LAS ACADÉMICAS DE LA LENGUA

Homo hominis lupus est, dice el apotegma del filósofo antiguo, y esta es la pura y física verdad, confirmada, no por un Obispo, sino por los hechos dolorosos y sangrientos que se cumplen en los teatros y tinglados de este valle de lágrimas. El hombre es lobo para el hombre. El hombre —dice un ilustre explorador de la biología— es el último animal de presa aparecido sobre la corteza del planeta. De ahí que prevalezcan en él —al través de diversas etapas culturales— los instintos crueles del hombre primitivo. La misma afición a matar. La misma tendencia fatal a violar todos aquellos preceptos que la sociedad ha erigido en artículos e incisos del Código Penal.

Los hombres tenemos un expediente para hacer más cierto y más trágico el apotegma enunciado anteriormente: la guerra. Allí nos entendemos y confiamos al hierro y al fuego el arbitrio y la solución de nuestras diferencias, de nuestros enconos y de nuestras rivalidades. Nos hacemos pedazos, nos sacamos los intestinos a bayoneta desnuda, nos matamos, en fin, pero sin apuñalearnos con la lengua. El hierro sustituye las palabras; el fuego y el líquido inflamable ocupan el lugar de la chismografía.

No así en el campo femenino. Allí las armas son verbales, las palabras se afilan como navajas de barbero, los adjetivos se hacen agudos y espejean como puñales de tragedia, los comentarios de mujer a mujer se hacen inmisericordes y cobran una potencialidad corrosiva que pone miedo en el más avezado a las asperezas y a los escollos de la vida.

Ayer regresaba yo a la ciudad en un tranvía de la línea amarilla eléctrica. Tomé asiento en una banca delantera. En la siguiente, hacia atrás, venían dos señoras y una señorita, todas tres de categoría y de familias conocidas y honorables. Frente a mí venían otras dos señoritas, un poco mal redactadas en materia de indumentaria. Las de atrás empezaron su trabajo de tijera al vestido y a algo más: a la vida de las que ocupaban el frente. "Pero mira ese sobretodo, ¡qué charro!" "Ay! pero qué manera de empolvarse!" "Cómo se pintan; si hace un temblor se cuarteán!" "Pero mira ese sombrero, con esa pluma de la moda pasada". "Estas son las fulanas, aquellas de la historia tal". "Esta tuvo con Fulano unos amores lanza-dísimos. Dicen que..." "Sí, ala, eso es cierto". "Ay! pero qué cara tan antipática". "Miren qué gestos los que hace". "Tiene dos dientes postizos".

Esto decían mis amables vecinas de las pasajeras de la banca delantera. Y las agredidas no se daban cuenta de que las estaban despellejando a oídas de un observador que escribe para la prensa.

Más acá, en un cambio de la línea, para el tranvía. Pasan, con rumbo a Chapinero, unas señoritas en coche con una manta afelpada que les cubre los pies. Mis vecinas las miran y prorrumpen en amabilidades de este calibre: "Mjm! Con manta en los pies y son unas

indias". "Si no fuera por la plata tendrían que andar apie". "Qué pretensión!" (Textual).

Cuando la temporada de los descotes, en las funciones de Opera, era un número muy divertido éste de las señoras echándose "lata". Las de platea eran las principales cortadoras de mortajas. Y me figuro que las de palco también harían lo mismo con sus congéneres de luneta. Sólo que a éstas podía uno escucharlas más fácilmente.

Una noche —lo recuerdo mucho— fue en el Teatro de Colón— quedé junto a una dama encopetada que estaba allí con sus dos hijas. Vestían toilettes de seda. Olían a perfumería de Coty y miraban hacia los palcos con un binóculo de nácar con remaches dorados. Lo enfocaban en distintas direcciones y filas. A primera y a segunda. Y comentaban de esta laya: "Ay, miren aquellos escotes. ¡Qué huesos! Si yo fuera tan flaca no me descotaría así". "Miren aquellas otras cómo han venido de barnizadas. Se pintan con sapolín". (Textual. La señorita que lo dijo debe de recordar muy bien que dijo "sapolín". No es invención mía). Y seguían los comentarios de la señora y de sus dos hijas. Miraron a un palco de segunda y subrayaron: "Allí está fulanita con el novio". "Y dizque es un cualquiera. Un limpio. No se sabe ni de dónde es. Mírenle la cara. Como que andará detrás de la plata. Eso sí es gana de casarse. Yo si no me casaba con un tipo de esos". (Palabras textuales también. Las recordará muy precisas la señorita que las dijo. De lo contrario, tiene muy mala memoria).

Qué guerra ésta que se hacen las mujeres con ese instrumento de tortura que es la lengua. Qué capricho de no ignorarse unas a otras y de "llevarse la cuenta" y de tirarse con hachuela hasta no dejarse cuero en qué persignarse! Pasa una mujer por la calle, una mujer de esas que lo dejan a uno en statu quo con su belleza y su veneno y su elegancia, y nosotros los hombres nos paramos a mirarla para admirarla y seguirla con los ojos hasta perderla de vista. Las otras mujeres la miran, la remiran, pero... algún pero le han de encontrar, algún ligero tropiezo en el vestido y en los movimientos. Dios mío ¿qué será esta situación de guerra en que viven nuestras dulcísimas caras mitades? Y después de que se han metido la mar de alfilerazos, las ve uno partiendo de un alfeñique y despidiéndose con abrazos y besos y diciéndose pailadas de caramelos verbales y de adioses agarrapiñados.

En una reunión de mujeres (de mujeres decentes, específico) he oído dos o tres que echaban pico de otras que estarían a esas horas en brazos de Morfeo o tomándose sendas escudillas de chocolate o de te, para ir al "duermes". En un rincón había una, callada, silenciosa, reconcentrada en una neutralidad que hablaba muy alto de su benevolencia. Apenas medio sonreía de vez en cuando. Esa muchacha, allí sin decir nada, sin cortar mortajas a nadie, sin balbucir palabra, fue en ese momento la que me pareció que guardaba mejor su equilibrio espiritual y se descomponía menos ante mis ojos y ante la manera que yo tengo de mirar hacia el camino por donde pasan mis semejantes de carne y hueso...

Pero... el mundo es el mundo y si no se habla del prójimo, se agota el tema y no queda de qué hablar. Yo, a mi turno, estoy doliéndome de lo que es agua corriente en esta vida y cortando la libertad de palabra, tan necesaria y tan importante para las mujeres, cuando les da por hacerse Académicas de la **Lengua**.

PAGANISMO CRISTIANO

El doctor Nemesioca ha ido a Girardot en negocios relacionados con su profesión de capitalista.

Ya sabemos que el ilustre viajero es Profesor de Energía, que quiere decir, en romance paladino, Profesor de medio circulante.

Al doctor Nemesioca lo acompaña el Comandante Quijano Mantilla, profesor de griego, agricultor de tierra templada y cronista crónico del periodismo volandero.

Ya sabe el lector, o la lectora, lo que ocurrió entre Nemesioca y el grupo de estudiantes que fue a Girardot a despedir al Profesor de Civilismo, doctor González Valencia.

En cuatro letras, o en dos palabras: los estudiantes confiaron una misión peliaguda al temperante Comandante Quixano y Mantilla: conseguir de Nemesioca una o varias tandas de brandy y de whisky, debidamente embotelladas.

Quixano gestionó. Pero el magnate civilista es paladín de la Ley Seca y enemigo personal de toda bebida embriagadora, de todo licor embriagante, excepción hecha del Licor de los Dioses y_s. del licor van-swieten, líquidos que se complementan y obedecen a la Ley de la correlatividad.

—En cambio— dijo el doctor Stinnes— desde este momento corren por mi cuenta, por mi grandísima cuenta corriente, los viáticos, dietas y gastos extras de la caravana estudiantil.

Al oír estas divinas cuatro palabras, Quixano corre, "cuan" «piernas tiene las largas, a llevar la grata respuesta a los alegres turistas nacionales.

Y "Némesis" le larga la llave a su chequera y empieza a hablar en "cheque eslovaco", que quiere decir "en plata".

Los estudiantes, pues, han sido por unos días o unas horas "huéspedes gratos" en las finanzas del pasterizado anfitrión.

Y ande el movimiento! Y "vamonós" con este viaje!

Acto primo —digo acto continuo— el doctor "Gastón" Doumergue, o más claro, el doctor Gastón Camacho, "váse" automovílicamente camino de Peñali-sa. Cosa interesante: el doctor Nemesio Stinnes en una Peña! Y en una "Peña" lisa, levantando de seguro la suma votada para la "valorización" de la bullanga estudiantófila ("bullanga juventio").

Tenemos, pues, que Nemesioca —cuya cabeza "interna" es acumulador de materia gris y de ágil discernimiento, ganó la jornada con un plausible rasgo "pro universitario".

Némesis fue estudiante —estudiante pobre— que quiero decir "pobre estudiante", y supo lo que es déficit permanente y escasez y urgencia de "chanfaina circulante", en todos los sectores y en todos los bolsillos. Y al recuerdo de sus días de "banquero" en los bancos universitarios, Nemesioca "consumó" su espontánea determinación. Y los estudiantes agradecidos le han consignado en el banco del río de la

plata un millón de gracias en oro americano amonedado y en depósito a la orden... de pago. Y en seguida, ovación, oreja, claveles, cigarros, leche pasterizada y vuelta al ruedo.

Viva el futuro Presidente anfitrión del próximo paseo! Viva el capitalismo! Abajo el socialismo! Abajo el comunismo! Viva Nemesio! Viva Titta! Abajo las Normas de Ibagué! Abajo el doctor Núñez!

Tenemos, pues, que nuestros magnates y nuestros gerentes, han empezado a querer ser abiertos, o por lo menos entreabiertos, y que ya se están "rascando" contra un poste o contra una esquina.

No sólo el mal ejemplo cunde en el "auditorio". El buen ejemplo también se propaga, aunque en menos extensión. Hace poco una Compañía cigarrillera "inauguró" un premio gordo para el universitario que alcance mayor "cartel" en el año que cursa; un viaje al Exterior, una jira de 90 días, por cuenta de dicha Compañía. Algo distinto del cliché nacional: viaje a la Provincia nativa o desocupación "permanental" en las calles, carreras, plazas, camellones y avenidas de la urbe pluscuanmetropolitana.

"Nemesioca", pues, ha enfocado por la misma gran vía. Y sería algo superbo que nuestros procónsules del medio circulante siguieran la senda "nemésica" y anfitriónica, y que es la misma por donde no han ido "los pocos ricos que en el mundo han sido".

Ha llegado la hora de que nuestros capitalistas se "desprendan" una vez que otra y resuelvan el magno problema del capital y el trabajo con las muchedumbres juveniles y juvenales.

El capital y el trabajo! Es decir: el capital de los magnates superavitosos, y el trabajo... que les cuesta a los estudiantes deficituosos arbitrar auxilios de marcha y financiar sus entusiasmos y sus esperanzas.

Nuestros gerentes han empezado a "rascarse". Lo que quiere decir que el "piojo" se mueve y se compone.

Donfélix Salazar va al Cauca en jira política y ferrocarrilera.

El caudillo Vasco lo atiende, lo pasea, lo lleva y lo vuelve a traer. En una palabra: lo anfitriona en toda la línea ferroviaria.

Donfélix, en cambio, le obsequia una Legación de primera, alta, central, muy bien ventilada, con luz y agua del oleoducto, cuatro patios, teléfono, victrola, pianola, sótanos y oro en bóveda.

Y Nemesioca, por estos lados, anfitriona a 200 estudiantes durante cien horas consecutivas.

Estamos en plena cosecha de Gerentes: bancarios, ferroviarios, extranvianos y pasterizados.

Yo aconsejo a los estudiantes que en su segunda salida se lleven a Donfélix y lo "atiendan".

Tengo la evidencia de que por lo menos a 50 jóvenes "aunes" les anfitriona a cada uno una Legación o una Gerencia.

Tengamos confianza. Tengamos fe-en "La Esperanza" y en Cachipay.

Y no olvidemos que son tres los Gerentes que se destacan en "la ontanza". Nemesio, Félix y el caudillo del Cauca grande.

Como quien dice: "Gastón" Doumergue, "Gastón" Lelarge y "Gastón" Boisser, el historiador del Paganismo".

UNA SEÑORA ENTRE UN TUMOR

En Tunja están ocurriendo cosas de gran sensación.

Mediterránea y todo, circundada de páramos inclementes, la capital boyacense tiene también sus folletines y sus acontecimientos.

Entre las noticias que publica el diarismo, relativas a Tunja, figura esta: un cirujano le ha extraído a una mujer un tumor que arrojó un peso igual al de 33 kilos. Sacarle a uno el kilo, se llama esa figura.

La noticia la publicó un diario matinal y el mismo diario escribió al pie de ella una nota en que duda de la veracidad de este suceso quirúrgico.

Y todos nos hemos hecho cruces ante el volumen del tumor extraído. Treinta y tres kilos son sesenta y seis libras, según dicen los sabios. Y sesenta y seis libras son dos y media arrobas largas de talle. De manera que el tumor tunjano pesa dos arrobas y media, más hacia las tres que hacia la media.

Para remover las dudas del público respecto al tamaño del superávit patológico operado, el "Corresponsal" de Tunja ratifica sus informaciones en toda la línea y dice que el tumor está a la vista y a la orden de quien quiera mirarlo y pesarlo.

Este tumor ha venido a hacerle **pendant** al apocalíptico Don Cicerón Castillo, el de la guerra cinematográfica y petrolífera. Cicerón sigue siendo el hombre del día. Y de la noche. Y el tumor boyacense llega también enhorabuena a ser el tumor del día. (**Tumorro morning**, que balbucen los gringos).

Yo todavía dudo del suceso. ¿A quién le caben dos arrobas y media de tumor entre el cuerpo? Para creer un poco necesitaría que el señor Obispo de Tunja me "confirmara" la noticia. Mientras esto no ocurra, me reservo el derecho a dudar del volumen y peso del tumor folletinesco. Dos arrobas y media son la mitad del peso normal de un individuo sin tumor.

Esta operación y este hallazgo le están dando a Tunja tanto renombre como su frío y como su Centenario. De hoy en adelante, Tunja será la tierra de los grandes tumores. Y se dirá "tumor tunjano" como se dice bocadillo veleño, tamal cartagüeño, naranja guatecana, bizcocho calentano y calor tocaimuno.

Yo creo que este tumor es el más grande del mundo. Con este tumor alcanza para 50 familias numerosas y sobra tumor. No es un tumor que le extrajeron a una señora, sino una señora a quien le extrajeron un tumor. El tumor estaba de muerte, pero le extrajeron la señora y ha mejorado notablemente. Debí de sufrir mucho ese tumor con semejante señora adherida al estómago. Ya el tumor no podía hacer nada porque la señora no lo dejaba. Era una situación muy grave la de este distinguido tumor boyacense.

Esta inverosímil adherencia o protuberancia viciosa, podría exhibirse en cualquier parte, a cinco o diez centavos la entrada. Y en

los pueblos y aun aquí mismo, podría decirse: "Hoy llega el tumor boyacense". Todos los tumores del Distrito invitan a su recepción. Llevará la palabra un tumor canceroso".

Nuestro progreso se está haciendo sentir en todo: en las personas y en las cosas. Tenemos aviación, inalámbricos, ferrocarriles, bolshevikismo, huelgas. Y ahora ya hemos dado un gran paso en los dominios de la Patología: empezamos a producir tumores de a treinta y tres kilos, o sea de a dos arrobas y media largas de talle. Y sépase que no ha hablado cultivo especial. Lo que la tierra produce, nada más. Lástima que don Jorge Ancízar no hubiera llevado una muestra de nuestros tumores para aquello del "intercambio" con nuestras "hermanas" del Sur. Por lo pronto, creo que dentro de poco, seremos el primer país productor de tumores y de uncinariasis o anemia tropical.

Semejante a esta operación de cirugía "kolosal", sólo tengo noticia de una.

En los días y noches del Quinquenio tuve yo un destino manifiesto. Era jefe. Así como suena. Jefe de Sección. Y entre paréntesis, era muy mal empleado. Me pagaban ciento veinte duros por estar a Régimen. A Régimen nefando, se entiende y por llevar uno que otro ladrillo a la obra de la Reconstrucción.

Un día enfermé. Me puse malo de la "circulación". Me vino una crisis absolutamente monetaria. ¿Quién me hace una operación?, pregunté a un compañero de pupitre burocrático. El usurero tal, me indicó el camarada.

Busqué al usurero. Le consulté el caso. Me registró, digo, me examinó y diagnosticó: "circulación pésima: se necesita una **operación** inmediata".

—¿Y quién me hace la operación?

—Yo, con el **15** por ciento, respondió el honorable usurero.

—Hágamela, qué caramba!

Y sin cloroformo y sin nada, a reajo limpio, "con dolor de mi alma", el usurero me tendió en su mesa de disección y me extrajo dos meses de sueldo con el **15** y pagando yo las estampillas.

La "sacadura" se me enconó y la herida duró mucho en cicatrizar. Se iba supurando y me hizo pasar muy malos días y muy largas noches.

Desde entonces, para evitarme operaciones enconosas, resolví no volver a ser empleado público.

Es una de las maneras de asegurarse contra usureros: no tener empleo público. Es mejor tener tumor de a dos arrobas entre pecho y espalda.

AL MARGEN DE ESTAS COSAS

I

Con esto del cuartelazo frustrado, el respetable público y privado ha pescado en río revuelto regio **bocatto**, no digo de Cardinali, sino que digo de puro Cónclave, de puro Concilio ecuménico.

Toda conspiración de orden político es un violento excitante del sistema nervioso; una corriente de alto voltaje que abarca todo lo impulsivo y reflexivo del humano organismo. Conspirar es aventurar, darse a lo eventual, a lo inseguro, a las trágicas contingencias del acaso. Conspirar es más del fracaso que del éxito, hasta en los casos "necesarios" que reclaman y requieren intervenciones quirúrgicas de urgencia. Y conspirar porque sí, por sobar la pita o la cabuya y porque así lo quiere y lo piensa el conspirador, es empresa condenada a morir, antes o después de la aventura.

Toda maniobra o combinación que lleve el intento de cambiar un régimen, antes que a una espada deben acogerse a una bandera. La bandera es un ideal, un sentimiento, una doctrina, uíí idealismo en marcha, un ala que ampara toda noble y justa actividad, todo movimiento hacia la conquista de un bien público, aclamado por el consenso colectivo e iluminado por una esperanza de redención. Hablando del **18** Brumario, ha dicho un pensador: "los golpes de Estado sólo se justifican cuando conquistan la libertad de los pueblos".

La espada es tan necesaria a las naciones como el aire a las vías respiratorias de todo organismo fisiológico. Colgada sobre el muro es un símbolo de vida y de defensa, de confianza y de soberanía. Ceñida al cinto de su dueño es una "entidad" que implica lealtad, valor, cgraje, probidad. La probidad del soldado es el culto a su bandera y a los altos deberes que ella impone y engendra a sus "afiliados" y a sus .milites. Recordáis? En nuestras guerras civiles e inciviles el puesto de abanderado es quizá el más peligroso, el más señalado por eso que llamamos "el plomo enemigo".

Tumbar la bandera y al sostén de la bandera, es una hazaña digna de mención honorífica. Recogerla, es un deber trivial. Volver a enarbolarla, es una obligación imperativa. Y morir al pie de ella, bajo su ala, rizada por el viento y encendida por el sol, es una gloria, una dádiva del Dios de los Ejércitos.

Toda empresa de hombres para gobernar hombres, antes que de un plan necesita de una idea central que la sustente y la ex[^]ique y sea como el motor de los acontecimientos. Hasta en el cine mercantil de la realidad —la fantasía necesita de argumento. Y la música — organización de notas y sonidos— reclaman el aire leimotivo como primordial elemento de vida. La improvisación está buena en los poetas y la aventura y la temeridad es de bohemios y calaveras que sólo buscan "lo que salga". Y lo que venga. Pero cuando se juega con la suerte de un pueblo y con los esfuerzos constructivos de una nación —

pasados, presentes y futuros— hay algo más indispensable y preciso que la sola efervescencia de una audacia y de una juventud.

Nos dolemos —sotto voce— de que las "cosas" no hubieran resultado y de que no estemos bajo el comando y gobierno de una junta de jóvenes turcos, constituida en el Palacio de la Carrera o entre las murallas de ¡Tan Agustín. Eso habría sido divertido y pintoresco, por lo menos, aunque hubiese vulnerado los más altos intereses morales y materiales de la heredad común. Eso habría sido importante y de una emotividad hispano-americana, algo muy acorde con nuestros nervios latino-hiperestésicos. Eso habría sido buen bocado para el operario de un **Pathe Journal** colombiano que el país habría pagado a precios de bochorno y retroceso.

La espada y sus actividades tiene sus "horas" señaladas en la rotación de los destinos humanos. Ella reemplaza a la Ley y a la Justicia, cuando la Ley y la Justicia periclitán, pero ella no puede aspirar al arbitrio perpetuo de un pueblo libre que comprende y valora sus deberes y sus derechos, lo que debe dar y lo que debe recibir. La espada de la guerra —trionfadora— puede esclavizar un pueblo. La espada del cuartelazo, sin bandera y sin razón, es una temeridad cuando no una locura, en estos tiempos en que la democracia en la libertad y la libertad en la democracia son la única fuerza capaz del gobierno del mundo.

Deslumbrados por ejemplos extraños o malhumorados por detalles de emolumentos y servicios internos, los jóvenes militares de la fracasada aventura, soñaron una perspectiva, una jornada heroica que los habría llevado al ápice de la celebridad y a la meta de las consagraciones definitivas. Y —jóvenes al fin— soñaron mucho y no pensaron que es más fácil soñar una cosa que hacerla.

La espada debe ser, ante todo, la garantía del Derecho que es la razón escrita y la justicia distribuida y sólo debe ocupar el lugar de la Ley cuando ésta vaya por debajo de los escritorios. Hé aquí por qué la misma Ley, con su alta tensión, ha roto las espadas que contra ella planearon un irrespeto y un atrevimiento.

Nó. No se resignan los pueblos libres como el nuestro a entregar el caudal de sus instituciones y de sus intereses a los brillantes aceros de la juventud militar, enardecida y soñadora. El contragolpe de los jóvenes militares chilenos fue acto de restauración constitucional y de reconexión con el orden y con la tradición legalista de la República.

No hay "espectáculo" que compense o sustituya el ejercicio individual o colectivo de la libertad. La espada es para velar por la libertad; para quitarle grilletos y mordazas y no para abrumarla de cadenas.

Cuando en un país perece la libertad podrá quedar allí un territorio pero no hay ya una patria.

II

En la tragedia de San Francisco —llamémosla así— se advierten algunas cosas importantes.

El "feminismo" avanza a marchas forzadas y define sus actitudes ante los más arduos problemas de la vida... y de la muerte.

El hombre es el problema más grave y difícil para la mujer, en este mundo y en cualquiera otro de marca desconocida.

Y la mujer es también el problema más serio y peligroso que puede afrontar un hombre, a su paso por este incierto cascarón de la tierra. ¿Hay, por ventura, en el orbe mundo, un instrumento más peligroso y de más difícil manejo que una mujer? Y si la mujer se siente "protagonista" de folletín sangriento, o "estrella" de la pantalla cinemática, resuelta a filmar un drama en plena calle, el instrumento, digo, la mujer, toma ya proporciones de peligro absoluto y permanental. Peligro de muerte. ¡No tocarla. Electrocción ipso-fáctica!

Por ley biológica y por misterioso mandato de la especie, el hombre nació con tendencia proclive a la conquista. Es un atavismo, una diátesis, una dinámica celular, congenital, digamos, que nos lleva a la tragedia femenina, derechamente. Somos nacidos en tierras que fueron colonias y dominios de conquistadores. Don Miguel de Manara, don Juan de Tenorio y el Marqués de Bradomín, españoles ellos, forman la trilogía de los "conquistadores" de América y de... americanas.

En todo imbroglío de orden erótico, entre varón y mujer, hay que admitir un consenso de las partes beligerantes, una colaboración de los "interesados influyentes" que viene a ser base, centro y resorte de todo acontecimiento, feliz o desgraciado, de norabuena o de noramala. Lo demás, lo produce el modus operandi y la mayor o menor "eficiencia" del actor cinedramático en relación o relaciones interiores con la "protagonista".

Se inicia entre nosotros una como reacción del llamado "sexo débil" contra los defraudadores de sus fueros y de su--, sueños alegres y confiados. Y la mujer —el Ángel del Hogar— no viene ya a argumentar con quejumbres y lágrimas. De nácar y acero nikela-do son sus palabras y sus lágrimas son de calibre 32 y de marca "Colt".

Y la lucha ha sido y sigue siendo desigual. La balanza social se inclina al sexo "desvalido" y el criterio público ve en el hombre al milano y en la mujer a la paloma.

El hombre que engaña a una mujer, es un delincuente. La mujer que mata a un hombre es una heroína.

Y la mujer moderna, que después de un engaño se siente "mujer perdida", ha inventado la bala "perdida" en la caja torácica del conquistador.

Óiganlo bien los jóvenes profesionales del "donjuanismo" diurno y nocturno: andan matando y las cuestiones se están poniendo peli-agudas y peli-grosas.

PAPELES DE DESCRÉDITO PÚBLICO

Por ahí, en la prensa extranjera, hemos leído frecuentes encomios a nuestra legislación sobre Higiene y Salubridad públicas.

El último Congreso de Higiene de Montevideo, declaró que nuestra legislación sobre Higiene era la más completa conocida. Y eso es así. Tenemos innumerables volúmenes de Leyes archivados en los anaqueles oficiales.

Bueno, y qué? Pues que de todas esas leyes solo andan en circulación unos cuantos ordinales, otros cuantos incisos y otros pocos parágrafos.

Este es un país agarrotado, maniatado y patiatado por las mil y una cabuyas de una legislación tan exuberante como inútil y estorbosa. El legalismo nos da ya arriba de la enjalma y no hay quien se atreva contra él, creyéndolo legalismo "legal" y no rabulis-mo tentacular que no deja andar al país ni en muletas, ni a lomo de tortuga, sino a paso retrospectivo de cangrejo.

El país —este país libérrimo— está preso en las mallas irrompibles de una Legislación lujosa de frondas pero paupérrima de frutos y de savias "troncales". Cada Congreso, con prórroga o sin ella, nos deja una tonelada de leyes, casi todas contra el Erario nacional, crucificado y quebrado por los mismos legisladores que debieran confortarlo y defenderlo.

Los desfalcos de dineros nacionales admiten varias clasificaciones.

"Desfalcos" de los empleados de manejo que en vez de alzarse con whisky, se alzan con la plata pública.

Desfalcos "decretados" por mandatos legales y constitucionales, ejercidos por el soberano cuerpo legislativo de la Nación.

Mil, dos mil, tres mil leyes por cumplir, sin contar la del Embudó, la del Talión y la "mala ley" de tanto bicho "malaje" que pulula sobre este mísero planeta de que somos inquilinos transeúntes.

Es muy cierto que nuestra legislación sobre higiene pública está fuera de concurso en cuanto a número y volumen. Pero con todo y volumen, no se cumple. Y no se cumple a pesar de que los encargados de ejecutar las leyes pertinentes hacen magnos esfuerzos por aplicarlas.

Y vaya un ejemplo entre mil más que dejamos en la mina del lápiz.

Las ventas de comestibles en todos los expendios de la ciudad, se consuman de una manera que contraviene los más triviales principios de higiene pública. El papel de periódico, leído y releído, es el usado para envolver el pan, el dulce y demás artículos concernientes al yantar y al digerir. Y cuando este papel escasea, entonces se le sustituye por papel de cartas escritas, leídas y contestadas. Son muy pocos los expendios en donde "el arte" de envolver cominos para las "comisuras" se practica en papeles "inéditos", garantizados en lo posible contra peligrosas infecciones.

Un individuo compra un pan, una mogolla, una almojábana o una libra de queso y se lo envuelven en un retazo de periódico. Y en el retazo hay un artículo político, de esos que llaman "virulento". ¿Cómo le queda el cuerpo al comprador? Y si el comestible se roza con un discurso "peñuelesco" o con una catilinaria del honorable colega Don Mengano, entonces la virulencia se exalta y la infección se hace más fuerte y peligrosa.

El papel de periódico o el periódico de papel vendido por arrobas a los expendedores de comestibles, es una permanente contravención a las leyes que reglamentan las cuestiones de higiene y salubridad públicas.

Y con todo, las cosas seguirán como han ido y como van.

El gobierno es el primer delincuente centra el bien público.

En las oficinas de correos venden por arrobas los rezagos postales —periódicos, folletos catálogos— que se acumulan en los rincones de Santo Domingo.

Y todo —naturalmente— con la autorización legal correspondiente.

Estos son los verdaderos "papeles de descrédito público".

Ayer, muy temprano, entré a la peluquería en demanda de una afeitada urgente.

—Pulgarín: ¿hay turno? Tengo las tres señoritas que están allí sentadas. Y a las 10 tengo tres "domicilios" de tres señoritas más.

—¿Arreglada y afeitada juntas? Dos afeitadas y una motilada, contesta el barbero.

—Bueno, pues, volveré a las 12.

Y salí, y en ese instante una de las "motilonas" se adueñaba de la silla giratoria.

Tenemos, pues, que el feminismo avanza, caminando día y noche hacia una civilización absolutamente masculina. Y decimos "mascu" porque son las mujeres las que pugnan por borrar las fronteras de su naturaleza y uniformar los sexos. Que no haya más que un sexo, un sólo género humano, sin distinción de colores políticos, para evitar pequeñas y grandes diferencias.

Por lo pronto, he aquí un modesto inventario de los "componentes" y "descomponentes" del actual feminismo:

Cabellos cortos e ideas largas; falda alta; descote, bajo y "profundo", al mismo tiempo; bapatos —quimbas— o sandalias, par aenquimbarse más; perro a la cola; sombrilla chata, de arriba y de abajo (marca bull-dog); briches, tubos, vestido hombruno, de gabardina habana; sombrero de cow-boy y etcétera.

Y cada día el modisto, asesorado por el dibujante, obtiene mayores triunfos pecuniarios y estéticos con sus "creaciones". Porque los modistos son "creadores", según ellos mismos. El modisto "crea" y crear es lo más difícil del mundo. Por eso el modisto, después de su última "creación", dice, sonriendo: "Creo pero no creo".

Tenemos ahora una Sociedad de Damas Católicas que vienen a luchar contra las exageraciones de la moda, contra las desnudeces y las "cortedades" de lo femenino.

Pero he aquí que las Damas reaccionarias llegan a llover sobre mojado. Sobre los mandatos de la moda no prevalecen los demás. Hasta los de Dios se evaporan y pasan desapercibidos.

La mujer cumple sus deberes religiosos: se confiesa, comulga, bye misa, hace la caridad, practica la fe y cultiva la esperanza. Pero lo de la moda es cosa aparte. El pelo corto, la falda corta, la nuca rapada, la pantorrilla al aire puro, todo eso no es de allá arriba sino de aquí abajo.

Toda campaña contra la moda es inconducente. El único que "manda" es el modisto. No valdrán consejos ni reflexiones. Las mujeres no reciben consejos, y carecen del sentido de la reflexión. No la necesitan. No tiene objeto, y menos en esto de las nuevas creaciones parisienses.

Y tenemos, por lo pronto, un inventario bastante satisfactorio: calzones, motilada, afeitada, sombrero cubilete, pañuelo rabuegallo en la nuca, bufanda, perro a la cola, sombreros boy-scout, uniformes kaki, polainas o tubos y zapatos en forma de "quimbas" para que los maridos sepan lo que es canela. Enquim-barse quiere decir que, poniéndose el hombre las quimbas, la mujer "se pone las botas"...

"No hay hombres!" gritan a voz en cuello, los políticos que escriben sobre la corrupción administrativa. No hay hombres que vengan a echar CN en los establos de Augías.

Y a eso podemos contestar: sí hay hombres! Los hay de nuevo cuño y de novísima invención.

Las mujeres están ocupando los puestos de los sectores públicos. Las mujeres modernas son muy hombres.

Y al paso que llevamos el masculinismo femenino habrá invadido todas las líneas de batalla que hasta hoy han ocupado los hombres de ayer, desalojados hoy por las mujeres del mañana.

Dentro de poco no van a quedar más hombres que las mujeres.

Y qué mujeres, Santo Dios bendito!

AUGUSTO

I

Augusto no fue propiamente un "hombre grande" ni muchísimo menos. Pero sí fue un gran hombre que llenó con sus hechos las más ilustres páginas de la grandeza de Roma.

Augusto era un hombre de pequeña estatura, de temperamento nervioso y por ende, enfermizo. Su salud era frágil, incierta y apenas se sostenía con regímenes de abstinencia y precaución. Los cambios térmicos, las humedades atmosféricas, lo afectaban más que los cuidados y problemas de la política. Afecciones gastropáticas, es decir, las tragedias de los jugos gástricos lo deprimían y amargaban su vida. Era gran catador de aguas con sustancias carminativas. Y así entre las labores del Estado, la manzanilla y el cidrón, Augusto sobrellevaba como un gran estoico, la cruz del poder y la cruz de la vida.

De Augusto podría decirse que corporalmente era un "hombrecillo" cuyas dimensiones físicas no prestaban mérito ejecutivo. Pero en el "hombrecillo" había una cosa (una cosa!!) de esas que anidan y germinan, a la luz meridiana o a la luz de la pantalla. En las circunvoluciones del encéfalo había una cabeza y dentro de la cabeza, un cerebro motor que creaba, sustentaba y organizaba los acontecimientos. Allí, como en el cerebro de Chenier, "había algo". Y ese algo, dinámico y permanente, fue lo que construyó y levantó la República de Augusto. Y Augusto fue un hombre? "pequeño" y "débil" y así, pequeño y débil, fue uno de los hombres más grandes y fuertes de la historia.

La República del Perú es en estos tiempos la República de Augusto. No del Augusto de la historia romana sino de otro: de Augusto B. Leguía.

Tres veces ha ocupado el señor Leguía la curul máxima de los altos destinos del Perú. Y allí, en la altura gubernamental, ha destacado más y más la reciedumbre y los fuertes contornos de su entidad política.

Tres presidencias ha ejercido Leguía en la República del Perú. Y lleva ya dos centenarios con todos sus programas. Es admirable su resistencia intelectual, social y fisiológica. Ser el centro de dos temporadas centenarias y de tres períodos de Gobierno... y no cansarse! El dinero y el mando no fatigan. Y no hay que creer a los políticos que hablan de sus sacrificios por el país y del abandono de sus negocios y de los grandes perjuicios que les causa la vida pública.

Leguía es hoy la figura más fuerte y destacada entre los estadistas de Hispanoamérica. Gran Mecenas, anfitrión inagotable. No baila pero en cambio "gobierna" y ha levantado y exaltado "la República de Augusto".

ORO ALEMÁN

II

Un sabio alemán anuncia que ha descubierto 'a fórmula química para fabricar oro pero que una de las sustancias que emplea en la combinación, resulta más costosa que el oro mismo. Un ligero inconveniente. Una pequeña dificultad.

La sustancia costosa es el mercurio. De lo cual podemos decir que hay organismos humanos muy ricos por dentro: los que se suscriben al mercurio por trimestres de a 75 inyecciones intravenosas.

El mercurio es enemigo de los dientes y de las muelas. Las tumba prontamente con calzas y todo y se lleva el oro y la plata con que las compone el cirujano de las fresas y de las pinzas niqueladas.

Por ahora resulta que el mercurio puede llegar a ser el padre del oro cuando ponga su precio al alcance de las respectivas combinaciones.

Mientras tanto, el sabio alemán, el novísimo doctor Fausto, puede venirse a estos riscos de la América meridional en donde más de un sabio fabrica "oro" y se larga después a ponerlo en circulación lejos de la mina "descubierta".

Y si esto no bastare, puede el sabio tudesco entenderse con los que se cargan grandes dosis de oro entre pecho y espalda.

Que se acerque al Banco de la República y hable con el señor Gerente.

III

El portero, en ausencia del Ministro, es el superior jerárquico del Ministerio. Y en cuanto el Ministro llega a su Despacho, el portero es la segunda persona en el sector ministerial.

Muchas veces un portero no tiene influencias con el Ministro, pero casi siempre un Ministro goza de algunas influencias con el portero.

Hasta hoy no se conocen Ministros que hayan sido porteros, pero sí Ministros que han acabado en Jefes de Sección.

En un Banco, la primera persona en el día es el Gerente. En la noche, el premier es el portero, que asume las funciones de guardián del encaje del Banco y de los intereses del Banco (intereses al uno por ciento).

Y después dicen que las porterías son lo último en la jerarquía burocrática!

Los últimos serán los premiers.

IV

Estas cabecitas femeninas, sometidas al instrumental del peluquero, toman cada día proporciones de problema alarmante.

Los modistos europeos y yankis son los paladines de la revolución peliaguda, pelicresca y peligrosa que nos amenaza.

Esos modistos, unidos a sus dibujantes, son los dueños del pingüísimo negocio feminista. Ellos son los directores y empresarios del espectáculo, los "enemigos malos" de los maridos, que son los anfitriones "permaneniales".

Tenemos hoy un nuevo estilo para los peinados mujeriles. Es el estilo "la Garsona" que "nos" acaba de llegar de París y que, según su nombre, es el nuevo estilo de las domésticas o maritornes parisinas. El estilo es el hombre, se decía hasta ayer. Pero hoy, las cosas han cambiado y debe decirse: el estilo es la mujer.

El peinado "La Garsona" domina hoy el panorama y manda la parada de las elegancias femeninas, pero deja "en circulación" las nuca rapadas, esas nuca que hasta ayer eran el encanto de los hombres de buena voluntad y de muy buenas intenciones.

La nuca femenina exige una rapada diaria y una nocturna. Sólo así puede pasar libremente, sin mayores comentarios desfavorables. Pero una nuca con tres días de "no cooperación" o de "no afeitada", es una falta contra el eterno femenino y contra "el eterno masculino".

Pelo corto, pero expresivo; nuca afeitada; falda alta; blusas sin mangas; descotes bajísimos, que se "abajan" cada momento. Y lo demás que traiga la moda para 1926.

Parece ser que una nueva Compañía de Energía Eléctrica funcionará dentro de poco en Bogotá y poblaciones aledañas. La Gerencia de esa nueva entidad está a cargo de un gran señor de las finanzas: don José Domingo Dávila.

Esta noticia nos viene como anillo al dedo, o, digamos mejor, como argolla de matrimonio al dedo de una solterona.

Necesitamos luz en grandes cantidades, calor de alta tensión para controlar estas temperaturas mínimas con que ahora nos entume y acoquina nuestro querido medio ambiente, que ya se declara ambiente y medio. Agotados los escándalos, el frío ha entrado a ser asunto de actualidad. La gripa ha pasado ya, según dicen y se ha fugado por la vía de Labranza-grande, rumbo, al oriente sempiterno.

Necesitamos calor, mucho calor, para evitar los enfriamientos amorosos y las frialdades "tendenciosas" de algunas mujeres "indiferentes" y de algotras "diferentes", exclusive las deferentes y las indeferentes. El calor es vida, animación, dinámica, movimiento, transpiración, ebullición, efervescencia. El sol —que es un caliente— es la síntesis de toda vitalidad, de toda fecundidad. El es la hoguera

máxima, el dinamismo supremo, desde que se levanta hasta que se retira a sus habitaciones particulares.

Y necesitamos, ante todo y por sobre todo, energía en potes, en ampolletas o en acumuladores. Nuestra autofama de pueblo débil se la debemos a nuestro despilfarro de energía, al uso inmoderado de la fuerza motriz que nos alimenta por encima o por debajo de cuerda.

En lo político y en lo "apolítico" nuestro consumo de "energía" es alarmante. No tenemos "limitador" y por eso estamos ahora desinflándonos definitivamente.

Somos una nación católica, apostólica, hija sumisa y dilectísima de la Iglesia de Pedro el pescador. Y sin embargo, somos una de las naciones más "protestantes" del orbe mundo o del mundo universo.

A la hora de protestar contra esto o aquello, todos, hasta los más débiles, lo hacemos "de ta manera más enérgica", todos resultamos unos dinamos de a 200 caballos de tiro largo.

No hay entre nosotros quien proteste de la manera "menos enérgica".

No hay quién, a la hora de rechazar un cargo inverídico (u oneroso), lo haga sin la energía que el caso demanda.

Sólo al protestar una letra bancaria, mayúscula o minúscula, le disminuimos la corriente al "protesto" por consideraciones al girador y porque las letras son como las mujeres: con poco tienen y si se las largan muchos voltios, "se perjudican" demasiado. Y en el mundo de las modernas finanzas, es más grave perjudicar una letra que perjudicar una mujer. Los intereses creados de una mujer son menos altos que los intereses "vencidos" de una letra, aunque, por otro lado, una letra en "descubierto" sea menos alarmante que una mujer descotada, con las piernas cruzadas y los brazos... a la vista, o a tres días vista. Una letra en descubierto es, más o menos, un cuerpo de delito. Y una mujer en descubierto es también un cuerpo de delito. Si el cuerpo es bueno, por eso. Si no lo es, por lo mismo.

Cada rato encontramos por muchas partes —hasta por las partes posteriores y por las altas partes contratantes— una protesta individual o colectiva contra alguna injusticia, atropello, iniquidad, publicación o violación o una constitución, ley, y artículo, ordinal, inciso o párrafo "respectivos" y salimos con que la dicha o susonombrada protesta está concebida con pecado no original: con "eso" de la energía.

"De la manera más enérgica"; "enérgicamente" "con toda nuestra energía" o "con toda la energía de que somos capaces", etcétera, etcétera.

La protesta, más o menos, implica un vencimiento, una derrota, o una desbandada y no una retirada en orden. La protesta es algo así como un apéndice dolorido de la víctima protestante. En el estadio de la fuerza bruta y en el de la fuerza inteligente, la protesta no es más que el grito de los débiles. Los fuertes no protestan. Atropellan y echan "palante", sin temor a nada ni a nadie. Entre nosotros, la protesta constituye una manía de todo mundo y de todas las horas, diurnas y

nocturnas. Con la protesta lo resolvemos todo. Venga una protesta y santísimas pascuas, siempre y cuando que a la protesta vaya unida la energía "acostumbrada".

Esta manía de la protesta es hermana media de la "constancia" que usan ahora los hombres de nuestro Parlamento. Todo en las Cámaras se reduce a "dejar constancia" en el acta, o en el acto o en los intermedios.

"Dejo constancia", "dejamos constancia". He ahí el desacato a la gramática que dizque ordena decir o escribir "hacer constar" o "hago constar" en lugar de esotro de la "constancia", y de aquello otro de "constatar".

"Dejar constancia" es como dejar "pereza" o como "dejar voluntad", o como dejar dietas y viáticos.

Y, para terminar, señoras y señores: somos el pueblo más "enérgico" y "constancioso" del mundo universo.

Pero esa energía y esa constancia de alta categoría y de alto voltaje sólo existen en la prensa, en el discurso, en los telegramas y en los libros de actas.

Es una energía de papel de oficio y una constancia que "dejan" olvidada cada rato los hombres "legislativos".

Y en prueba de ello, "dejamos constancia" de lo dicho y firmamos.

EL "PARO" AUTOMÁTICO

El tranvía es el vehículo que más empobrece al pasajero y el que menos servicio le presta. Ya ni siquiera presta un mal servicio.

A todo le saca jugo. Entierros, corridas de toros, retretas, semana santa, veintes de julio, cinematógrafos, Luna Park, Sancristóbal, El Lago, el futbolismo, los chapinerunos, los trenes... Un chorro de dinero a toda hora, a todo segundo. Un chorro que no se corta sino cuando el último carro se retira de la vida pública, a descansar un poco de su inmenso trajín.

Y sin embargo... ay! y sin embargo! se rompe un vidrio en un carro, un vidrio que "deja un vacío inllenable en el seno de la sociedad" y otro vacío por donde el viento penetra en forma de chiflón, contra el pasajero (jaqueca, pulmonía, bronquitis capilar, etc.)

Como este pequeño detalle, hay muchos más que, conectados, forman una cadena como para atarla a los tobillos del público tranviandante, que traga entero y permite que se le trate como a público de carga.

Es el caso de transcribir ei muy picante párrafo del señor Carrizosa en su reportaje sobre estas lástimas municipales: "No motor, no ruedas, no piñones, no ejes, no rieles, no polines, no cuerdas, no turbinas, no corriente, no eficiencia". Así hablaba el inglés del cuento carrizóseco. Y eso y algo más y algo mucho más, es el balance de la más pingüe de las empresas municipales.

Pero de todo esto y de todo aquello nadie tiene la culpa, nadie es responsable. Sería temerario pensar siquiera en fijar y deslindar responsabilidades de modo individual.

Esto no es más que un hecho muy parecido a lo que somos, un símbolo, un significado, una demostración patética de que somos incapaces de gobernar y mejorar y acrecer nuestros propios haberes, convertidos ya en "no haberes" por nuestra falta de dotes administrativas.

Los sombreros son las cosas que más se parecen a su dueño. Ya siquiera tenemos un plato nuevo: el del tranvía con su parálisis general progresiva y su próxima inmovilidad, que equivale a una "no cooperación integral".

Para comprobar, patentizar y fijar la disolución tranviaria sólo basta con las exposiciones de los doctores Pérez y Carrizosa, directores actuales de la Junta administradora del tranvía, si es que hay dirección y administración de "algo".

El desastre es completo. La desorganización está sólidamente organizada y todo tiende a desaparecer en la "negra noche" de una irresponsabilidad monumental, exquisita y artísticamente combinada.

La empresa es de las más ideales conocidas. Hoy produce más de 60.000 dólares mensuales y de esa suma, el 61 por ciento se gasta en explotarla. Óigase bien: el sesenta y uno!

Y hay empresas que también se parecen mucho a sus ciudades y a sus municipios.

La culpa del desastre, la grandísima culpa de esta parálisis general ferroviaria y progresiva la tiene una cosa que ¡os "experto" llaman "el automático".

Este aparato tiene la culpa de todo en todas las fechas del mes, menos en una en que la tiene el carbón malo que emplean en la planta. El automático se toma un día,, en el mes para salir a la calle, hacerse afeitar, motilar, sacar los callos, bañarse y cambiarse la ropa.

Anoche, de San Diego a la plaza de Bolívar, un tranvía gris, línea Paiba, se paró 16 veces porque 16 veces se acabó la corriente. Diez y nueve veces preguntamos a los empleados **por qué era eso** de la paradera y 20 veces nos contestaron: "porque se para cada momento el automático". Y quedamos enterados y los otros pasajeros se enteraron también de eso tan sencillito del "automático".

Este progreso moderno a vapor o a chorro de agua, se trae unos términos que lo dejan a uno como en misa cantada: nada entiende el oyente de lo que cantan en el altar.

LA VEJEZ Y LA VIEJERA

El Representante Navarro Pedro Juan le ha dicho al honorable Márquez Próspero una palabra ofensiva.

Con este motivo, el boyacense exaltóse, perdió la ecuanimidad parlamentaria y enfurecido fuese hacia el costeño en ademán de administrarle un manotón de su puño y letra.

Fue una tentativa de boxeo en "Cámara ardiente", un match frustrado, un acontecimiento de orden púgil que no cuajó, porque una Comisión de Paz intervino entre los contrincantes y los hizo aceptar el pacto de mutuas garantías y el arbitraje plebiscitario.

La palabra que causó la iracundia de Próspero fue ésta: viejo.

Navarro es joven aun que entre las verdes ramas fabrica su nido o varios nidos a la vez.

Y en un raptó de juventud le largó a su colega el intolerable y peligroso epíteto.

"Viejo!" Hé ahí la ofensa. Hé ahí el motivo, la razón, la causa y el por qué de la exasperación prosperiana.

Es propiamente "un viejo" el Representante por Boyacá? *

Cualquiera diría que sí lo es cuando el vocablo lo sacó de su habitual y conocido buen humorismo.

Pero yo digo que el honorable Márquez no es "un viejo", aunque sea más honorable que el Padre Eterno.

Todo es relativo. No hay nada absoluto, fuera del relativismo. Todo es según y cómo. Uno no tiene los años que tiene si no los que siente.

El honorable Márquez lleva ya más de seis lustros en el estadió soberano de la política. Empezó su carrera muy joven. Perteneció al antiguo nacionalismo, a ese a quien algunos "nacionalistas" de hoy llamaban Compañía Industrial.

Una mayoría conservadora histórica de la Cámara lo despojó de su curul en 1898 y al salir del Congreso una turba lo agredía a grito herido. En esa jornada, el cubilete del honorable Márquez sufrió el primer infortunio en la vida pública: una abolladura de alto bordo. Los peritos reconocedores —Monsieures Yerles y Garrós— declararon 30 días de incapacidad al cubilete agredido. Este era, y es todavía de gran calidad y le evitó a su dueño un traumatismo cerebral bajo el honorable cuero cabelludo. Defendió a su dueño y casi que muere en su puesto: en la cabeza de Márquez o sea "el mirador de Próspero".

De aquel atentado a nuestros días van corridos ya —corridos a la banda— 28 años largos de talla y anchos de ciza. Pero esto no quiere decir que el Signore Próspero sea un hombre, un político, a quien se le pueda llamar "viejo" impunemente y por razón de antojo o de parlamento. Lo que esto significa es que el estadista ramiriquense empezó su carrera y se entregó a la vida pública muy joven batidor y muy señor mío. A los hombres Públicos les pasa lo que a las mujeres

que se caen por ases o por cuatros: empiezan su carrera muy jovencitas, muy bizoñas e inexpertas. Y después se siguen cayendo por aquello de que las mujeres se consuelan de su primera caída con una segunda. Y cuando "empiezan" muy jóvenes parecen viejas con sólo llegar a las treinta primaveras.

La vejez "ofensiva" para todo bípedo implume es otra. Es aquella de que habla Voltaire y que nos va eliminando en detalles. Esa vejez lenta, cuasi insensible, trémula y penumbrosa, que nos va quitando el pelo, los dientes, las corvas, el oído, la vista y muchos otros componentes de la vida fisiológica. Esa es la vejez "terminante", la que nos envuelve en el frío neblinoso de las últimas jornadas terrenales y nos cambia los itinerarios de la mañana por los éxodos melancólicos de la tarde y de la noche...

Es posible que el agredido hubiera tomado el vocablillo como un ataque directo a su "hombría de bien" en algunos sectores de la inhumar/a actividad. Y posible también que el próspero político se hubiese sentido en el momento piscoológico o en el "momento musical" un varón consular de la República de Venus, un hombre en ejercicio pleno de sus facultades legales y constitucionales y de su facultad de "derecho" y ciencias eróticas. Y en ese caso, ya uno se explica la actitud reivindicadora del magnate electoral y parlamentario de Boyacá.

De lo contrario, nos habría causado asombro esa radioagresividad del doctor Márquez ante el "epíteto" que Navarro hubo de endilgarle en la Cámara ardiente.

Porque el señor Márquez es un hombre ecuánime, sereno, manual, que quiere decir "humano", y benévolo en todas formas: en lo social, en lo político, en lo eleccionario, en lo parlamentario, y en lo mucho que abarca y comprende su jurisdicción de hombre de Estado y de partido (de partido conservador, se entiende).

Antier no más le vimos en un Restaurante, al borde de una mesa muy animada, aperitalándose con unos whiskys y unos coñaques de órdago. Lo acompañaban tres jóvenes conserveros boyacenses y con ellos departía sobre política "próxima", en Boyacá (elecciones de Representantes).

Próspero hablaba, sonreía, levantaba el índice de su diestra tan diestra en la política. Los jóvenes le oían con atención y con "mucho gusto de oírlo". Y el jefe boyacense, cada instante poníase más rozagante que de costumbre y más risueño que siempre y cuando. Es una cosa emocionante y estupefaciente ver sonreír a un político boyacense.

Un hombre como el susoaludido Próspero no es un viejo ni un sorbete de guanábana, ni un postre de natas para que "se lo vayan sirviendo" así no más y por razón de antojo.

El único aflojón que ha "pegado" Próspero en sus últimos revuelos hegemónicos es el de haberse iracundiado o iracundido porque le hubieran dicho "viejo".

Hay que distinguir: una cosa es la vejez y otra cosa es la "viejera". La viejera es una fatiga anticipada, una "imposibilidad" que se

adelanta, un "no poder" que llega cuando todavía el sol no se ha recogido y quedan en la alforja unos cuantos proyectiles, unas cuantas municiones.

La vejez es otra cosa. Es un mandato, una ley de las cosas y de los seres, una rotación imperativa de la especie, un azar biológico cuya dinámica escapa a la ignorancia enciclopédica del hombre.

La vejez no es una retirada en orden: es una desbandada. Y envejecer es morir poco a poco. La vida del hombre es como el cirio que alumbra en el altar: desde que lo encienden empieza a eliminarse; desde que nace empieza a morir...

La vida es así y la muerte también. Y navegar en la corriente de las Leyes de la Naturaleza, no es una cosa que deba exasperarnos.

Además, querido Próspero y próspero amigo: los hombres tenemos un consuelo en esto de llegar a los valles penumbrosos y espasmódicos de la ancianidad.

Y oiga usted, amable jefe y distinguido elector máximo:

Una vieja ochentona dijo un día a un su compadre, viejo también y abocado al octogenio: "Qué trabajo es ser viejo, compadre!"

Y el viejo respondióle **ipso**: "Sí, comadre, pero peor que ser viejo es ser vieja".

UN POBRE CHORRO

Cada vez que un individuo desaparece "de una manera misteriosa" empezamos a complicar en la danza a nuestro querido "monumento hidráulico" el Salto del Tequendama.

No vale que el retumbante chorro sea nuestra octava maravilla, cantada por poetas y poetisas en endecasílabos solemnes y en estancias apocalípticas, para que nos guardemos de irrespetarlo y calumniarlo.

Antaño la pluma y la mente, el magín y los nervios de los espectadores líricos —prosistas o versistas— asignaban al Salto una función inspiradora de pensamientos, símiles, metáforas y paradojas de alto voltaje y de innumerables kilowatios. El Salto era nuestra octava maravilla. (Lo novena, es la Compañía de Energía Eléctrica que puede electrocutar a la "horrisona" cascada en cuanto le venga en antojo). El Salto era una cosa grandiosa, kolosal, inaudita. Inspiraba versos, discursos, improvisaciones. Con su eterno rimbombo, con su caída arcangélica y su satánico despeño exaltaba idilios amorosos, giras sentimentales y convites donjuanescos al aire libre y al aire puro. Era algo como un Padre Eterno de nuestra geografía; y de nuestra hidrografía; la joya de América, la voz más estentórea de los silencios de los Andes. Era un monumento de literatura en bloque, de poesía en bruto (vulgo, "materia prima").

Pero los tiempos han cambiado y a la poesía y a la emoción verbalista han sucedido la ciencia y la industria, la alta tensión y la electrodinámica. Y el Salto se ha "bestializado", su majestad el Salto ha perdido su prístina grandeza y su tradicional "hegemonía". Y hoy tan sólo inspira cálculos científicos en la mente de los ingenieros electricistas y de los mecánicos *ibidem*. Hoy es únicamente "una caída de doce mil caballos". Una cosa bestial. Una estupidez, una fatalidad dinámica al servicio de la ingeniería hidrofulminante. El Salto —nuestro Salto, nuestro solemne "Tequendama"— ha degenerado. Hoy no es más que una "caída", menos importante, menos novelesca que la de una mujer o que la de un Ministro. La caída de una mujer es más inquietante. La segunda, porque la primera es común y corriente. Obedece a una ley física: la de la caída de los cuerpos... elegantes. Un cuerpo elegante, "juncal" es, casi siempre, el cuerpo del delito. Y el delito es el de la seducción, injustamente achacado al hombre, porque no hay hombres "seductores" y si hay, en cambio, mujeres "seductoras" que son las que "tienen la culpa" de lo sucedido y de lo que pueda seguir sucediendo.

Y para colmo de "caídas", hace ya algún tiempo que un nuestro compatriota resolvió hacer del "Tequendama" algo así como un "Matadero público" para señoras y caballeros. Hubo un valiente que dio el vuelco —el salto mortal— y desde ese día empezó la serie. El mal ejemplo cunde y el prurito de imitación cunde mucho más.

Desde entonces quedó "El Salto" convertido en un "paracaídas", en el mejor aparato para suprimirse y liquidar cuentas alegres y tristes con el mundo de los vivos y de los más vivos.

El suicidio hidráulico en la caída tequendámica evita detalles y contingencias que "el occiso" considera "molestos" desde que empieza a imaginar la tragedia. La eliminación es absoluta y no incomoda ni causa gastos a la familia, a la autoridad o a la asistencia cristiana. La autopsia, la novelaría transeúnte, el folletín periodístico con las "fotos" respectivas y "el levantamiento del cadáver" —como si un cadáver fuera "homore" para un "levantamiento"— todo eso, que no es poco, queda derogado con el "arroyo" en el horrendo precipicio. Dejarse caer, seguir la corriente, deslizarse, ir al fondo de la cuestión y... buenas noches.

Cuéntanse raras historias del antiguo o impotente Salto de Tequendama. Más de un presunto suicida llegó a la margen del agua despeñada; midió a ojos vistas la hondura pavorosa, el resonante abismo; puso el oído al magno atambor de la montaña, captó el redoble milenar y... alejóse del monstruo en pavoneo retroceso y con más miedo al abismo que a la muerte. Después, en un paraje cualquiera, aledaño al camino, rompióse la masa encefálica o la víscera, cardíaca con el balín de una detonación Smith & Wesson.

Es instintiva en el alma humana la fobia a los abismos. El voladero a plomo, la hondonada silenciosa, el cauce profundo por donde el río discurre ha la muerte; los puentes fluviales que cruzan los torrentes y se sustentan sobre las rocas marginales; los puentes ferroviarios de pasos marcados por los polines de la vía, todo eso nos sobrecoge y nos conturba con sugerencias abismáticas. Un aljibe es ojo diabólico que nos desvanece y aprisiona en los reflejos de su linfa profunda. Todo lo que baja de nuestro nivel nos da una sensación de hundimiento y desilusión en la nada. Toda tierra removida huele a sepultura; el humo del incienso huele a elación mística, a supervivencia en lo infinito y a prolongación en la Eternidad. La oración es un mensaje radiofónico que lanzamos al silencio de lo impenetrable. Con la oración, respira el alma y suspira el corazón, elevándose y extendiéndose hasta más allá del misterio. Toda pena, toda inquietud, toda angustia se aduzuran de ilusión y se doran de esperanza con sólo que el alma suspire el más lindo y divino verso que han escuchado las centurias y los milenios: "Padre Nuestro que estás en los Cielos...!"

Decíamos hace un momento que la literatura ha hecho daño al Tequendama. Antaño era una entidad respetable, olímpica, que internaba en nuestros tímpanos todo su marcial redoble y su milenar tableteo. Nadie se atrevía a irrespetarlo ni mucho menos a lanzarse en su caída y más que una maravilla geográfica era un monumento de literatura rimbombante. Pero los versos y las prosas y los interrogantes y las admiraciones y los puntos suspensivos lo inflaron, lo desvanecieron —como a las mujeres— y luego entró en decadencia y los "desengañados de la vida", los despechados del amor propio y del ajeno, le perdieron el respeto y por encima de él y en sus "barbas" se

botan cada rato hacia la nada. Nuestra ilustre maravilla es hoy un mísero desnucadero, o, como ya se dijo: un matadero público, con útiles y se guarda absoluta reserva.

Es necesario aislar el Salto, cercarlo y entregar las llaves contraloras a una Sociedad protectora de suicidas. Hay que decretar un impuesto prohibitivo sobre el suicidio, un impuesto ad valorem o quitar de **ahí** el peligroso monumento. Una potencia extranjera podría comprar esa **caída** con todos sus caballos y venderla por amperios y kilowatios en países "más" necesitados de caídas que el nuestro. Aquí, ya nos basta y nos sobra con la caída de dos Ministros "empujadores".

Hay que legislar sobre este delicado asunto. No es posible que el Salto continúe siendo cómplice, auxiliador y encubridor del novelesco delito de suicidio personal e intrasmisible.

Además, el Salto mismo es un mal ejemplo objetivo y permanente, un loco que delinque noche y día, con gran escándalo y delante de Dios y de los hombres.

El Salto no es más que un "suicida" estruendoso y espectacular que hace diez mil años se está suicidando y que no acaba ni acabará nunca de suicidarse personalmente, a mansalva y sobre seguro contra incendio.

Es un desequilibrado, un pobre soñador de imposibles que está "cayendo" hace marras y "aun todavía" no acaba de "caer". Algo así como un Ministro del actual Gabinete Ejecutivo.

CIRUJIA DENTAL

Los dentistas, sean quienes sean, son unos bárbaros. Esto es para sostener en cualquier terreno: en el campo del honor, en la prensa, en el mitin y en el Parlamento. De esta opinión nadie me sacará. Unos bárbaros mayores de la marca que no saben sino de torturas y de destemplanzas infinitas. Alguien dijo de ellos que son "terribles ingenieros de puentes y calzadas". Y yo agrego que son unos "hombres fieras", aunque el operario sea un artista excelente como un Sebastián Carrasquilla o un Paco Restrepo.

El estado de alma del que penetra al gabinete de un cirujano dentista es algo especial que no es para decirlo sino para sentirlo. Desde que uno llega a la sala de espera, está pensando en el instrumental y en el aparataje aterrador.

Un gabinete dental es un lugar en que uno se olvida de todo para pensar sólo en "lo que le va a pasar", o "en lo que le van a hacer". La impresión cambia según la magnitud de la operación. La impresión más fuerte es la de "extracción" de piezas y de nervios. Sobre todo esta última. No hay nada igual a la extracción de un nervio dental o molar. El doctor perfora hasta dar con la fibra ultrasensible: la mata y después la extrae con una pinza sutilísima como un cabello. En cuanto el nervio, enredado en la pinza, se desgarrá, el paciente lanza el respectivo grito y casi que cae en el desmayo. Y así sucesivamente hasta la consumación del paciente.

Octavio Mirabeau olvidó incluir en "El Jardín de los Suplicios" los gabinetes de los dentistas, con todas las respectivas herramientas y los correspondientes instrumentos de tortura. Las pinzas de extracciones, las jeringas hipodérmicas con las agujas amenazantes y la máquina eléctrica o de pedal que hace girar los discos de papel de lija o las fresas terribles sobre los dientes o las muelas. Oh, las fresas! El dulce de fresas en la boca, sobre la dentina o sobre las caries! Y los disquitos de papel de lija llegándole, a uno al cerebro! El paciente está en la silla de las "electrocuciones" odontológicas; mira venir la fresa en actitud hostil, y por toda defensa cierra los ojos y se agarra a los brazos de la silla. Y dale, compadre! Y uno se pone a esperar el minuto en que el fierrito se encuentre con el nervio. Esta expectativa es peor que un dolor de muela. Lo dicho, dicho: el estado de alma del que está en poder de un dentista es una cosa aparte, algo que lo sustrae a uno del problema de la vida y de la muerte. Uno no piensa más que en las pinzas o en las fresas.

A mí me ha tomado hace poco un dentista y me ha invitado a subir a la silla. Humildemente he obedecido sin chistar palabra, sin reparar una sola sílaba. Me he colocado bajo las manos del cirujano. Es la calza de un diente. Algo muy difícil y muy largo. El dentista toma una tela de caucho, corta un pedazo, hace una abertura y se lo pone al diente. El diente queda como con ruana. En seguida le cuelga a la ruana unas

pesas y empieza su labor. Media hora, una hora, dos horas, y media! Esto dura el dentista martillando sobre la pieza. Al final del capítulo el doctor se ve en aprietos para encajarme las mandíbulas. Claro! He estado durante dos horas y media con la boca abierta. Me voy a estirar y me duele todo el cuerpo, voy a mirar y tengo la vista oscura. He sufrido una molienda tremenda en todo mi aparato muscular y nervioso. Y en seguida, para completar la sesión, el doctor me ameniza el rato con frotaciones de papel de lija sobre la pieza "comprometida". No hay nada igual.

He dicho al principio de estas cuartillas que los dentistas son unos bárbaros. Esto lo sostengo en cualquier parte, hasta en un gabinete dental. Pero por otra parte son también unos hombres felices a su modo. Con el bello sexo, con sus "dientas" que dicen ellos, tienen prerrogativas de que «nosotros, los simplus mortales, carecemos. Y vayan razones y detalles.

Por ejemplo: un dentista puede tranquilamente darle "una cita" a una señora, aunque ésta sea persona honorable y se cargue un marido de armas tomar y de costillas quebrar. El marido no tiene por qué calentarse aunque la cita sea para "trabajarle" a la señora. Estando yo en el gabinete de un dentista he oído de labios de una sirvienta esta razón: "Doctor: que le manda decir mi señora X que no puede venir hoy, que le dé otra cita". Y el doctor la manda citar para el día siguiente. Y al otro día la dama cumple la cita y se le entrega al doctor para que le trabaje. Y el dentista le hace un casquete o una amalgama o una incrustación.

A una señorita, verbi-gracia, un dentista puede ponerla a "tragar saliva" o a "echar la baba", de una manera muy sencilla. La pone en la silla, le coloca una "ruana" de caucho en un diente y le trabaja seguido. A los diez minutos la chica está echando la baba o tragando saliva. Esto no tiene vuelta de hoja.

A una viuda, por ejemplo, un dentista puede "ponerle un puente" para que pase, o ponerla en "calzas prietas" si las caries están muy hondas.

A un cliente rico, el dentista puede cobrarle "diente por diente". Y por último, una mujer bonita, aunque no lo quiera, si el dentista se lo ordene, tiene que "pelarle" el diente y "dejarse".

El dentista es un hombre que, a su hora y en su momento, ejerce sobre "el paciente" un dominio personal absoluto. Encunado en "la silla eléctrica" el cliente pierde todo movimiento, toda libertad, todo derecho —hasta el de pataleo, en el instante en que la fresa tropieza con el nervio vivo— y el operando queda sometido totalmente al

operario. Es una claudicación, un renunciamiento a todos los fueros y prerrogativas de la soberanía y de la hipersensibilidad individual.

El cliente queda, con todos sus pelos y atributos, bajo la absoluta hegemonía del cirujano. Tanto es así, que a raíz de una muela, o a raíz de una tanda quirúrgica, queda uno a dos dedos del colapso "odontológico". Entonces el doctor da la voz de mando: "Puede escupir", es decir: se le concede el permiso para salivar. Y en seguida, el cliente se permite preguntar al cirujano: "puedo suspirar?"

De lo que se desprende que si los dentistas son unos bárbaros, como queda dicho, son también, a ratos y a su manera, hombres felices que gozan de raras y valiosas prerrogativas con el feminismo del gabinete dental.

Yo los detesto y los temo cuando se me vienen fresa en mano o pinza en ristre, pero los envidio cuando veo que le están "trabajando" a una mujer bonita y que esa mujer les cumple las citas religiosamente.

LO SEGURO Y LO INSEGURO

Hace pocas noches, al bajar por la calle 12, topamos con gentes agrupadas al pie de la casa Víctor, entre la Calle Real y la de Florián.

Los del grupo creciente, radio-escuchaban con el propio aparato del oídfono.

—¿Qué pasa?, interrogué.

—Un discurso.

—¿De quién?

—De don Silvestre Samper. —Y...?

—Hay una fiesta conmemorativa aquí arriba. - ¿Y...?

—Celebran el cincuentenario de la Compañía Colombiana de Seguros y el Presidente de la Compañía habla sobre esa efeméride.

—El seguro, dice uno de los oidores presentes, es un negocio en que hay que morir para ganar.

—Bueno, dice otro, pero no tanto, no tan ancho, ni tan angosto.

El seguro es una institución que en último análisis resulta con saldo a favor en todo el mapamundi. El mecanismo de esa institución es tan amplio y admite tantas innovaciones y aplicaciones, que cada una de éstas 'daría para una y mil exégesis.

Del seguro de vida podría decirse que es la línea troncal de los seguros.

Incendios, transportes, accidentes del tráfico, correos, etc. Estas son las líneas bisetrices. (Manizales).

El seguro de vida! Muchos quisieran que éste fuera un "algo" milagroso que nos defendiera **per sécula** de la tragedia de morir. Nadie quiere? morir. La muerte —dice Renán— es el mal supremo, la falta irreparable por excelencia. La muerte es un vencimiento, una derrota, una desgracia sin rescate. De ahí ei respeto que infunde y la majestad que la rodea. Nadie quiere irse, nadie quiere cambiar de domicilio.

La base del seguro de vida es —claro está—la inexistencia del asegurado. Es una operación comercial que hace del "no ser" un acto productivo, un suceso que, si lamentable, se atenúa en mucho a la hora de cobrar la respectiva póliza.

No pudimos en la vida hacer un capital para los seres de nuestra sangre o de nuestro corazón. El capital es la obra más difícil del esfuerzo humano. Hacerlo, conservarlo, organizarlo y ponerlo a

producir. Hé ahí los cuatro puntos trabajosos, los cuatro jinetes del apocalipsis.

Pues bien: el seguro de vida se diferencia de los otros en muchos sentidos y conceptos. El uno nos abarca en cuerpo y alma. Allí entran los más sustantivos componentes de nuestra persona: voluntad, amor, cariño y noble preocupación por los nuestros que queden en la tierra después de que nosotros caigamos para siempre en el misterio de su profundidad . . .

Toda muerte, más o menos, implica una orfandad, un desamparo, una complicación, la ausencia eterna de alguien que fue nuestro sostén o nuestro auxilio, nuestro consuelo en el camino de la vida, que dijo el Alhigiero.

El seguro "vital", digamos, no es un huésped ingrato en la casa del muerto. Por el contrario: es un elemento que si no atenúa el dolor de morir, sí anestesia un poco el dolor de vivir. El dinero no nos hace felices, pero sí nos compensa de no serlo, dice Oscar Wilde. Una póliza en el armario o en la cómoda o en las cajas del banco, siempre quita amargura y angustia a las lágrimas de un huérfano o a la almohada de un agonizante. Desgraciadamente el dinero es la más necesaria, la más imperativa de las vulgaridades humanas. Hasta para morir se necesita de dinero.

El seguro es un instrumento que nos hace capitalistas, nobles y desinteresados. Nuestro yo se elimina y nuestra muerte beneficia seres de nuestro espíritu y de nuestra carne. Su bondad y su eficiencia son tan altas y tan comprobadas que hasta los ricos lo buscan y se acogen a su alero y a su patrocinio. "Murió Pedro. Dejó familia. La mujer y cinco hijos.

Pobres!"

—Pero estaba asegurado en diez mil dólares. —¿Estaba asegurado? Ah . . .

Así discurre la gente sobre eso de los seguros. Y ese **ah!** tiene un valor tan entendido que equivale a la respiración.

Hay muchos "quiénes" que —acosados por el infortunio frente al deber— se rompen la masa encefálica y la bóveda craneana para crear el derecho de cobrar un seguro al hogar enlutado y sollozante.

Conocemos casos de seguros por fuertes sumas que se han adquirido con pequeñas consignaciones. Hace menos de un año un amigo nuestro tomó sendas pólizas de a diez mil duros a la Compañía Colombiana y a otra Compañía canadiense. Cuatro meses después, el asegurado dejó de existir y una viuda y cinco huérfanos cobraron el seguro.

El seguro lleva su fuerza en su propio nombre. No es un juego de suerte o azar. Es una operación que hasta nos enseña a confrontar con criterio estoico el problema del "ser y del no ser".

"Seguro mató a confianza", dice el jefe de la seguridad, hablando de la eterización de Francisco Barrera.

Pero **Confianza** estaba asegurada y dejó a los suyos una buena herencia sin haber sido capitalista.

En toda empresa o actividad humana, el seguro en general es hoy elemento imperativo en lo individual y en lo colectivo, en lo "vital", en lo mortal, en lo comercial, en lo industrial, en tierra, en el agua, en el aire y en el cielo. Y decimos en el cielo porque quien se lo gane sin hipocresías y sin falsas virtudes y piedades, se ha "asegurado" puesto de primera en el paraíso imperdible.

El seguro no tiene más inconveniente que la amabilidad del asegurador y la contingencia de no acabar de pagarlo y perderlo un día u otro día, en cuyo caso el seguro se ha ido del cliente y el cliente se ha ido del seguro.

DOS FIERAS

Dice el cable que "il Signore" Mussolini ha entrado a la jaula de una leona.

Como era de esperarse, la "anímal" no intentó contra la vida (la preciosa vida) del Premier italiano. La leona se limitó a expresar su admiración al ilustre hombre público. • Más claro: las dos fieras se tuvieron respeto y —como buenos sastres— no se cobraron hechura.

Yo no veo en esto nada de heroico, ni de temerario, ni de descabellado. Mussolini es un César contemporáneo con vistas a la Roma imperial de las fieras del circo. Hace poco, don Benito hizo el elogio de la fiesta de los toros (la fiesta más "nacional" del mundo), y la declaró muy apropiada para exitar el valor, los grandes arrestos y las grandes emociones en el alma de la raza.

Y ahora Mussolini entra a la jaula de una fiera y le ordena que no le haga nada y que observe la política de la "no agresión" gratuita. "Somos de los mismos!" ruge Mussolini. Y la leona balbuce tímidamente: "Hágase la voluntad de su Excelencia".

Tenemos, pues, que el suceso no tuvo ni tiene nada de sensacional.

Lo grave ocurrirá el día en que a la leona se le antoje entrar, a la jaula del susodicho Mussolini.

Pobre animalejo! Pobre leona si no anda lista y la presenta al Dictador una adhesión a la política "teótica" y "mateótica" del fascismo.

Mussolini se ha escapado de que la fiera de Numidia le hubiese estornudado por el colmillo. El Pacto fue aceptado por "entrambas" fieras. La leona le dio la "mano" al Duce y el Duce le tendió la garra.

Yo he entrado dos veces a la jaula del ex-Ministro Archila; una vez a la jaula del Ministro de Industrias; dos veces a la jaula de rieles y cables del Ministro de sus Obras Públicas. Y aún no me he atrevido a entrar a la jaula del Ministro de Correos y de correas. Este es el más fiera de todos. De los tres primeros (Premiers), me libraron Dios y María Santísima que tanto veían por sus criaturas. Del último (Correos), me he librado yo, por mi cuenta, por mi grandísima cuenta!

Y volviendo al cuento: sería un bello espectáculo el de la dicha leona entrando a la jaula del Honorable Mussolini:

Qué bueno ver en la pista
en un asalto felino
un Ministro Archi-leonino

con una leona fascista.

GRIPOLOGIA MODERNA

Hé aquí a la Hermana Gripa. Hela aquí, allí, acá, allá, acullá, aquende y allende, en la plaza, en la calle, en la carrera y en el callejón sin salida.

La ciudad encuéntrase dominada por la epidemia gripológica que, como todas sus "coleguas", es epidemia reinante. Las epidemias son de origen monárquico: reinan pero no gobiernan. Esta función —gobernar— la ejercen los médicos, a razón de \$ 3 por visita de médico y a razón de muchísimo más cuando el galeno resulta muy visitador y demasiado visitativo.

Tenemos, pues, por lo pronto, que la "cosa" anda muy bien para los facultativos de la patología, de la ipecacuana y de la terapéutica metabólica.

Nada hay malo ni bueno en el mundo universo. "Todo es según y cómo" y depende, como se dice, de circunstancias efímeras, subordinadas a combinaciones auriculares.

Y vaya un por ejemplo: para los que venden zapatones e impermeables de gabardina, y para los que componen y forran paraguas, el verano es un tiempo malísimo. Y el invierno es malo para los que venden "artículos" de veraneo, y para los "que veranean todo el año en Fontibón y sus tranquilos alrededores. Para el comercio, el invierno es una maldición (calle mojada, cajón seco). Y para el agricultor, el verano, con sus hielos y "su sol mayor" es una quiebra, una "partitura" por el eje y por la tan conocida hipotenusa.

Hé aquí, en pocos balbuceos, una tentativa de conferencia, a seguro y sobre mansalva.

Y "ande el movimiento" y continúe la discusión, y siga la farándula con todos sus falsos y legítimos postulados nacionales, internacionales e interplanetarios.

Decíamos que la Hermana Gripa, sobrina carnal de la Hermana Neumonía Doble y de la Hermana Bronquitis capilar, es una dolencia que tiene tres períodos, a saber: epidemia, endemia y pandemia.

Y en sus primeras "salidas" y en sus vueltas al mundo y en su calidad de "transeúnte definitivo" entre nosotros, nos ha enseñado muchas de sus nuevas amistades.

La gripa resulta ahora entre parientes y entre paréntesis. Y también entre parientas, cuando penetra en el cercado de lo eterno femenino. Una mujer puede ser parienta de sus hijos y de sus parientes consanguíneos y colaterales.

La gripa tiene entre "los suyos" a los siguientes deudos:

El Hermano Escándalo; las Hermanas Libranzas; las Hermanas Chequeras; la Hermana Corte de Cuentas no corrientes; la Hermana Traviesa, hermanita menor y, por lo mismo "hermana" consentida; el Hermano Polín (también hermano menor "con sentido"). Qué es polín? El diminutivo de Polo y el diminutivo de "Durmiente". (Para mayores detalles, hállese en la Cámara de los Comunes).

Vienen luego el Hermano Desfalco; los Hermanos Alcances (de muchísimo alcance y de mucha alcancía); la hermana interpelación; la hermana indagatoria; la hermana declaración y la idem rectificación; las Hermanas Monturas la hermana licitación y la Reverenda Madre Superior Investigadora, miembro de la Comisión Parlamentaria "correspondiente".

Y volviendo a la epidemia: la gripa —dicen los que saben— no es dolencia grave de naturaleza. La gravedad y el peligro radican en las complicaciones provenientes de estos y de aquellos descuidos, por mal nombre llamados "enfriamientos".

Pero, con todo, esto del gripazo es una desgracia "irreparable". Y lo peor del ataque es la convalecencia, las piernas de trapo, la astenia muscular y la psicastenia anímica, o desánimo, para hablar más claro; el ruido en los oídos; la cabeza que se va... y no vuelve; la debilidad genera⁵ progresiva y el cariño inmenso a la posición horizontal.

Dicen los señores médicos que la gripa no es una cosa alarmante; que lo grave son sus "derivados", verbi gracia: los descuidos que producen el colapso definitivo. Y el colapso ése es el que pone a la víctima a la orden de la respectiva Agencia mortuoria, cuando ya uno no tiene "verbi ni gracia", cuando "ya no colea".

Para los doctores, la gripa no es más que la exaltación de un bacilo que, una vez metido dentro del paciente, se junta con "los otros bacilos", les habla de bolsevismo, de comunismo, de ideas progresistas, de reivindicaciones sociales y de la Tercera Internacional de Moscou. Los bacilos criollos, un poco analfabetos y poco ilustrados, se dejan convencer e inducir a la huelga y al Soviet que producen el paro general... del griposo. Estas majaderías son las que se llaman "asociaciones microbianas" y destortillaciones fisiológicas estupefacientes.

La fiebre, el insomnio, la boca hecha una hiél, las pesadillas, el hielo en los pies, el escalofrío de la tarde, las neuralgias intercostales, el dolor de cabeza, la repulsión de alimentos, la disnea, todo eso no es grave. Lo grave son las complicaciones: la bronquitis capilar, la pulmonía triple, la angina fulminante y la de pecho; la meningitis y hasta la encefalitis metalúrgica, vulgo "enfermedad del sueño".

Las verdaderas complicaciones de la gripa —dice un eminente gripólogo del Instituto Roque Feler— son las siguientes:

La cama que es lo que más imbeciliza e inutiliza cuando no se está en ella para descansar o para dormir. La cama se lo come a uno vivo, y muerto lo entrega a los "sobrevivientes".

La barba, que a los tres días de gripa, empieza a invadir al paciente, por fuera y por dentro, como una maleza en casa abandonada. La barba es una de las más graves complicaciones. Y la afeitada diz que equivale al "suicidio personal".

La aspirina, concreción de salicilatos agresivos, que a grandes dosis le decreta el "paro" general a los riñones.

Las pulgas. Hé aquí la tragedia de la gripa. Las pulgas, hijas de las ratas que tan malos ratos nos "proporcionan". Y no es lo peor que le piquen al paciente o al impaciente. Lo horrendo es que le caminen a uno en todas las direcciones imaginables: de sur a norte, de oriente a occidente, por las líneas troncales y por las bicetrices. La caminadera en las pulgas es tan odiosa como la música en los zancudos. Ambas cosas son una amenaza.

Y por último: la convalecencia, que le deja a uno percibir en su exacta verdad horrible los estragos que le ha causado la enfermedad con todas sus flaquezas y debilidades "inherentes".

No se incluye en esta lista la manera suave pero fuerte con que la enfermera diplomada dice u ordena al dueño de la influenza (interesado influyente): "Tómese el purgántico!"

El sulfato! El aceite! como quien dice el curso forzoso del estómago y la revolución "intestinal!"